

CAPÍTULO
oriental

26 ©



FRANCISCO ESPINOLA

**DON JUAN,
EL ZORRO**

COMISARIA

PULPERIA

*** MUERTE DE LOS SARGENTOS
Y DE LA MULITA**

BIBLIOTECA URUGUAYA FUNDAMENTAL

FRANCISCO ESPINOLA

UW
863.6
BIP
dm

**DON JUAN,
EL ZORRO**
(tres fragmentos)

- LA COMISARIA
- LA PULPERIA
- MUERTE DE LOS SARGENTOS Y DE LA MULITA

anotado por Carlos Maggi



CENTRO EDITOR DE AMÉRICA LATINA

175753

Don Juan

348414
13028

© 1968

CENTRO EDITOR DE AMÉRICA LATINA

Plaza Independencia 1374 — Montevideo, Uruguay

Avda. de Mayo 1365 — Buenos Aires

Hecho el depósito de ley

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

.....
y tiene aquel tono triste
con que alegrarnos solemos.

CERVANTES

LA COMISARÍA

El propietario de la pulpería La Blanqueada, el Peludo, ha propinado muy injusta soba a su sobrina, la Mulita. Para castigarlo, Don Juan consigue sacarlo una noche al campo fingiendo que es para ejercitarlo en el lazo, y lo hace arrastrar con un potro. Tal episodio, transcripción de un antiguo cuento gauchesco, provoca el desarrollo de lo que Espínola ha insistido siempre en calificar, no de novela sino de poema.

Con pereza los brazos del Tigre surgieron de abajo de las sábanas y sobresalieron de la cama, cada cual por su lado, apretando los puños, estirándose y encogiéndose hasta quedar en escuadra. Al mismo tiempo el Comisario abrió la boca, así dejándola hasta que todo el sonoro bostezo hubo salido. Entonces la cerró y entonces se le abrieron bien de par en par los ojos. Para poco los hubiera precisado el Tigre si no fuera que, abandonando en calzoncillos el lecho y pisando con los talones, él descorrió la aldabita del postigo que daba al campo. A lo gato la luz y también un aire fresco abalanzáronse a la cara. Pero debieron contentarse sólo con sus hombros, pues conteniendo sin mayor esfuerzo un parpadeo, él se allegó a la silla que le presentaba, irreprochablemente estirado, un uniforme de gala —de capitán, lo menos—. Ya sobre la alfombrita, parado, no más, empiernó las rojas bombachas, sostúvolas de la pretina con la mano, se sentó al borde de la cama y, en un santiamén, quedó de escaarpines. Al momento empezó con las botas. Introdujo la primera hasta media canilla, la cogía de las orejas... y tironeaba hacia sí al tiempo que movía el pie, en ayuda... Luego se incorporó, se meció un poco sobre los pies y enderezó a una puertita chica que venía a quedar frente a la puerta grande. La abrió, pasó, volvió a cerrarla, pudoroso. Se quedó quietito un momento adentro... y volvió a aparecer para avanzar hacia el lavatorio. Era éste un trípode de hierro con una palangana encima y, abajo, una jarra grande. Vertió agua, depositó

la jarra en su sitio... retrocedió un corto paso. Entonces se inclinó, situó la cabeza sobre la palangana, y empezó a echarse agua con las manos. Apretaba la boca, el Tigre, juntaba aire con las narices y, después, resollando lo hacía salir por entre los dientes. El agua bullía furiosa como si abajo tuviera fuego prendido. De repente acallábanse los ruidos y se quedaba serena. Era que, la cabeza en alto y mirando abstraído hacia el techo, el Tigre andaba con el jabón. Pero cuando tenía bastante espuma en las manos se venía a plomo con la cara, ya a resoplidos en el aire. Le daba fuerte al pescuezo. Después pasaba bien por atrás de las orejas. En seguida hurgaba en ellas y metía el dedo en el conducto, vibrándolo. Tal el mangangá cuando revuela, revuela ante el agujerito de su tronco y, al fin, se decide y se manda para adentro, y sale y vuelve a entrar en caprichos y, de repente, agarra hacia el campo y se pierde de vista. El Tigre, más tarde, empozaba agua en las manos, se la llevaba a la altura de la boca y la hacía saltar por el cuarto en chorros y goterones, mientras, más livianos los ruidos salían al patio, lo atravesaban de extremo a extremo, apresuraban, al llegar a la cuadra, un nervioso vestir de milicos. A los primeros rebufes del Jefe, ya una partida, que llegara poco antes con un preso, los hizo abandonar sus catres o pararse ante sus aperos en el suelo, chacoteando. Pero cuando se produjo aquel profundo silencio del Comisario, hubo afiebrada premura en el largo recinto de cebato.

Enojándose los gruesos botones plateados de su chaquetilla, el anciano Sargento Primero Cimarrón previno, en ascuas:

—¡Ya se está secando y peinando! ¡Ya se va a venir! ¡Afuera todos, y dejenme sus bártulos en orden, que si él hoy está con luna es capaz de antojársele hacer inpección...! ¡No pise esa guitarra, amigo!

—¡A mí me falta una bota! ¿Quién me ha agarrado mi bota?

Efectivamente: en la distante alcoba, con diligente rapidez, la afelpada toalla enjugaba medio cuerpo del comisario. Ahora, del asiento él retiró su camiseta y su camisa y se las puso, metiéndose los extremos bajo la bombacha y sujetando todo con el primer cinto. Luego, la chaquetilla militar, que le dejó, el tronco, entrecru-

zado de entorchados y alamares, y, los hombros, con sendas charreteras también de oro. Andaba todo el día de gala desde hacía como un mes; justo desde que a la otra chaquetilla, la de diario, la traspasó con la plancha el Asistente Mirasol, quien al sentir el olor montó en pelo, nomás y emigró al Brasil. Después se anudó la golilla colorada, después ajustó el correaje del sable mediante el otro cinturón, el charolado. Al salir iba lográndole su adecuada inclinación al quepis de ondeante plumacho punzó.

Cuando apareció en la puerta despidiendo luz debido a que el sol dio de lleno en sus charreteras y entorchados, ni siquiera un instante, un instante se dignó mirar las bruscas rigideces de los milicos que momentos antes se diseminaban por el patio para ganar asiento ya en bancos ya en las emergientes raíces del ombú y, así, dejarse agarrar por el Superior en actitudes semejantes a las de quienes están aburridos de hallarse las horas perdidas en el ambiente. De cejas fruncidas, con porte tal, y en brusco apagón de sus fulgores, entró el Tigre a la Mayoría, el único recinto de piso de baldosa y, además, nada menos que con el cuadro del Escudo Patrio colgado en la pared, con unas cuantas sillas y con el veterano escritorio negro donde se exponían un tintero seco, una lapicera ferrugienta, un librazo —al parecer código— de buenas tapas coloradas.

El escritorio estaba poblado de cajones que, desde que había llegado el mueble, nunca se pudo aclarar bien para qué eran. El grande, el del centro, soportaba papeles ya amarillentos; de cuando se estableció la Comisaria y se respetó la costumbre de extender a los milicos recibos de la paga, y se escribía cuanta declaración se tomaba. Pero después que lo mataron al primer Comisario y vino el nuevo, y se descubrió que el que revisaba como Escribiente —hermano de leche del General— ni sabía escribir ni siquiera se aportaba por la Comisaria, y que quien cumplía sus funciones había sido el propio finado, entonces, entonces la flamante Autoridad resolvió que todo fuera de palabra puesto que él tampoco sabía. Y que allí, nadie tenía corona, y que el Escribiente se presentara en el día a hacer servicio como cualquiera. Luego, los otros jefes siguieron cumpliendo tal resolución. Unos, debido a que tampoco sa-

bían ni hacer bien redonda la o. Y dos de ellos porque, total, así lo mismo las cosas marchaban bien. Cuando lo nombraron, don Tigre estuvo en dudas. Él leía, puede decirse, casi de corrido. Y si hiciese práctica un rato todos los días, no era cosa del otro mundo escribir lo que saliese. Pero esto coincidió con lo de las Nutrias, que habían perdido al padre y estaban solas la infausta noche. Hubo robo y, para peor, hasta violación de toditas ellas. De todas no, porque la vieja se había escondido en el horno, que fue donde los facinerosos no revisaron; pero sí de las muchachas y de la peona, a la que hicieron bajar de arriba del rancho cuando salió la luna y la iluminó. El peligro surgió entonces muy serio para el pago. No podía ser cuestión de que los gauchos tuvieran que estar noche y día atados a estaca en las casas, igual que si, de golpe, a las pulperías se las hubiera tragado la tierra; y menos pretender que se durmiera con un ojo abierto y las armas abajo de la almohada o, si uno duerme en el suelo, metidas en el hueco del basto, como a campo raso. Y que ése no iba a ser el último desmán, bien se presumía. En menos de tres meses, ahí estaban, todavía de luto y gruesas, las Chanchas de un poco más acá de la Boca del Sauce; y como quien va para las puntas del arroyo Figuritas, así quedaron las Garzas Rosadas, que eran más que lindas ¡y ocho! Esta vez en pleno día, a la siesta. Ya es bastante intranquilidad el morirse en la ignorancia de qué es lo que está rodeando la vida. Y eso, todavía, de que uno se tenga que morir con intranquilidad por la suerte, ya antes de casarse, de las hijas, no tiene nombre. Peligro de robo con o sin incendio hay siempre. Pero es que aquello ya pasaba de castaño a obscuro. ¡Como para pensar, pues en hacer práctica de escritura, el Tigre! Distribuyó con estrategia sus soldados y ya no se ocupó más que de planear y dirigir en persona las batidas. Con la experiencia que había adquirido en sus tiempos de contrabandista en la frontera, hizo prodigios...

Esto en lo referente al cajón grande del centro, decíamos. En otro, de los chicos, tenía tabaco en cuerda, el Comisario, y mazos de fina chala. Los demás, a no ser el de abajo de todos, se hallaban vacíos. El de más abajo, que era muy hondo, sí, estaba lleno. Pero de

chucherías, de refugio, no más, de cosas incautadas a los rateros, y que seleccionaba el Tigre y guardaba para que aparecieran como descargo de su conducta si, el día menos pensado, fuera a la capital alguna denuncia y el Coronel Puma ordenaba levantarle sumario y él no le caía en gracia al sumariante. De perfume había un frasco vacío, que en una ocasión él puso allí bien tapado, previo el de echarse toda el agua en la ropa y en la cabeza; en fin: anillos que ellos solos no más se habían puesto negros, varias bombillas de alpaca, chuspas... (1) En una cajita aparte, un cartón con seis botones pegados, unas peinetas, y tres medias largas, de hilo; dos negras y una rosada. Esto último era el único resto de cuando la autoridad peleó y consiguió agarrar a los que mataron en El Sauce al Vizcachón mercachifle. La media que faltaba, la compañera de la rosadita, fue con la que le ligaron el brazo al milico herido para detenerle la hemorragia; pero se les fue en sangre, lo mismo, aunque se la pararon allí, porque, distraídos, no cayeron en la cuenta de que el trabucazo que sonó en el entrevero le había dado de lleno en la mitad del espinazo. Si hubiera tenido más sangre, flota mientras lo mantenían boca arriba en el suelo, doctoreándole el brazo. Al lado de la cajita, modestos cuchillos, boquillas de mate, un atado de escarbadientes de pluma, un retrato a lápiz, con su dorado marco, que nunca se supo quién era. Y abajo de todo, cuatro blancas flores de trapo y una de papel, también blanca, que era malvón: de cuando el desacato y muerte en la fiesta del Velorio del Angelito, a la entrada del verano.

Todo esto encerraba en sus cajones el severo mueble negro donde, con todo su peso, se apoyó el Comisario Tigre, malhumorado. Como quiera que sea, el Comisario había contrabandeado muchos años. Por eso, por eso mismo en la Comisaría siempre andaba de luna. Él, sin querer, sin advertir bien la causa, al sentir milicos se enfurecía. Así que, después de cruzar el patio, al sentarse en su despacho se sacó de un manotazo el correaje con el sable y lo había largado violento contra el tintero. Claro que más parsimonioso ahora, el Tigre puso también allí el lindo quepis de enhiesto plumacho y se pasó

(1) Chuspa: bolsita, generalmente de buche de avestruz, donde se guarda el tabaco y la chala o el papel de fumar.

la blancura del pañuelo de bolsillo por la frente. Al alzar los ojos, que había cerrado evitando el roce al enjugar, se le apareció, cuadrado en la puerta como para retratarse, el Sargento Primero Cimarrón. Su Superior lo miró con súbitas ganas de atropellarlo. Pero, acostumbrado ya a contener sus arranques ante presencias uniformadas, se dominó, se puso el quepis, se echó un poco atrás en el asiento, miró al escritorio.

—¡Pasá! —dijo—: Y prestó oídos.

—Este amanecer se ha prendido a una Comadreja lavandera que ha dejado tan sin ropas a su patrona, que a estas horas la pobre señora debe de andar con chiripá del marido... y de poncho.

Antes de empezar a hablar el Tigre agachó más la cabeza, como confiándose con su escritorio.

—Para mí, que se peleen y se maten, no es tanto. Total, de algo hay que morir, y nadie va a tener la pretensión de quedar para semilla. Yo, a eso no le hallo mayor delito. ¡Pero lo de que me anden con rapiñas...! ¡Es que desde hoy en adelante no les voy a aplicar más que las últimas hojas del Código que, ésas sí, son bravas! ¡Ya no hay pacencia que aguante!

Hizo un esfuerzo y consiguió aplacarse. Esperó un poco, por las dudas, pues en el fondo, él quería ser justo. Seguro de sí, ya, ordenó tratando de mostrarse hecho el fiel de una balanza.

—Bueno, a ver, Sargento, que saquen a la detenida y haganla pasar a prestar su declaración.

De nuevo todo fue luz del día en la puerta. Se escucharon ludimientos de sable. Hubo una pausa. Se aparecieron otra vez los ruidos. En seguida:

—¡Epa! ¡Epa! ¡Atajen! —se derramó el griterío.

Al mismo tiempo un chisporrotear de latas fue debilitándose a la distancia como si se estuviera volviendo eco; y en los primeros momentos el estrépito seguía tan a los garrones a una Comadreja en fuga, que parecía ser su ruido.

Helado se quedó el Comisario, con el quepis a la nuca. Después, de una viaraza, apareció su figura en la puerta, sable en mano, más que vivos los resplandores en su uniforme.

—¡Pocos van a resultar los cepos y los grillos si no me la atajan! ¡¿Pero no me han dejado escapar a la detenida?!

Del sacudón de contrariedad, el quepis saltó atrás, volvió a entrar en el despacho con el plumacho ya arriba ya abajo, y se fue a detener tapando el tintero.

—¡Pero...! ¡Pero...! —seguí el Comisario, sin advertirse esta otra fuga. Y como no encontraba palabras bastante fuertes para ensartar en la frase, pisoteaba el suelo peligrando abollarle las puntas a las espuelas, en el cimbronazo.

—¡Pero... pero es cosa grandel!

En la accidentada llanura, la Comadreja iba sacando cada vez más distancia a los perseguidores. Desapareció un soldado. En el sitio se levantó por él una dorada nubecilla de polvo.

—¡Así te hayas matado! —deseó y le gritó el Comisario. Y continuó haciendo fuerza con la vista sobre las espaldas de los que seguían corriendo.

De pronto sufrió el asalto de una idea. Guardó entonces el sable y aminoró la potencia de su mirar, sosteniéndolo un poco más abajo y al costado, adrede viendo ya casi de reojo, no más, a sus subordinados. Es que pensó:

—¿Y si, por miedo al castigo, a estos infames les da por no parar y me ganan el monte?

La desesperación que le llegó en seguida hízolo saltar en la forma del que, distraído, se ha parado, justo, sobre un desparramo de brasas.

Entonces, decidió detenerlos. Con el propósito de acercarlos más la voz, corriendo pasó el Comisario la portera del patio, pasó ante el palenque y su enramadita, dejó a mano derecha el corral de palo a pique, siguió a los gritos tras los ya lejanos perseguidores despidiendo fuego por su pechera y sus hombreras.

—¡P'atrás! ¡Asujatensén! ¡Asujatensén, ordeno!

Cuando a los milicos les cruzaron rodando las voces (que inatendidas seguían adelante e iban a meterse en los oídos de la Comadreja) ellos intentaron pararse. Y hasta se echaron para atrás, hasta casi quedar en falsa escuadra. Pero, como sucede, botas y alpargatas continuaron corriendo un trecho por su cuenta. No había boca que al dueño no le pareciera chica, de tanto aire

que estaban reclamando los pulmones. Y a la Comadreja, a la Comadreja se la había tragado la tierra.

Mientras los veía retornar y recibir la incorporación del que había caído:

—¡El Recluta! ¡No te dije! ¡El Recluta! —El Tigre, así bramante, estaba calculando que, como toditos sus milicos eran culpables, no iba a tener con quién mandarlos a las guascas.

—¡Si solito quedo yo en libertá, esto no tiene fundamento!

Y se dio vuelta sin esperar a los suyos para cruzar el patio, apagar y encender su fulguración al pasar bajo el ombú, y atenuar definitivamente aquellos brillos cuando se metió en la Mayoría a ganar su silla. Mas fue todo uno sentarse y quedar parado y hecho arco.

—¡A que alguno se me alzó anoche con el tintero!

De un manotazo levantó el lindo quepis. Y se sintió duramente defraudado, porque apareció el tintero. Por tal razón fue que exclamó:

—¡Chamuchina como ésta, jamás se ha visto!

En seguida el Sargento Primero Cimarrón asomó, muy, muy cauteloso la cabeza, trepidante por el jadeo. Y la volvió a retirar como si le hubieran salpicado la cara con agua caliente.

—¡Sargento Primero!

Ahora éste se recortó de cuerpo entero en la puerta, haciendo la venia y tartamudeando:

—¡A la orden, mi Comisario!

Parecía que, de los nervios, había quedado más chico. Pero lo que en realidad acontecía era que en la corrida se le había bajado el cinto, y las rojas bombachas daban casi en el suelo, como polleras.

—¡Mande formar, que voy a pasar revista a la tropa!

Se hizo humo el Cimarrón. Se oyeron voces de mando, ruido de sables, otra vez. El Tigre se miró a los pies y, regulando bien el paso, salió bajo esa vigilancia al patio, envuelto en luz. Al aparecer, ya llevaba erguida la frente, pero tan crispada por la ira que distinguía por entre los pelos. Con todo, se contuvo él en el marco de la puerta. Así, dio humanamente tiempo a que los rezagados Soldados Mao Pelada, Tamanduá, Avestruz, el Asistente Macá y el todavía lleno de tierra Recluta Carpincho se incorporaran a la fila.

Atrás, a los metros, uno de los tremendos ombúes hacía vasto dosel al marcial cuadro.

Delante de la tiesa milicada el Sargento Primero Cimarrón ponía la vista tan, tan fija en el filo de su machete, que la mirada le salía de allí partida en dos.

El Jefe, marcando el paso como si se lo regulara la banda lisa, empezó a recorrer la formación cortándole el respiro al que le llegaba al lado. Pasó casi refregando —o los otros creían que casi— a los Soldados Macá, Águila, Cuzco Overo, Cuzco Barcino, Gato Pajero, Gavilán, Flamenco, Mao Pelada, Tamanduá, Avestruz, Recluta Carpincho, (faltaban, en "comisión", los Soldados Carancho, Cigüeña, Carao) pasó frente al Cabo Pato (faltaba, en "comisión", el valeroso Cabo Lobo).

Estaban, como de palo, por orden de estatura. Siendo de una misma medida los uniformes que nos mandan de Montevideo, algunos servidores, los más petisos, parecían metidos hasta el cinto dentro de un atado de ropa roja, de tan bajas que tenían las abollonadas bombachas. Otros, el viejo Avestruz, y el Recluta y el Flamenco en la extrema derecha —donde la línea de quepis daba un brusco salto hacia arriba— dejaban asomar media canilla porque, para peor, estos tres servidores estaban con las alpargatas de cuando abandonaron el lecho. Los sables de reglamento, iguales, claro, todos, por relación allí cambiaban de tamaño hasta lo que no se ha visto nunca. Los del Avestruz, del Mao Pelada, del rechoncho Recluta, les pendían como espadines. Y el Pato, los Cuzcos, el Gavilán, el Yacú, el Asistente Macá, etc., de tan grandes que les quedaban parecía que vivían con armas de monumento. Para la variante en los quepis no era la estatura lo que obraba sino el grandor de las cabezas. Así, el Carpincho tenía que llevar el suyo a la nuca porque no le entraba ni haciendo fuerza o si no, le sucedía la desgracia de un planchazo. Y el Avestruz, el Cabo Pato, el Águila y otros tantos, sudaban a ciegas pues, así como estaban, en posición de "firme", no podían acomodárselos y se les iban hundiendo hasta el pescuezo, en el jadeo.

Faltaba una chaquetilla, que fue la que se quemó con el finado Cabo adentro cuando el personal de la Comisaría acudió a apagar lo poco que quedaba en el incendio del rancho de las Nutrias, en Puntas del Es-

tero. Por eso el Recluta Carpincho estaba de particular hasta la mitad.

Después de ir de punta a punta, el Comisario había vuelto a situarse al centro y de frente. Como el sol le daba de lleno, medio cuerpo lo tenía en rutilaciones.

—¡Esto de que se pasen todo el día de mucha guitarra y chupando caña, trae estos resultados!

El Tigre hizo un esfuerzo por interrumpirse al sentirse impulsado a hollar el terreno de las confidencias. Pero no pudo resistir.

—¡Sí, chupando caña, he dicho! ¿O se creen que no me doy cuenta que toditos ustedes esperan a que yo empiece a pegar unos tragos por mi languidez de estómago y, cuando se aseguran de que ya no les puedo sentir el olor, se prenden como mamones a la bebida? Ahora que se me ha acabado la pacencia, sepan de una vez que ustedes a mí no me engañan jamás; que lo que hay es que he sido un padre para toditos. ¿Cómo fue que se cayó al agua, vamos a ver, el finado hermano de éste, el finado Flamenco? ¡En tranca! (Cual si el que se ahogó fuera él, se estremeció el Soldado Flamenco). ¿Cómo fue que se incendió también él, en el incendio, el finado Cabo? ¡En tranca! ¿Cómo fue que te vinistes abajo del mangrullo (1) vos, Mao Pelada, y no quedastes como bosta de aplastao porque recién llevabas subidos la mitá de los travesaños? ¡En tranca, caray! ¿Cómo, sin estar en esas condiciones, se puede dejar, no más, una plancha caliente que era un fuego arriba de la ropa?... Y, oiganlón bien: ¿Para qué, Cuzco Overo (casi se vino al suelo ese Soldado de tanto que inclinó la cabeza, ya arrepintiéndose de todo lo que fuese a revelar el acusador), para qué te ponés a chacotear como que me das serenatas por la ventana, y me hacés así quedar adentro del cuarto, aprovechándote...?

Iba a continuar: "de que soy loco por la música", pero se contuvo y se sonrojó a pesar de su furia. Y quedó con el pensamiento saltando sobre la última palabra pronunciada hasta que desde ella obtuvo una transacción con las que debían seguir:

—¡...aprovechándote ... aprovechándote vos, sí, de que, en ocasiones... a mí un poco me gusta la música!

(1) Mangrullo: torre rústica construida con largos palos para vigilar al campo.

Pues sí, m'hijito, ¿me entretenés para refrescar a alguno en el barril del agua o para acostarlo, porque se le ha ido de más el codo?, ¡sepan, sepan al fin la gran verdad! ¡Yo me daba cuenta de todo! ¡Yo te voy a dar música, de aquí en adelante! ¡Cuando te vea otra vez con la guitarra en mi ventana, les voy a registrar hasta abajo de los catres! ¡Y al que pesque durmiendo la mona lo voy a hacer pasar por las armas, como no lo he hecho nunca aquí: en público y con todas las formalidades, para ejemplo!

Los soldados respiraban a escondidas, de "firmes" que se mantenían.

—Y ahora, de aquí voy a destacar dos partidas, que han de salir para darme con la ladrona. Cuando vuelva el Sargento Segundo Cuervo, él se va a poner al frente de un piquete. Y usted, Sargento Primero, usted me va a tomar tres hombres: vos y vos y vos —y señaló al Soldado Cuzco Barcino, al Soldado Avestruz y al Soldado Mao Pelada—, y me empieza desde ya la persecución.

Giró sin más sobre los talones para volver a la Mayoría; pero, antes de adelantar un paso, ya con vuelta contraria quedó otra vez de frente y mirando al rígido conjunto, con ganas aún de patear en particular a cada uno. Y gritó, subiéndosele la sangre a la cabeza, de la fuerza:

—¡Rompan filas!

Casi sobre las espuelas de tanto que se había echado atrás, volvió a girar y, entonces, se topó con un Charabón que, embobado, estaba hacía ratos contemplando el marcial espectáculo.

—¡Y usted qué pucha me está haciendo aquí!

Se hizo un arco el interpelado porque no pudo mover los tamangos para, aunque más no fuera, dar algún paso atrás. Y cerrando los ojos quiso entregar algo, más muerto que vivo. Pero no podía. Porque buscaba el bolsillo y lo único que hacía era refregarse la ropa, temblando. Al fin consiguió llegar a la carta.

—Aquí le mandan... de la pulpería... "La Blanqueada".

—¡Ah, usted es un propio! —exclamó, serenándose, el Tigre. Entonces, bueno, sigamé para el despacho.

Y se introdujo en la Mayoría apagándosele luces en su ropa.

Ya sentado ante el escritorio observó para dónde era el derecho del papel y empezó a leer con minuciosidad aquellas letras redondas y claras, como de tenedor de libros, no más, que en el pueblo había sido el de la misiva hasta que, quién sabe por qué chismografías, se produjo la compulsa y ganó tierra adentro cambiando de nombre.

Como cuando hace horas que está la mañana y todo sigue envuelto en un sucio gris cuajado de nubes negras y, de pronto, entra a tallar el pampero y van surgiendo los cerros y las cuchillas y los montes, y, entonces, las cosas todas pierden su soledad, recobran su color y sienten, al fin recíprocas, que siempre siguen formando parte de la inmensidad del mundo, así, poco a poco, un aire de complacencia le iba creciendo al Comisario Tigre a medida que se internaba en la lectura. Fuéronse abriendo de par en par los párpados; aparecieron enternecidamente sus colmillos inferiores; y el pequeño Charabón, repuesto ya de la impresión de ver manifestarse en semejante forma aquel asombro, dejó, no más, a sus pulmones que respiraran a gusto.

De pronto la Autoridad alzó la vista y miró sonriente al mensajero, quien se achicó y cerró los ojos como si le hubieran cruzado fuego por la cara. Pero tan abstraído se estaba poniendo el Tigre, que ni siquiera se dio cuenta de las sensaciones que provocaba.

—¿Ahá?... ¿Entonces... anoche... Don Juan... ha hecho una fechoría con don Peludo y lo ha dejado por muerto?... ¿Ahá?... ¿Así que...?

Al bajar los ojos, un instante contempló como a plato con miel el conjunto de la carta y retomó, apenas musitando, el paciente delecto:

“...Coima y todo correrá igual que en vida del finado Peludo, si muere, mientras yo esté al frente de la casa. Y más que cuando el finado. Es muy justo que la policía tenga más parte que hasta la fecha, por la razón de que bastantes calentaderos de cabeza les dan las pulperías, que es un abuso. Ahora paso a decirle que en caso de que usted resuelva que la sobrina de él, la Mulita, no es heredera, entonces estoy a su disposición para hacer una iguala con usted. Le garauto que con un poco de buena cabeza, la casa se puede ir a las nubes...”

El codo en el escritorio, el mentón en la palma, sin abrir la boca, el Tigre se quedó golpeando con la uña uno de los sobresalientes colmillos inferiores, caviloso. Después, volvió a achicar al mensajero al sonreírle con gentileza y le dijo:

—Bueno, m'hijo, podés retirarte. Y le decís a tu patrón que me he hecho cargo de la denuncia. Y que de lo que él puso más abajo yo voy a ir esta tarde a hablar en persona.

Echándose a la nuca el quepis, volvió a acodarse y a apoyar la cara en la mano. Y siguió golpeándose el colmillo, la vista fija en el ángulo en que la pared del frente se junta con el techo. De súbito, viva y encapotada, la mirada se apartó de allí. Y el Comisario se irguió en su silla. Le habían llegado rumores de sables. Pero al mezclarse, atenuándose aquéllos, con un trotar de caballos que al tiempo que se apagaban se convertían en galope, la vista volvió a ocupar su sitio, a dulcificarse, embebecida otra vez.

—¡Hum! ¡Hum! ¡Iguala!... ¿Pero qué voy a hacer yo de socio de una casa de comercio, no me dice? No digo antes, cuando muchacho; ¡pero a esta altura!... ¡Si uno ya no está para nada! ¡Uno ya no sirve más que para mandar! A mí, que me dé en plata... si el Peludo se muere. ¡Que tiene que morir, no faltaba más; que ahora no nos va a salir levantándose de la cama! Y si no se muere él solo, ¡se le obliga! ...¿Ahá? ¡Ahora sí, ahorita voy agarrando el hilo...! Lo de enseñarlo a enlazar de noche, fue una emboscada urdida de lejos, con tino, por la heredera. Don Juan, en eso, no viene a ser más que un contratado; el cómplice. Y eso es lo que bien rumbea el dependiente cuando me explica:

Volvió a tomar la carta y la hizo girar entre las manos hasta que la firma quedó hacia abajo.

—Sí, ¿a ver?

Recorrió desde el principio, por encimita, hasta hallar el párrafo revelador; aunque se detuvo varias veces ante ciertas íntimas sugerencias que le paraban en seco los ojos.

—“...Coima y todo”... “más que cuando el patrón”... “es muy justo”... “Mulita”... Sí, aquí es: “En caso de que usted resuelva que la sobrina de él, la Mulita, no es heredera...”

Aunque lo que buscaba era sólo esa parte de la carta, los ojos se le fueron como por un cuesta abajo. Y él siguió atrás, deletreando:

—“... Entonces estoy a su disposición para hacer una iguala con usted...”

Se interrumpió diciéndose con dulce sonrisa interior:

—¡No, haceme el favor; qué iguala! ¡A mí vos me vas a agarrar de socio si sos brujo, botija! Tendría que poner la comisaría en el mostrador para vigilar que no me hagás mal tercio...

Como él no podía leer en silencio, y como decir dos cosas a la vez es imposible, sólo se vio ir con energía de un lado a otro al plumacho del quepis, trazándole negaciones a cada palabra de las que siguieron:

—“... Le garanto que con un poco de buena cabeza la casa se puede ir a las nubes”.

Y al llegar al punto final, soltó un ¡No! más firme que un cerro.

Enderezó el quepis ya sobre el hombro, se lo acomodó otra vez y volvió a rozarse la dentadura con el dedo para, en seguida, entrar a meditar, la cara casi horizontal sobre la mano:

—Ahora, lo que hay que hacer es desenredar bien la madeja. Muerto el Peludo por cuenta propia o con alguna toma o por desacato a la Autoridá, si llega a hacer pie en su salud, que es fácil, a Don Juan se le da una estacada y confiesa la gran verdá de que la Mulita le pagó para que organizara la muerte de su tío. Y si no quiere confesar, se le enchaleca y, después, que vaya, si quiere, de muerto, a desmentir a la Justicia. ¡Pero mire la Mulita, de asesina! ¡Quién lo iba a pensar! Es que yo siempre digo: uno ve caras pero a los corazones no los ve.

Y se incorporó exclamando en alta voz tranquila:

—¡Por suerte, ya tenemos todita la madeja desenredada!

Al salir al patio y empezar a brillar, de todas partes, aunque más numerosos de sobre el asiento de las raíces del ombú, brotaron soldados como con resorte, en posición de firme y haciendo la venia. En seguida, un Cuzco ensilló y se alejó a todo lo que daba, de chasque. Llevaba la misión de alcanzar la partida del Sargento Cimarrón, destacada en persecución de la ladrona Co-

madreja, y ordenarle que de inmediato fuera a prender a Don Juan, con carta blanca para hacer lo que requirieran las circunstancias si se resistía.

—Dónde tienen las estacas de cuando el finado agarto? —preguntó el Comisario cuando ya tornaba la Mayoría. Sáquenlas y delen una mano de grasa a las guascas. Que estén bien suavecitas.

Como ahora estaba contento, al ir a entrar a su despacho se hizo cargo de la posible situación de sus subordinados ante la ambigüedad de la frase, y le vino como una lástima al Tigre. Por eso, alzando una mano agarrándose al marco de la puerta, aclaró, hecho un padre, al milicaje que, en efecto, se había quedado con el alma en un hilo al oír la mención a los útiles de es-quear:

—Pero miren, m'hijitos, que eso no es para ninguno de ustedes, les doy palabra. Lo que pasó con la presa, no queda borrado y empezamos de nuevo. Al que vamos a meter en las estacas es a un malhechor muy jarifo, cuando me lo traiga la partida. Ya saben: por esta ocasión, estén tranquilos: ¡No se preocupen!

LA PULPERÍA

Advertido por el Zorrino, su primo, de que el Comisario Tigre ha destacado partidas en su búsqueda, Don Juan decide ganar el momento. Pero antes, junto con su pariente ya orgulloosamente ligado a su destino matrero, va a una pulpería para abastecerse de alimentos de "vicios" y de munición.

Recostados en un extremo del mostrador, el Carancho y el Chimango; el otro, el otro compadre, don Lechuzón, haciéndoles frente, estaban llegando a ese momento tan penoso de la pulpería en que las ganas siguen firmes y la plata se va acabando. Tenían los tres viejos la mente concentrada en el bolsico de los cintos respectivos y se hacían cuentas. De ahí que ya no era con la arrogancia inicial que decían:

—¡Eche otra vuelta, que es mñal!

La frase se repetía, sí, pero cada vez más espaciada e ininteligible por su falta de rotundidad; descolorida como trapito que quedó toda la santa noche a la intemperie. Para lograr distinguir a sus compañas el Chimango alzaba la cabeza, por ofrecerle esto más comodidad que el requitarse el sombrero. Pero lo caído de los párpados dificultaba mucho. En el Lechuzón, al efecto de la caña era contrario. Y sus ojos, palpitan; la pupila, se abrían más y más, a medida que le crecía la borrachera. Tanto, que ya estaba resultando como si se tapase la cara con el Dos de Oros. En cuanto al Carancho, él en nada dejaba traslucir su abatimiento. Lo único que había hecho fue, con la cadera, buscar apoyo en el mostrador, dispuesto a esperar, hasta que prendieran los faroles, la aparición de algún pariente querido dadivoso. A veces dejaba el sitio para dar, pasando con cautela, un paseíto hasta la puerta en busca de una bocanada de aire fresco, porque le venían ataques de asma. Bajo el largo poncho, que tocaba casi el suelo con sus flecos, salían las botas de potro, entonces y se le cruzaban; peligrando, de tan chueco que los años lo habían puesto, dirigirlo al revés de donde quería.

En ocasiones su compadre Chimango tenía ganas de seguirlo. Pero no se resolvía porque como hacia atrás le era imposible echar más la cabeza, ya no le quedaba bajo la visual más que su propia figura, y eso sólo de cintura para abajo, con medio paso de suelo.

Al Lechuzón parecía que los ojos le iban chupando la cara y creciendo a sus costillas.

Repleto estaba el bien quinchado salón, amplio y con piso de buena baldosa colorada. Acodados en el dilatado mostrador que lo dividía casi al medio, sentados en taburetes o bolsas de azúcar o tercios de yerba, y en torno a alguna de las mesas y en un gran banco y en envases de mercaderías, se distribuían a su gusto los parroquianos. Con empaque autoritario, sobre el cual, cuando lo consideraba útil, hacía tremolar cierta dulzura hacia algún cliente de los formales, el dueño de casa atendía de un extremo a otro del bien guarnecido mostrador (botellas, vasos, la balanza, infinidad de cosas) y hecho otra vez poste volvía a situarse justo al medio, allí donde don Vizcacha tenía el cajón de la plata, puesta en su cerradura la más fornida de las llaves, a la cual, siempre él en guardia, retiraba para hundirla en el fondo de su bolsico si debía distanciarse un trecho. Dos Charabones lo ayudaban y atendían también el salón, deslizándose a gambetas entre cosas y concurrentes.

La estantería estaba poblada como para aguantar un sitio hasta que el enemigo se cansara o todos se murieran de viejos. Sí, sí, a "La Flor del Día" se podía ir tranquilo en busca de todo lo que se precisa en un rancho. Con plata, se sobreentiende, pues habrá de saberse ahora que la casa no tenía costumbre de dar libreta. "Al contado —nos decía siempre el patrón— es como se conserva la armonía". "Y si no hay amistad —agregábanos—, ya resulta un fracaso todo, porque la pulpería es, más que nada, para pasar un lindo rato, como hermanos". Cajas, colgados manojos de velas estrechadas por los pabilos, allí se veían; se veían sartas de butifarras y de chorizos secos, pilas de quesos frescos, con algunos para rayar; se veían botellas y más cajas y cajones y latas hasta el techo, y ropa hecha: bombachas, sacos, camisas, calzoncillos, pañuelos de mano y golilla, estos últimos de color blanco y ¡los menos!,

pero también allí, de color colorado para algún partidario del Gobierno. Para la ropa de la hembra que, claro, es más fácil de hacer y en los ranchos se las arreglan a la perfección, piezas de género, desde el percal a la zaraza. Como para casamiento no faltaban varas y varas de seda y de terciopelo en el establecimiento. Pero esto no estaba a la vista. Se guardaba en un cuarto, por la tierra. Tras el mostrador, retiradas de miedo a las topadas de los en tranca, sobresalían sendas pilas de alpargatas y de zapatillas. Por arriba, y pendientes de una cuerda horizontal, estaban botas acollaradas, cada cual sujeta por las orejas a su compañera. De una piola más resistente colgaban caronas, frenos, cinchas, cinchones, pretales, rebenques. Sobre el mostrador, aún, a mano derecha, encimados, mostrábase varios bastos con cabezadas de madera, no más, forradas en baqueta; pero, al lado, había dos de plata y oro que eran un sueño.

Justo en ese lado formaban grupo un Hurón, un Gavián y un Biguá. Muy quietos, muy callados estaban los tres, mas los ojitos les bailaban. Algo separado de ellos, también silencioso, pero cabizbajo y como cavilando, se hallaba el encargado del juego en "La Flor del Día", cierto joven Aperiá de alpargatas nuevas y negro pañuelito al pescuezo y un sombrerito con flamante cinta de luto. En lo que iba de la mañana no había conseguido armar rueda. Sentado con los otros tres en el cuarto contiguo al despacho, la "sala de juego", habían estado rumoreando un rato con las barajas; y de mucha vela prendida, pues debe decirse que si bien para ver de interesar a la concurrencia dejaron la puerta entreabierta, el Hurón había cerrado de firme los postigos de la ventana que daba al camino real, por cuidado de que no se metiera nadie en lo que no se le importa.

—¡Momento! Esto va al Rey... —simulaba uno.

—Me doy vuelta... ¡La Sota! Doy en tres, caballeros...

Pero como no hubo caso, el Aperiá sopló la vela y, seguido por los tres compinches, volvió al salón para entregar su candelero al propietario Vizcacha. Al rato, tornaron todos a la pieza de juego para hacerle, con la puerta ahora de par en par, bien animado ruido a un

forastero. Mas éste, o era tapia, de sordo, o no era afecto al juego.

—Y debe de tener plata hasta para tirar para arriba —decía el Hurón mirando con despecho hacia el defraudador de tantas esperanzas.

Aludía a un Loro Brasileiro, ya de edad, pero bien conservado, que andaba hacia días en el pago en procura de negocios de campo, y que en la breve salutación con el pulpero dijo llamarse don Pedro. Calzaba botas de charol, se cubría con un poncho de todos colores. Su esmerada golilla tendida, era verde, y su sombrero, puro copa, escarlata. Cada vez que iba a beber su ginebra, un anillo mostraba su piedra grande, de diamante, lo menos, por el brillo, y se hacía más ostensible la plata y el oro del rebenque que llevaba a la muñeca. A veces dejaba su copa, caminaba a pasitos cortos hasta llegar casi, sin querer haciéndoles desear, hasta los tres secuaces, y volvía a aquélla y le sorbía parsimonioso otro traguito. En la pulpería no se había dado con nadie aquel don Pedro; pero mantenía una sonrisa complacida, que parecía hallar justificación en todo lo que se posaban sus ojos.

—¡Mais que terra taõ boa, ista! —se decía. Y ratificaba: —¡Muito, mais muito boa!

Cuando sorprendía a alguno mirándolo, él le inclinaba la cabeza, a la vez cortés y distante, igual que si lo hiciera desde pedestal de estatua o parado arriba de una volante.

Desde lejos, hecho una lástima, con poncho astroso y botas que, sin ser de potro, lo mismo le dejaban asomar las uñas, un mucho más viejo Loro Barranquero, muy sentado arriba de una gran pipa de Carlón como sobre una barranca, lo miraba, también. Y cada vez que su vista le daba en el anillo del forastero, el retoso cerraba los ojos, encandilado de admiración. Cuando en sus paseítos y entre aquellos vivos colores don Pedro pasaba junto al bocoy, el Barranquero esperaba a que quedara de espaldas. Entonces, medio recogíendose el poncho, asomaba la cabeza para contemplarlo a sus anchas. A cada —¡Muito boa is ista terra!— del forastero deslumbrante, él respondía para sus adentros:

—¡Sí, cómo se ve que éste no es nativo de aquí! Muy linda... ¡pa joderla!

Y se inclinaba todo hacia abajo y, con disimulo, miraba hacia la entrada a ver si, al fin, llegaba alguno de aquellos que suelen invitar a tomar una copa y ofrecen, de paso, algún cigarro.

—Es en balde! —volvía a entregarse a una reflexión que lo asediaba a lo mosquito—. Si en vez de darme por enderezar para aquí, yo agarro para la pulpería de don Peludo, emboco. Por lo menos tomo algunas por cuenta mía; porque allí, cuando los topo de buena vuelta, a mí me apuntan.

Dominando el salón desde su alto asiento, estaba hecho faro el viejo Barranquero.

—¡Sí, tenemos una patria que es como aponderarla!

Una risotada lo hizo girar en su observatorio y, bien estirado el pescuezo, sacar toda la cabeza en dirección a la puerta. Vio, entonces, que atrás de la carcajada y casi a los talones de ella, hacia su entrada tamaño Chanchó, la rosada cara hecha unas Pascuas; y de poncho a listas blancas y celestes como si viniera envuelto en la Bandera.

Avanzó sin saludar a nadie, a grandes zancadas, el llegado. Y trepidando. Porque venía con los movimientos del cuerpo cambiados. Así, al revés justito de todo el mundo, se inclinaba sobre el lado que recogía la pierna Traña "panamá" de precio, sujetado con barbijo. Los tacos de las botas de charol, por lo altos, se veía que eran mandados poner a propósito. Porque andar casi en puntas de pie todo el tiempo ¿a quién se le ocurre?

—¡Mais qué terra! ¡Mais esto sí is terra!

Fue don Pedro, en cabeceos complacidos ante la aparición.

La mayoría de los presentes no veía a don Chanchó desde hacía meses. Pero no era secreto para nadie que le había dado una viaraza. Y viaraza fue que, cuando a las dos semanas se repuso, hizo poner bandera de remate a la quesería y al vacaje, y eso que estaba trabajando lo más bien. No dejó nada sin hacer pasar bajo el martillo. Instalaciones, tarros, hormas, mercadería ya pronta. Hasta cosas particulares, como ser cuatro espejos de los grandes, del tiempo en que le empezó a gustar mirarse de cuerpo entero y de todos lados a la vez... Y cantidad de ramos de flores artificiales, cuando él empezó a decir aquello de que era un atras

hacer jardines, plantar semillas, regar, perseguir caracoles, matar hormigas; y que si uno también era afecto al perfume, porque sin él la flor es poca cosa, con rociarse con un frasco de agua de olor, asunto concluido.

Ahora, sin parar un rato en su casa, andaba tirando la plata como si fuera a venirse el terremoto del fin del mundo.

Al plantarse ante el mostrador pidió una ginebra, la bebió de un trago y, radiante, se comenzó a pasear de un extremo a otro del vasto recinto como si no hubiere nadie más que él en la tierra, haciendo dar en los brinco-ros tales sacudidas al poncho, que parecía no haberle a éste tampoco nadie adentro; y con su atención fija más bien en el techo; solo, solo él, igual a cuando el fantasma se pone en movimiento a la media noche sin que siquiera mueva los yuyos.

Aquella llegada, sin embargo, había puesto muy en laque a los tahúres. Apenas si una vez, y ni una más, se miraron. Pero bastó para, los tres, ponerse a mirar fijo, delante, haciendo creer que cada cual estaba hundido en lo suyo, pero deliberando por lo bajo.

El Hurón susurraba:

—Si le conseguimos armar juego, estamos hechos. Porque ha de estar de oro que es un botijo enterrado. Le encajamos el mazo de cincha...

—¡El que te dije! —musitó el Biguá palmeándose cerciorante el abultado bolsillo del lado del corazón.

Con apagados soplos terció el Gavilán:

—¿Pero y la banca? ¿Con qué plata le hacemos frente? Dicen que anda con toda la plata encima.

—¡...! ¡.....!

—¿Nnnn? ¿Nnnn?

—¿Nnnn? ¡Hable un poquito fuerte, caray!

—Dije que hacemos entrar al patrón. Que él nos dé para presentar la banca.

El Chancho cruzó tentador al lado de ellos, a los botes y a las risas, por lo que, incomunicándose en seco, miraron para el piso como que no estaban en nada o como que en lo que menos pensaban era en lo que estaban pensando. El atrayente venía mascando una butifarra, en salpicaduras los extremos del poncho por los sacudones que les provocaban los hombros. El Hurón, aguantándose inmóvil, los ojos bajos, los brazos caídos, en la ac-

titud de la inocencia, esperó a que pasara. Y en cuanto medio le quiso ver las espaldas salió hacia donde estaba el patrón, quien le tenía clavados los ojos haciéndose cargo de todo. Para no tener que alzar la voz y sin embargo, escucharse bien lo mismo, ambos se pusieron un poco separados y de bruces a ambos lados del mostrador; el patrón, cual si le hubiera dado por mirarles las caras, a todos y a cada uno en particular de los parroquianos; el fullero cual si estuviera eligiendo por las etiquetas alguna botella de la estantería. Y todo fue cuestión de un momento. Cada cual se incorporó sin mirar al otro. Y el Hurón enderezó hacia el fin de despacho. Por detrás del mostrador lo seguía el dueño de casa igual que, alambrado por medio, es llevada una res de tiro. Claro que antes, para su tranquilidad, el Vizcacha cerró con dos vueltas el cajón de la plata y retiró y hasta el fondo se metió la llave en el bolsillo. Eso siempre lo hacía si tenía que abandonar el sitio. Desde la tardecita aquella del desastre. Pasó casi hasta el panelenque, hasta que con cierto recelo, él se les empacó no más, y dijo:

—Bueno, ¿y adónde puta quieren ir a hablar?

Lo llevaron con misterio a conversar tres Patos que se dijeron forasteros de lejos y, arriba, hermanos. Les querían exhibir una pistola que deseaban empeñar, y les daba un no sé qué hacerlo adelante de todo el mundo.

—¡Producto de robo! —intuyó en el aire el pulpero

—Hay que ofertar bajo porque eso les está quemando las manos. Eso es peor que un testigo, si los agarran.

Pero resultó que los hermanos no eran tres sino cinco y, para peor, que los otros dos estaban adentro, y tal como si en la vida se hubieran visto ni entre ellos dos ni ellos dos con los otros tres. Mientras los de afuera regateaban demorándolo, uno de los interiores, con un tropezón de persona en tranca, derramó tamaña pila de mercaderías y, al acudir los dependientes y armarse de alegación, escurriose el otro, nunca se supo cómo, y dejó el cajón igual a cuando su terminación en la carpintería. Por eso fue que, bien soterrada la llave en el bolsillo —siempre así desde aquella funesta hora—, el Vizcacha llegó adonde ya lo esperaban el Hurón y sus dos asociados.

La musitada deliberación apenas duró segundos. Al retirarse el patrón recomendó a su coimero:

—Usté, Aperiá, me lleva la vela, la prende, cierra bien la ventanita para que alguno que llegue de afuera no curioseee, y espera, no más, allí. Y cuando le golpeen la puerta, no me deje introducir más que a estos tres señores y a don Quesero. A los otros clientes usté me les dice derecho que es una jugada particular, una jugada entre amigos.

Momentos después, la llave del cajón del mostrador estaba otra vez puesta en su cerradura; y el patrón, detrás, recobraba su austeridad, lo dominaba todo con la vista.

—¡Juí! ¡Juí! ¡Jujujuí!

Era el Chanco, radiante bajo las franjas porque se había dado contra un cajón y, para mejor, casi rueda por el suelo.

Al verlo acercar a su rincón, donde hacían guardia a sus copas ya apenas con un trago, los tres viejos admitieron la posibilidad de que les hiciera echar una vuelta. Pero al advertir que nadie cobraba existencia para el ricacho, el Carancho afrontó la situación:

—Bueno, vamos a ver si tomamos... y cada cual paga lo suyo; porque total... ¡si seguimos esperando a éste!, —para señalar hacia la pequeña mesa donde, muerto de risa, y mirando a la techumbre el mencionado había tomado asiento:

—¡Barbaridá! ¡Qué alegría! —agregó—. Éste va como tiro al manicomio.

El Chimango le siguió la corriente:

—¡Sí, no lo ataja ni un cerro! ¿Adónde se habrá visto ese contento?

Pronto, uno de los Charabones depositaba delante del Chanco todo lo que, de una sentada, pidiera. Y erguido él, y jubiloso en su taburete, inclinaba la ensombrerada cabeza sobre los platos. Queso, butifarras, aceitunas, dulce de membrillo, algarrobas, en ellos había. Los acompañaban, a la izquierda, tamaña taza con pasas de uva hasta el derrame y, a la derecha, un jarrazo de oloroso Carlón. Y no se le sirvió galleta sino pan fresco.

Contemplando la apetitosa variedad, el cliente no pudo aguantar más; lanzó la risa y se echó atrás como para vérsela en el aire.

—¡Juf! ¡Juf! Jujujuf!

Igual que a escurridizos conejos por las patas, así apretaba las carcajadas el ex-quesero desde su nacimiento en la harriga, pareciendo querer jarana con ellas y hacerles creer que no era gustoso de que salieran.

—¡Juf! ¡Juf! ¡Jujujuf!

Quien también se manifestaba complacido de la vida era don Pedro. Casi sin mover el escarlata de su sombrero, en revoloteos todos sus otros colores, cogía su vaso y bebía a pequeños sorbos, exclamando con frecuencia:

—¡Mais qué terra tan boa is ísta! ¡Bem dicen qu'ísta Banda...!

Ahora él no estaba solo. Entre sus remiendos, el Loro Barranquero se había dejado resbalar de la pipa y se le puso al lado, mirando hacia el suelo por no mirarlo a él, en su disimulo. Después, siempre con los ojos bajos y medio al sesgo, empezó con taimonía:

—Voy a ser curioso, don, y disculpe. Eso es un bruto diamante, ¿noverdá?

Fue acertada la estratagema. A don Pedro le agradaron la pregunta y aquella modestia del roto, quien ahora alzaba de a poco la vista.

—¡Mais qué terra, qué terra ísta!... ¡Efetivamente, diamante! Y muito obrigado si você me aceita una ginebra!

De todos los platos a la vez se hallaba comiendo don Chanco. Como, además, no permanecía quieto, daba idea de que el taburete se lo quería sacar de encima. Quien le mirara los hombros, no más, sería capaz de jurar que el quesero estaba sobre un redomón. Tal vez lo hubiera asegurado también él, asimismo, pues de repente se afirmaba el sombrero, alzaba los talones, amagaba una embestida.

—¡Juf! ¡Juf! ¡Jujujuf!

Y apretaba los dientes para que con la risa no se le fuera el bocado.

En los revoloteos las franjas del poncho se superponían. Parecía que seguían la chacota, ellas, también, y que se estuviesen pisando unas a las otras.

—¡Barbaridá! —se repetía como en hipos el viejo Carancho al pasarle al lado una rátaga de risotadas—.

¡Barbaridad! ¡Mire dónde se habrá visto tamaño contento!

Por su parte, el dueño de casa recibía el asalto de creciente zozobra.

—¡Capaz que de alegría le viene, ahí no más, el ataque y se muere con su plata!

Con fastidio miraba hacia los tahúres, que no empezaban de una vez.

Cuando en el otro extremo don Pedro daba su paseíto, ahora el Barranquero lo acompañaba solícito, mirando al suelo para ajustarle bien el paso. El que iba solo era el fino rechinar de las botas del riograndense. Porque el compaña, de raídas que estaban las suyas daba ilusión de andar con los pies envueltos en trapos.

Uno de los Charabones salía del mostrador ufanamente en alto su bandeja cargada de copas. Para resguardar el servicio:

—¡Guarda! —previno al pasar, por no pecharse con el Loro Barranquero. ¡Cuidado, don Pedro!

—¿Cómo ha dicho vocé —exclamó el Loro Brasileiro hincado por la sorpresa—. ¿Cómo é voso nomen?

—¡Don Pedro, a sus órdenes! —respondió el astroso, en parpadeos al amagar como a “cuadrarse”.

Entre una garúa de tiras se levantó el halda del poncho y se sacó la descolorida gorra.

Lo mismo hizo el otro con su capelo. Y para como dejarse sostener de atrás por una ancha complacencia, se echó sobre los tacones.

—¡Mais qué casualidade extremosa! Si eu también me chamo dom Pedro, dom Pedro!

—¡Pero don Pedro! ¿Entonces usté se llama don Pedro? —barbotaba como en un hipo el Barranquero, empezando a apasionarse con total desinterés, ahora sí.

—¡Mais claro!

El nuevo agitarse de colorinches descubrió una pistola de dos caños, cabo de nácar y tamaña P de oro, incrustada.

Cuando, en una, el loco reparó que también le pusieron servilleta, se la anudó en seguidita al pescuezo. Pero ya había dejado la mesa limpia. Con ganas de soltar la risa, se la atajó, sin embargo. Y se le produjo como una cicatriz entre las cejas al caer en la cuenta de que, quedarse así, de servilleta, era un papel. Y por

no sacársela hizo con el brazo un círculo abarcador de toda la vajilla.

Entretanto, los tocayos se entusiasmaban cada vez más.
—¿Pero entonces...?

—¡Mais claro que con Pedro!

¡Mentira parece! Después de tanto esperar alguna copa sentado arriba de la pipa, el viejo Barranquero, ahora embelesado, no respondía al escuchar:

—Vocé ten que aceitarme una ginebriña. ¡No me salga con que no! E un gusto. Vocé ten que aceitarme.

Al fin, el invitado tomó conciencia de lo que le entraba por un oído y le salía de largo por el otro.

—Bueno, está bien don... don...

—¡Mais claro que sí; don Pedro! —ayudó el otro, lleno de bondad, animándolo con sostenida sonrisa—. ¡Dom Pedro, claro! ¡Mais qué casualidade extremosa!

Bien frente a frente contemplábanse los dos viejos Loros, sacando algún mirón al alborozado contertulio de la comilona. El Loro rico, paternalmente, aunque era bastante menor que su tocayo. El Loro pobre, con una floja sonrisa, larga de dos dedos, la misma de cuando hacía añares, allá por el Guaycurú, lo lavaban bien, lo peinaban y lo mandaban por entre el chilcal a saludar al bisabuelo, el día del Santo.

—¡Pero lo veo a usted, mire, y me parece mentira!

—¿Mais por qué no? —convencía el otro, sintiéndose protector—. ¡Avise!

—¡Jui! Jui! ¡Jujujú!

El Chancho se inclinaba sobre la mesa. Pero ya no por glotonería engullendo apurado, sino a fin de prestar atención a un flamante amigo. Era que, después de haberlo simpatizado un rato con los ojos, el Hurón lo ronceó de cerca y, en una, se le quedó sentado delante, como si el tirón de un resorte lo hubiera atraído a la mesa. Lo que decía el Hurón no era posible percibirlo ni aunque se pusiera la cara al lado de los platos. Lo que se oían de lejos eran unos:

—¡Sí! ¡Sí! —con cabeceos que le saltan a don Chancho como sopesados por las risas mientras, alzando los tacos, hacía agarrar un trote chasquero a su taburete.

El Hurón aguardaba paciente para no interrumpir aquellos promisorio ¡Sí! Y, cuando se calmaba el interlocutor, volvía a cuchichear con aire tan, tan inocente,

que de lejos hacía ver al público que aquello no era nada para bien, aunque en el solicitado las palabras del Hurón surtían un efecto que lo encantaba. El Chanco se hacía un arco; sin contener el trote del banco se sacaba y se ponía de cualquier modo el "panamá" peligrando reventar el elástico del barbijo; escurríanse las risas por entre los dedos cuando se frotaba a dos manos la cara...

Ya ni los platos hubieran podido oír el:

—Bueno... cuando usted guste...— del Hurón, tan por lo bajo fue pronunciado con melosidad.

El Chanco se paró, radiante. Y el Hurón debió apresurarse para adelantársele y guiarlo.

Como otro sombrero, el ex-quesero llevaba encima la casi con peso mirada del dueño de casa.

Al extremo del salón, casi junto a la puertita, el Biguá y el Gavilán esperaban para incorporárseles, gachas las cabezas, sus reojos barriendo el piso.

Con la gravedad de si lo estuviesen viendo desfilar en su propio entierro, al paso de don Chanco la concurrencia se amontonó. Entre dos de vinchas blancas recién llegados, musitó el del culero:

—¡Se aprovechan con el quesero porque está falto!

Y, quedados aislados ahora del grupo:

—¡Mais isto es muito feo! —dijo don Pedro a don Pedro.

Una especie de rumor de papeles arrugados le hizo oír.

—¡Puede, don, que sea para su bien! ¿Quién le dice a usted, que con el bárbaro disgusto que se va a agarrar, el contento no se le corte? Porque eso es lo que lo pierde: ¡el contento!

Se refregó los ojos el Barranquero. Es que los había posado sobre una piedra de anillo.

—¡Ah, no! ¡Isto is muito, muito feo! ¡En minha terra, don Pedro, a isto se le chama roubar!

Don Pedro I estaba ahora como si un aguacero lo hubiera agarrado al raso y con todito puesto.

—¡Con permiso, caballeros! ¡Hagan el favor de dar paso, caballeros!, —iba exigiendo con deliberada, altanera gravedad el Hurón—. ¡Con permiso! ¡Con permiso!

Marchaban ya en fila india todos los jugadores. El Biguá, a quien al iniciar la marcha le había salido desde lo más adentro cierta sonrisa, ahora no sabía si seguir

sosteniéndola o mandarla para atrás, pues advirtió el arder de algunas miradas de las por entre las cejas.

Cuando llegados al cuarto de la tinba, donde aguardaba el coimero Aperiá, dio tres golpes el Hurón, la puertita, sigilosa, como enseñada, abrió apenas una rendija y, escurrido el Hurón sólo, volvió a cerrarse. Ya iba a llamar a su vez el de la quesería, cuando con cortés diligencia la puerta se le abrió de par en par. Y tras él se clausuró de nuevo. Quienes tuvieron que golpear con insistencia, y debieron esperar un rato, fueron el Gavilán y el Biguá, porque el coimero, sin duda, estaría ocupado en atender al rosado de cara. Al fin, también aquéllos quedaron introducidos. Y la puerta, trancada con pasadores, se ofreció entonces a la general contemplación de los del salón tal como cuando se le pone la tapa al horno y adentro queda depositado el amasijo.

Al verse tan bien encerrado, el Chanco, en cabeceos y sacudidas de hombros, soltó una nueva risotada que esta vez, fue un ¡Viva la patria!

—¡Juijuijuijuijuiiii!

Sacudiéndose del pecho ciertas rezagadas migajas, se sentó hecho un jefe en el primer taburete que encontró a mano, y medio quiso manotear el muy hinchado cinto. Pero el Hurón, el Gavilán y el Biguá lo hicieron incorporar en seguida, dando tiempo a que el Aperiá, agarrando de atrás una vieja poltrona con posa-brazos, la allegara a su huésped.

—¡No faltaba más! ¡Usté tie...ne que est...ar cómodo!...

De la fuerza que hacía al afirmarse, se estiraba el coimero cuanto largo era hasta doblar las puntas de las flamantes alpargatas.

Allá por el salón, era de velorio, mismo, aquel silencio cruzado de continuos revolares de cuchicheos que se estableció. Con acento fiero, pero también por lo bajo, el dueño de casa hizo retirar a los agolpados a la puerta.

—¡Pero es cosa grande! ¿Ahora resulta que ustedes nunca han visto jugar, me van a decir?

Errando la recta, y recobrándola con el cuidado de quien va por un andamio, el Carancho y el Chimango ya se venían acercando. Al ver la desolación del grupo ambos retrocedieron hacia sus copas y hacia su compa-

ñero Lechuzón, que había permanecido como con pega- pega en el mostrador y que, ahora, los ojos ya agarrán- dole toda la cara, no podía salir de su pasmo; porque, medio borrosos, como absorbidos por empalidezadora cerrazón, estaba viendo venir de lejos a sus dos amigos, y él no los había visto ir. Fríos cuentos de aparecidos le oscilaron, también neblinosos. Y desde mucho más lejos, desde el horizonte de la mente, entonando sus fantasmas como un coro sin abrir la boca, lo que lo hacía más desabrido y lúgubre, dando hasta a sospechar al Lechuzón que aquellos remotos espectros talareaban con la ropa. Para peor, su aparcerero Carancho le era y no le era. Alguna cosa en él le presentaba como un des- conocimiento. Por suerte recuperó de lleno a su com- padre cuando, al llegarle y empinarse éste el resto de su copa, lo oyó exclamar:

—¡Barbaridá! —entre unos “juí juí jujujuí” a los que pretendía en vano sofocar la puerta del misterio.

Sin embargo, algo de razón hubo en la extrañeza del Lechuzón. Es que el Carancho, recogidas sobre los hom- bros las haldas del poncho, ya no estaba de facón atravesado. Ahora remedada andar de mucha espada a la cintura porque, asaltado por un amago de asma, se le hundía el vientre a cada aspiración anhelosa y el arma aprovechaba la consiguiente aflojadura del cinto para deslizársele hacia abajo. Así, de a poquito y como con paciencia, el arma iba subiendo de categoría.

—¡Barbaridá!

Mientras tanto, un reproche de dulce acento, que por lo quedamente musitado no llegaba a nadie como a nin- guno llega el tímido perfume de una flor del pasto, se entreabría en el expectante silencio del recinto.

—¡Ah, no! ¡Eu minha terra, a isto se le chama rou- bar!

—¡Juí! ¡Juí! ¡Jujujuí! ¡Juajuájuajuá!

Ahora parecía que alguien iba a reventar de risa de- trás de la puerta. Pero como todos sabían que acercar- se a ella estaba prohibido, las miradas que cada car- cajada hacía posar allí retrocedían irresolutas y, de retroceso, mariposeaban sin qué saber hacer, ya encima de las acres bordalesas de vino, ya de los tufientos barril- les de caña, ya de los perfumados aperos, de las pilas de zapatillas y alpargatas también con su olorcillo, como

se hincaban, un momento insistentes, en la profusión de botellas del mostrador. O, si tomaban altura, surcaban las zonas del aire en que pendían botas, rebenques, cinchones, pretales, riendas, bozales, frenos, bornales, para permanecer, meciéndose, entre ellos y, al escucharse de nuevo aquellas risas de latón golpeado y blandido, en relámpago volver a encontrarse todas juntas sobre la pueria inexorable.

Aunque al revés hubiera sido lo lógico, nadie se movió de su sitio, sin embargo, cuando se produjo la intempestiva aparición con cara de muerto del Hurón. Y la mirada en flecha que intentó llegar hasta donde estaría el ex-quesero fue parada en seco, pues la puerta había dado paso entreabriendo una rendija y, en seguida, se cerró. El del desconsuelo no tomó hacia el salón; se metió tras el mostrador, no más, por donde el dueño de casa le salía al encuentro llave en mano y el aire de quien estuviera viendo, en lugar del Hurón, a la misma pandilla de fantasmás que acababa de retirarse de la mente del parroquiano don Lechuzón. Todas las dispersas miradas de los concurrentes juntáronse en bandada y emprendieron vuelo para, con el insistente ardor del tábano, ponerse a las ancas del patrón y, cuando éste se paró frente al socio, quedar como transmutadas en estacas. Mas sin ellas obtener nada de lo que ambos se decían, ¡claro!, porque eran de ojos.

—¿Usté me quiere creer que nos ha dejado limpios?

La estupefacción del Vizcachá no fue menor que la que el Hurón había traído de la "sala de juego" y tenía, todavía, como grabada a fuego en las facciones.

—¡Limpios, me estás vos diciendo! —exclamó con la cara bruscamente iluminada por sus propios ojos.

En seguida, entornó con pesadumbre los párpados el pulpero. Luego, echó la cabeza hacia atrás como si, justo en el medio, se le hubieran afirmado a martillo.

Sin lugar a dudas iba a repetir la exclamación, pues le volvieron a fulgurar las pupilas y pudo apreciarse que trataba de hablar (y es difícil que en el estado en que se había quedado le pudiera salir otra cosa), cuando la puerta tornó a abrir una rendija. Y por allí salieron el Biguá y el Gavilán, uno detrás del otro, como para el matadero. Rodeando, ahora los tres, al comerciante, lo acompañaron cuchicheándole en su retroceso hasta

que se detuvo, hasta que metió la llave en la cerradura del cajón y, apoyándose con vigor en el mueble, se dio vuelta, ofreciéndoles el frente.

—¿Más plata? ¡Y tenés cara! ¡Deseando estoy que él se mande mudar; que ya me tiene enfermo con su tanta alegría!

El Hurón insistía, sudando:

—¡Si eso fue una fatalidad! ¿Cómo vas a dejar así las cosas? ¿Cómo se va a ir él, no sólo con su tanta plata, sino también, con la de nosotros?

—¿Cómo? —resolló él en ascuas. Y se agarró la cabeza—. ¿Con la de qué nosotros, hacé el bien? ¡Con la muy mía, manga de perdularios!

El Gavilán y el Biguá intervinieron, cada cual por cuenta propia:

—Mire, yo le garanto a usted...

—Mire, yo le garanto a usted...

—¡Sí, como me garantieron hoy! ¡Y ya ven en lo que hemos ido a parar! ¡Lo que ha pasado, miren, es una vergüenza para todos ustedes!

En la "sala", a solas con el abrumado Aperiá, aquel que hasta entonces parecía la cosa más feliz del mundo ahora hallábase sin consuelo por causa del ingrato demorar de sus amigos. Un rato tan lindo como el que estaban pasando y, de repente, dijeron los tres contertulios: "Compermiso" "Compermiso" "Compermiso"...

—Alguno los ha de haber engatusado con alguna caña... o con alguna butifarra o con pasas de uva...

—presentía, triste, tristemente el ex-quesero, cuando le cayó a la mente una idea que no era mala:

—Bueno, coimero, ¿vamos a jugar nosotros dos solos, mientras? Yo le pongo una banquita chica, no más... Cosa de hacer tiempo, ¿no?

El Aperiá sufrió un frío que lo sobresaltó y que le hizo llevar la mano al bolsillito donde guardaba dos pesos solitos. Fue a la manera de quien, en medio de un gran gentío, sintiese de golpe que la ropa se le está corriendo hacia los pies y que, por más que haga, va a quedar en cueros de cintura para abajo. Así que, en vez de contestar, agarró para la puerta, más que ligero. Pero sin librarse del compañero, puesto que, cuando agarró el pestillo y abrió y se asomó, por encima de él y como a babuchas, la cabeza de don Chancho se hizo

también presente al público y, para mejor imploró desde lejos:

—¡Pero vengan, muchachos! Vamos a pasar otro lindo rato ¡Vengan los tres! ¡Vamos a farrear lindo otro poco!

El Aperiá consiguió darse vuelta. Y se le puso de frente con resolución. Tal como momentos antes había empujado la pesada poltrona, la de los dos amplios posa-brazos, así se le doblaban las puntas de las alpargatas en su estirarse todo contra el vientre del otro para obligarlo a retroceder hasta que se le hiciera posible cerrar la puerta.

Un lastimero:

—¡Vengan, pues! —fue escuchado junto con el triunfal portazo.

—¡Bueno, esto ya no tiene nombre! —repetíase para sí el pulpero—. En jamás de los jamases hay aquí más jugarretas. Dígase lo que se diga, por algo están fuera de la Ley. ¿Quiere coimear el Comisario? Pues que ponga banca con su plata... ¡y en su Comisaría!

Así se decía en silencio. Y como quien, en medio de sus desoladas ideas, larga de golpe, y ya deja librada a su propio peso, la recién levantada tapa del panteón, agregó, pero ahora con la voz, perfectamente oída por el Hurón y por el Biguá y por el Gavilán:

—¡Nunca más!

Justo ahí, el de poncho hecho como con una bandera nuestra, desde la "sala" hizo su entrada en el recinto. Pudo distinguirse en seguida al Aperiá. Venía de escolta. Meneando la cabeza, que había puesto casi a la altura de la hebilla del cinto.

Preso de una corazonada, el pulpero salió corriendo y se perdió en el cuarto de sus preocupaciones. Al punto volvió a aparecer con la vela apagada, el brazo extendido para defenderse la respiración de la humaza tufienta.

Orientábase hacia sus recientes camaradas don Chaulcho, cuando divisó la pálida ristra de butifarras del mostrador. Y se le fue derecho...

—¡Muito bounito! —había recobrado don Pedro—. ¡Ah, Banda Oriental ista!

Palmeó en el hombro al Barranquero y, haciendo cantar los grillos del chirriar de sus botas de charol, salió solo por el salón, en un paseíto. Desde sus harapos, el otro don Pedro estaba hacía ratos deseoso de hacerle

una pregunta. Como vaciló tanto y, mientras, había seguido observando, ya tenía resueltas las dudas. Por eso, al regreso de dom Pedro, no en tono interrogante sino con admiración, le dijo, lo mismo:

—¡Eso es seda!

Y, sin quitársela, señalaba con la gorra, estirando el pescuezo, el intenso amarillo de las bombachas que en sus repliegues libraba el poncho de dom Pedro.

Muy airoso en sus arrobos, el Chancho engullía una butifarra, reclamaba otra a alguno de los Charabones y, hecho unas pascuas, entre esquivas a la mesa donde antes se sirviera, paseábase del mostrador a una pila de cajones, entre el revolotear de sus listas blancas y celestes.

Pero en uno de sus regresos a la estiba, le dio por seguir de largo... Y de largo fue, que llegó talareando hasta la puerta. Ya allí, cierta perplejidad comenzaba a embarullarle un poco la cabeza cuando le llegaron como unas ganitas de irse. Sin esperar a que ellas tomaran su fundamento, ahí, no más, tornó la cara y dijo a los de adentro:

—¡Bueno, muchachos, hasta más ver!

Le respondió un silencio como de mar. Porque conservaba los murmullos.

El Biguá, el Gavilán y el Hurón, decididos a no perder de vista al loco, tras él alcanzaban ya la salida cuando he aquí que el personaje volvió a aparecer, cruzó entre ellos sin repararlos y, llegado al mostrador, se plantó frente al pulpero, pero sin dejar de mirar al techo, y le dijo con imperio:

—¡Deme en seguidita unos reales de confites!

No quedándoles otro remedio que el de seguir viaje, los tres fulleros habían traspuesto el umbral. Ya a la intemperie, quedáronse un momento mirándose las caras y, después, instintivamente, se recostaron a la pared.

—¡Ahora resulta que el que iba a irse está adentro y los que nos tenemos que quedar, estamos afuera! ¡Pucha, qué bonito!

Cuando con su alegría recobrada el Chancho salió en definitiva, el Hurón, el Biguá y el Gavilán permanecieron inmóviles, siempre la mirada fija en la verde quietud del campo, a la espera de que, por sí mismo, el consternante que iba a pie, se les pusiera en la visual.

Como durante el combate, en ataque de firme, el abanderado avanza también él, dando el ejemplo, así el poncho a listas blancas y celestes, sobre las zancadas, se hundía a veces y reaparecía entre las chilcas. Es que quién sabe por qué razones, desdeñando la enramada, el Chancho había maneado su tordillo en una islilla de ceibos, lejos, a las cuadras...

El símil acabado de hacer con motivo del poncho también se hizo propicio en el marote del Gavilán al él mantenerse apreciando los puntos rojos de aquellos árboles tan en flor. Se acordó del finado su padre, infaltable servidor en las patriadas contra el Superior Gobierno. Y del finado su abuelo, ídem. Firme una pierna en el suelo, la otra replegada y con la alpargata como plancha en la pared, igual a sus dos socios. De repente recobró la posición natural y, alarmado, se puso en puntas de pie. ¡Pero no! Las franjas azules y blancas, que habían desaparecido, volvieron a surgir agitadas en el chilcal. Y ahora, ya, en el centro mismo del rojerío, como si aquello fuese un "Paso del Parque" o un "Tupambay". (1)

Entonces se volvió a recostar en la pared, volvió a alzar la pierna y a aplicar a ella la alpargata. Y minutos después, lo sacó del persistente ensimismamiento la comprobación del Biguá:

—¡Bueno, esto se acabó!

Era que una loma le había salido por las espaldas a don Chancho ya en su tordillo, y lo tapó.

Abandonando el apoyo, cada cual bajó su alpargata. Y todos juntos entraron otra vez en la pulpería.

Tal era el abatimiento, que al tornarse no les llegó de la izquierda y por detrás de la casa un ludimiento de sables; ni advirtieron, tampoco, al grupo de uniformados jinetes, de carabina a la espalda en su mayoría, que se allegaban a la enramada.

Más que sobresalto, pues, cuando, casi en seguida, irruinpió, desmontando de un salto el Sargento Segundo Cuervo, grave el empaque, con largo rodar de lloronas a cada paso resuelto.

En el medio del salón hizo una señal al dueño de casa. Y, como del lazo, volvió a salir con éste a la zaga y sin

(1) Batallas de la revolución de 1904.

hacerle el menor ruido a la autoridad, porque los pulperos, los pulperos no usan espuelas. Cada cual está en sus cosas. El pulpero compra, vende... Está bien. Pero hay otros que no.

La concurrencia no les sacaba los ojos. Aun los más apasionados temas habíanse interrumpido en seco, labio adentro. Como si de golpe, faltara puente.

—Entonces usted me garante... —decía en voz baja el Sargento, situándose del lado de afuera de la puerta.

—¡Como que hay luz, Sargento! Porque aquí no se ha apostado desde hace meses —sostenía el pulpero todavía presa de inquietud. Y reventando de curiosidad, se arrimó y dijo como sin el menor interés:

—¿Y cómo fue la cosa?

—¡Un desmán que no tiene nombre! ¡Con un potro lo ha hecho arrastrar al pulpero de "La Blanqueada"!

—¡No me diga! —se iluminó de contento súbito este otro pulpero—. ¿Y resistió don Peludo?

Un mundo de reminiscencias empezó a levantársele en el magín.

—Resistir, resistió. Ahora, que siga resistiendo, eso es otra cuestión. Si le voy a ser franco, para mí, no sigue.

Ahora fue hacia el futuro que se proyectó optimista la imaginación de este otro pulpero.

—¡No me lo diga! Y esa casa, ahora, va a marchar como el demontre!... ¿Y quién va a quedar al frente de ella?

—¿Pero usted qué se ha pensado de mí? ¡Vaya y averigüelo usted, si quiere!

Se le apartó dos pasos el Sargento, y arrancaba chispas la mirada que hacía fluir, sostenida, sobre el encogido Vizcachón, cada vez más enojado porque se estaba dando cuenta de que él, desde hacía horas, también tenía esa intriga impropia de su jerarquía.

—¡Pero amigo! ¿Sabe que usted tiene cosas? Me parece que es con la autoridad con la que usted está hablando, ¿no? ¡Mire que voy a tener que saber yo quién se va a quedar a cargo de la casa! La policía, lo que tiene que hacer, es desenredar una bruta madeja. Porque, como dijo el Comisario, esta muerte, que ya casi hay que dar por hecha, no es una cosa tan inocente como de entrada pareció. A lo mejor la sobrina de él, la Mulita,

que es la heredera... ¡Bueno! pero éstas sí que no son cosas de usted...

Paró y echó mano a la pistola. Descubría por la puerta el asomo de unas cuantas cabezas;

—¡Para adentro, caracho!

Quedó un momento cabeceando. Y continuó:

—Bueno, pongamé atención: la orden es que usted haga entrar, sin que nadie, entiendámé, ni los dependientes, paren la oreja, a un soldado que voy a dejarle de Imaginaria. Y que lo esconda como si fuera enchapado en oro y plata. Y, así, novedá que usted pesque, me le pasa el dato, y él procederá según las órdenes que tiene. Ya sabe que usted es responsable. Y debe saber, también, que el Comisario anda con una calentura como para que se haga pororó el que lo toque; y que jura y perjura que no está dispuesto a permitir que pase lo de otras veces, que el vecindario y los pulperos agarran la tutoría del malevaje.

El pulpero se puso colorado y, en seguida, con la palidez del muerto. Pero de falso que hasta con él mismo era, pues nunca, nunca fue capaz de hacer ni una sola vez lo de todito el mundo, siempre...

—Esté... —tartamudeó— esté...

Ni el fugaz albor ni la demudación tan intensa que lo siguió fueron advertidos. El Sargento Cuervo no estaba para eso. Llegado a la parte de las instrucciones que el Comisario le impartió para el propietario de "La Flor del Día", se le despertó la vanidad. Ratos antes, en la Comisaría, se había quedado pasmado al apreciar hasta dónde puede llegar una inteligencia. Y, ahora, deseó hacer pasar aquellas sagacidades como recién nacidas en su cabeza.

—Usted me retira de los estantes las cajas de munición. Hasta las de cartuchos de chumbo, ¡ojó!, porque, aunque no son material de guerra, viene un bruto que no entiende nada de nada y, de bagual, chapa una escopeta y, si lo agarra de cerca a un militar como nosotros, le hace un boquete que... ¡bueno!. Y si le tira de lejos, con lezna tienen que pasarse las horas en la Comisaría sacándose los perdigones. Ya sabe, esconda todo como abajo de tierra; y sea quien sea el comprador, usted le contesta derecho que no le quedan ni las cásculas. ¿Es-

tamos? Ahora, atiéndame bien, y haga de cuenta que lo que le digo se lo entrego escrito en una piedra.

El pulpero adelantó un paso para escuchar mejor. El Sargento continuó:

—Si usted observa que le llega alguno muy mansito y hace su pedido con exageración, páselé el dato al Imaginaria. ¿Nunca lleva más que un quilo o quilo y medio de yerba y ahora se le descuelga con una arroba? Al Imaginaria. ¿Nunca pide más que dos o tres paquetes de tabaco o una miseria de peluquilla y ahora le sale comprando como para ponerle a usted una sucursal...? Al Imaginaria. Y la sal, sobre todo ¿eh? Vigíleme el despacho de sal. Que ahora, hasta a los que andan a monte ya se les hace cuesta arriba revolver el asado en las cenizas.

—¡Tiene razón! No había caído en la cuenta... ¡pero es claro!

—Al que le pida un despropósito de sal, fileemelo bien, si no es cliente; sonsaquelé el nombre, que es fácil...

Y al Imaginaria en seguida. Esto ya no es sospecha, es una claridá que esa sal va a parar a yo sé cuáles maletas que deben de estar rondando cerca.

La imaginación del pulpero, ajetreada en idas y venidas, ahora estaba clavaða en el centro del tremendo estupor. Y de allí, los ojos dilatados de admiración, él consiguió salir, diciendo:

—¡Pucha que hay que tener marote! ¡Sargento, lo que usted dice es soberbio!

El Sargento Segundo retrocedió dos pasos a fin de facilitar la contemplación, feliz de sentirse como estatua de plaza, de mirado de arriba a abajo.

—Y... sin eso... ¡no hay Autoridá!

—¡La fresca! ¡Qué cabeza! --le daba hasta por el cuello, en gratas ráfagas—. Y eso de la sal... ¡Pero es claro! Después que a uno se lo dicen. ¡Seguro! Eso de tener todavía en esta época que revolver el asado en las cenizas... ¡Pero, pero eso es divino!

El Sargento Segundo Cuervo, esperó, siempre callado, haciendo así comodidad para que el pulpero siguiera hasta que se cansara. Y cuando éste calló, él, sin ganas ningunas, recobró los dos pasos y le dijo:

—Bueno, don, esto está muy lindo; pero usted se hará cargo, yo tengo que cumplir con mi deber. Cualquier

cosa de las que le expliqué se produce, y ya usted me le está pasando el dato al Imaginaria, que es ése sin carabina, el de la panza salida, al que todavía, como usted ve, no se le ha podido agenciar un uniforme completo.

Seguido por el pulpero, que recién se había dado cuenta de la presencia del piquete marcial, se adelantó hacia la enramada. Casi al lado de un grupo de cabalgaduras, y al cobijo del solazo, los cinco milicos —cuatro de ellos en bandolera la carabina— permanecían montados. Uno era el Recluta Carpincho.

—¡A ver, vos; echá pie a tierra, maneá ese malacara, que es nervioso, y te me ponés a las órdenes del señor!

El que con algún desacomodo descabalgó al punto, tenía hasta los ojos el quepis, al cual no seguía la correspondiente chaquetilla sino un saco de particular tan rabón que dejaba ver en todo su contorno al cinturón, del cual pendían una canana vacía y el sable de vaina abollada y ferrugienta. De reglamento, sí, eran las bombachas y las botas.

—¡Maneá de una vez, te digol

Estaba siendo bastante estorbado por su arreo militar, el Recluta. Su total falta de costumbre hacía que el sable se le metiera por delante al agacharse y pretender ceñir la manea a su malacara. Se incorporó, al fin, soplándose las cejas, y se cuadró, bien atrás la cabeza.

—Obedecelo al señor como a un jefe. Y si él te da algún aviso para la Comisaría, te vas, pero muy derecho, sin contestarle a nadie ni a su “Buen día”.

Prominente el vientre por el rígido erguimiento, el Recluta era todo oídos.

—No te preocupés si deshacés el malacara. Tené entendido que nadie te lo va a echar en cara. Ahora no es cuestión de eso sino de llegar como luz. Cuanto más ligero estés, más te vas a lucir, tenelo presente.

El Sargento Segundo Cuervo estribó y quedó en seguida hecho monumento. Y adrede permaneció un momento así.

—¡Hasta mas ver! —se despidió cuando decidió encabezar la marcha. Y tomó al trote y, en seguida, al galope.

Los Soldados Comadreja, Cigüeña, Guazubirá, Cuzco Bayo, recién se movieron cuando el superior iba ya a media cuadra. Es que la idea de lo lindo que ante sus

copas estarían los del mostrador los había absorbido completamente.

También quedó un momento inmóvil el pulpero. Luego, le hizo señal al Recluta de que se dirigiera hacia atrás de la casa y allí lo esperara. Y entró a su comercio.

Un silencio tan tenso, tan tenso lo recibió, que hasta bien pudo escucharse el rumor de sus zapatillas.

—¡Con permiso! ¡Con permiso! ¡Con permiso!

Mientras se abría paso, al Vizcacha lo embargaba una sensación que no sabía de dónde le venía, pero que obligaba a perder terreno a la imagen del Sargento para dejarle reinando nada más que una de las cosas que éste le revelara.

De pronto, riéndose solo, se dijo en lo íntimo.

—¡Sí, esa casa, sin don Peludo al frente, se va barranca abajo!

No advirtió en ese placentero ensimismamiento que todas las miradas se le afirmaban e iban acercándole los respectivos cuerpos. De rodeado con ansias, era ahora él como carozo en sendero de hormigas.

—¡Qué esperanza, caballeros! —marchaba respondiendo a diestra y siniestra y hacia su retaguardia, también—. Completamente nada ha pasado, que yo sepa. El Segundo Cuervo anda de recorrida, no más. Y como somos como hermanos... ¡No, qué esperanza! Demoramos hablando de cosas, solito...

Pero ni por los más en tranca fueron aceptadas estas palabras.

Y sucedió lo de siempre en casos semejantes desde que el mundo es mundo. Tal como en la noche van y vienen y se borran y vuelven a presentarse los bichos de luz, así los nombres del Peludo, de don Juan y hasta el de la Mulita en seguida estuvieron en el aire.

¿Quién fue el primero que sospechó la verdad? ¿Cómo demonios comprobó después su certeza? ¿Y a quién se la confió primero? ¡Vaya uno a saberlo! Y, por otra parte, no tiene importancia eso. Lo cierto es que hasta lo

—¡Barbaridá!—

del anciano Carancho eran pulsados, desde ese momento, por la circulación de la noticia. Concentrado previamente en torno al Vizcacha, el gran emboloso se transformaba en pequeños remolinos que esos era la dispersión

de los ponchos del público al volver a sus respectivos apoyos y a sus asientos a poco abandonados.

Quien de nada se enteró fue el Loro Brasileiro don Pedro. Pagado su gasto, entre un revolotear de colores, sin ver y sin ser visto por el civil y por el militar de la conjura, hacía ratos había montado a caballo para enderezar sin apuros hacia la Estancia donde aquel día tenía resuelto almorzar y hacer siesta. Mirando y mirando las pasturas, las aguadas, los montes, el estado del ganado, trotaba... Contento, él. Haciendo algún cálculo, de cuando en cuando. Su sombrero escarlata iba bien a la nuca. Su parejero, tapado de plata y oro, llevaba montura con baticola.

En el salón, el Barranquero don Pedro, de tanto apretar un recién regalado billete de un peso, lo tenía hecho trapito. A su lado, sin salir del sopor que le estancaba las vistas, estaba don Lechuzón, extraviado de sus compañeros en aquel mundo, a su regreso de una urgente salida que tuvo que hacer a cambiar las aguas. Al Barranquero le inquietó la accidental compañía. Y se le empezó a zafar con sigilo; que las horas del día son largas y un peso es mucha plata, sí, pero siempre que no haya que compartirlo. Y más con un barril sin fondo.

Como el patrón todavía no había dado autorización para empezar la taba, consciente de que el público se encandila en la cancha y nadie, mientras le quede un cobre, vuelve a dejarse ver en el mostrador, el embrematamiento hizo necesario que uno de los Charabones llevara dos mesas más, con sus sillas, al salón. Y que de la cocina se trajera el banco largo.

De nuevo quedó el Vizcacha tras el mostrador. Agarró el lápiz y se lo puso en la oreja. Agarró el Libro Diario, lo abrió a dos manos y le asomó toda la cara arriba... Retiraba su lápiz, hacía como que hacía un apunte, lo tornaba a la oreja... Algunas veces levantaba la vista hacia el techo, la suspendía allí y, ligero, como para no volver a olvidarse, se ponía otra vez a escribir... Después, sin cerrar el libro, sin guardar el lápiz, se puso a tararear, a tararear... despacito fue quedando de espaldas, de espaldas... y se hizo humo.

Al patio, en partes, le formaba toldo un alto parral de racimos maduros. Al cruzar ante la puerta de la cocina se detuvo el patrón. Dentro de una bata abollo-

agua y de una pollera como de miriñaque, con pañuelo blanco a la cabeza, una chancha negra se inclinaba sobre la enorme olla del fogón en el suelo, revolviendo su potaje. Y una nutria vieja y otra muchachona, las dos de luto, también tocadas con pañuelos, se empuñaban ante la mesa poblada de fuentes. Sobre un asiento de masa de pastel ya posada en los inmensos recipientes, la primera nutria depositaba cucharonadas de brillante picadillo y, después, lo extendía. De inmediato la nutria joven que trataba de madrina a la mayor, cubría el relleno con nuevas capas de masa, y a filo de cuchillo les emparejaba los salientes con el contorno del plato, para disponer al punto en el borde conjunto un labrado ribete. Al más mínimo descuido, la ahijada levantaba el hojaldre y, furtiva, se engullía pasitas de uva o la aceituna, no más, que quedara en descubierto...

De pronto, a esta última se le fue la gula. Porque, aunque fingió no haber visto al patrón, tenía presente de cuerpo entero, recortado en el marco de la puerta como pintado adentro de un cuadro. Y lo oyó exigir con severidad.

—¡No se me demoren!

Había quedado don Vizcacha muy satisfecho de la rápida observación; mas él consideraba siempre que es bueno no dar demasiada tranquilidad a nadie; que ésa ha sido la causa de echarse a perder mucha gente cumplidora.

—Aunque la aglomeración va a ser mañana —agregó, pero, eso sí, ahora como un padre—, ya esta tardecita la gente que queda lejos empieza a caer a hacer reunión y distraerse hasta la madrugada, cosa de ser de los primeros en refistolear la llegada de los parejeros. Esos pasteles ya tendrían que estar en el horno. Se sirven calientes, y ya la gente se me llena con nada.

—Pero mire que en su cuarto ya usted tiene la primera hornada, don Vizcacha —aclaró la negra al sacar su pala de la olla y secándose el sudor con el dorso de la manga—. Hicimos primero los rellenos de natilla y de dulce de zapallo, que cuestan un triunfo enfriarse. Principalmente los de zapallo, que es un fuego.

—¡Ya sé! Estaría bueno que recién empezaran! Mañana habrá un mundo para la comida... No me mez-

quinen el huevo batido. Bien enchumbado ese hisopo, ¿eh?, así nos quedan lindos de vista...

Iba a seguir hablando mientras abandonaba la cocina, cuando se interrumpió. Era que, más allá del jardín del patio, al lado de la batea de abajo del tala, descubrió al ventrudo Recluta en irreprochable posición militar parado en medio de un charco de blancuzca agua de jabón.

—¡Mire usted si ese mozo no podría haber elegido otro sitio para cuadrarse a esperarme! —dijose para sí. Y retomó el hilo de la conversación de adentro, con las peonas:

—¿Y sacaron los matambres?

--También ya los tiene prontos. --Y al tiempo que la negra volvía a hundir la pala en el potaje—: ¡Han dado un poder al caído! —agregó— ¡Está, de fuerte, que va a hacer sudar al que lo tome!

No la oyó don Vizcacha. Y no sólo porque ya estaba en el patio sino porque la cocinera y él hablaron a la vez.

—¡Mire dónde, dónde se ha parado esta autoridad! ¡Si me quedo un rato más, brota!

Pero el paso que avanzaba hacia el Recluta volvió atrás; y el pulpero, fruncido el entrecejo, se asomó por segunda vez a la cocina.

—¡Ah! ¡Ojo! Les prevengo que en las idas a la despensa no tienen nada que procurarse en el dormitorio —dijo extendiendo los brazos y afirmándose a dos manos en el marco de la puerta—. Miren que a esa puerta la voy a cerrar de firme. Yo quiero echar una siesta —confió con intención—, y ahora voy a dejar la pieza a oscuras. Que esté fresquita y que no invada el mosquerío. ¡No me vayan a andar forcejeando la puerta, les digo!

Fuera ya de la visual de la cocina, se detuvo. Y por no delatarse a algún mirón si se internaba demasiado en el patio, hizo señas al Recluta de que se aproximara. Pero éste, en posición de firme, permaneció hecho piedra, rutilantes al sol los trechos no herrumbrientos del latón del sable, el saco de particular como esponjado por lo cortón y por lo abultado del vientre y de los bolsillos, el quepis encasquetado hasta los ojos y hasta la nuca.

En vista del fracaso, el Vizcacha lo llamó con la mano.

Más que inútil.

—¿Es que me han dejado un soldado o un ciego?

Ante tamaña intriga, el Vizcacha se olvidó de que al quien podía verlos y salir propalando en el salón que la pulpería estaba con imaginaria. Se rascó la cabeza. Pensó un poco. Alzó despacio todo el brazo y, de golpe, lo bajó hasta las rodillas llevándole todo el cuerpo. Para un ojo observante, tal pronunciada advertencia equivaldría a lo que un grito para un oído.

Esperó el efecto.

Más que infructuosa la maniobra, otra vez. Como si el mismísimo Coronel Puma con su Plana Mayor le estuviera pasando revista, el del sable siguió de estatua. Entonces, con vivacidad, el Vizcacha tornó la cabeza en la dirección que parecía mirar el Recluta. Y al ver lo que vio, a todo lo que daba corrió hacia el horno.

En torno del borde de la tapa con firmeza sostenida por el puntal de la pala de hornear, fugaba en procura del cielo un humo negro.

Pisando el desparramo de cenizas y brasas apagadas, el dueño de casa retiró el sostén, sacó, dificultado por el calor, la tapadera, y a sacudidas desprendió de su reverso las ahora llameantes arpilleras de atascar las rendijas del acople... Por suerte estaba mediado el balde. Entre toses y estornudos, a toda velocidad, metió los trapos en el agua, los sacó y, sin escurrirlos, volvió a aplicarlos a la parte de atrás de la tabla... Y con ésta, recelando que la elevada temperatura le hiciera aflojar las manos y largarla con el consiguiente desastre, obtuvo que la tórrida boca quedase otra vez cerrada.

Permaneció mirando si no habría novedad. Después, también se miró las manos, y las llevó a frotarlas bien hundidas dentro del balde. Mientras para secarse se acariciaba con ellas a lo largo de los pantalones, e iba, asimismo, recobrando la calma, de súbito se acordó del Imaginaria. Y dio vuelta y enderezó al charco donde, siempre tieso, permanecía el funcionario policial. Contenido el aliento, éste ya rompía a paso militar para salirle al encuentro, cuando se paró porque antes se paró el otro muy alarmado por el ruido de las nazarenas. Bastó un momento de concentración para que el Recluta interpretara las imperiosas señas que se le ostentaban: Orden de sacarse las espuelas despacito, sin alborotarlas más... Orden de "¡Mucho ojo con el sable!"

Y se llevó la mano a la visera del quepis, haciendo la venia.

En ascuas bajo la zozobra de que tantas dilaciones permitieran descubrir al vecindario su impuesta solidaridad con el Gobierno —aunque, si no, ¡mirá qué lindo!; lo menos, cepo con él, o estaqueada—, el Vizcacha, medio encorvado ahora entre un macizo de achiras por no hacerse tan presente, esperaba el cumplimiento de la operación. Vio que, siempre perturbado por el entrometerse del sable, quedaron al fin en el suelo las espuelas del Recluta. Observó cómo éste las recogía y las sostenía en vilo; y vio que, con la mano libre siempre tranquilizando al sable contra el cuerpo, quedó como haciéndose retratar.

Entonces el pulpero se dio vuelta, levantó el brazo, lo bajó horizontalizándolo con el suelo para señalar la meta, y se puso en movimiento.

Llegado al umbral de su dormitorio, el Vizcacha dio media vuelta cerrada y, sin sacar los ojos del Recluta, se introdujo de espaldas, muy despacio, cerciorándose a cada paso con el talón de no topar con algún obstáculo. La maniobra se hizo necesaria a fin de que el conducido no le perdiera de vista a su índice hecho palito sobre la boca.

En efecto: fue entonces que el Carpincho ya avanzó en puntas de pie. Pero, entonces, le chirriaban las botas. . .

Sin dejar su retroceso, el pulpero tuvo que estirarle el brazo y bajarle y subirle a compás la mano bien abierta, para aconsejar que bien, pero bien de plano asentase al marchar toda la planta.

Ya dentro de la habitación también él, el Recluta empezó a aspirar hondo. Y cual al sonámbulo se le cerraron los ojos.

Era que, a pesar de su puerta trancada, un penetrante olor a manjares fluía del otro cuarto.

A corta distancia, el patrón esperó un momento. Mas en vista de que los párpados del miliciano no se levantaban, tomó la decisión de acercarse, tocarlo y hacerlo recuperar. Le era preciso que el Imaginaria abriera los ojos, ya que él tenía muchas señas que hacerle respecto de cuando se quedara solo. Pero todavía sin establecerse el contacto, el otro ya se puso en condiciones de verlo. Pues había disipado a su arrobó el hacerse presente en sus dos manos el peso de las espuelas y del sable, al

que había retirado de su cadenilla cuando no consiguió que se quedara quieto. Buscaba con la vista un sitio donde posarlas de una vez. Antes de llegar al dilatado lecho —ése fue el lugar elegido—, casi rueda al trabársele las piernas en una damajuana llenita de vino hasta el tapón, a juzgar por la resistencia que ella le opuso.

Callado, es decir: de manos y brazos quietos, el patrón aguardaba, paciente. Hasta que recibió una dócil mirada. Y él pudo, así, iniciar sus recomendaciones. Con el pulgar de su derecha en avances y retrocesos por encima del hombro, empezó refiriéndose a la presencia peligrosamente cercana de las de la cocina, para lo cual hizo, al respectivo costado de la cara, unos avances y retrocesos con aquel dedo. El Recluta tomó la cosa como que el patrón le decía que podía servirse, no más, cuando quisiera, de los manjares que se seguían denunciando a su olfato desde la pieza de al lado. Y pensado que para el pulpero no sería gravoso que de aperitivo, él se bebiera antes alguna cañita, presa de creciente entusiasmo sonrió agradecido y se animó a destacar también bien su pulgar para en seguida volcárselo sobre la boca. Con cabeceos repetidos aprobó, gratamente sorprendido, el propietario. Interpretó que su interlocutor le aseguraba que estuviera tranquilo respecto de las de la cocina; pero que, por su parte, él temía a la posibilidad de la llegada, por el lado del patio, de algún borracho capaz de meterse en el cuarto como la cosa más natural del mundo. Bajo el asombro de advertir tanta previsión en aquel tan joven militar, el pulpero sonrió con tranquilizadora suficiencia, retrocedió sigiloso hacia la puerta por donde llegaran, y le mostró, fundando en ella el dedo, la gruesa aldaba capaz de aguantar los empujes de un ariete.

No pudo menos el Recluta de hacer una reverencia, creyendo que don Vizcacha le comunicaba que quedaba dueño de casa. Y como el pulpero estaba hallando bien desinteresada satisfacción al comprobar la penetración del Imaginaria, le empezó a nacer cierta afectuosidad. Midiendo que el sagaz Recluta tal vez debiera permanecer horas y horas encerrado, al mismo tiempo que se prometió llevarle de vez en cuando alguna cañita se puso como cataplasma la mano extendida toda sobre la mejilla, la mantuvo un ratito así y, después, acostó

cara y mano hacia el hombro, emparejando afectuosamente los ojos. Significaba así, sin ambages, que le ofrecía su vasta cama para reposar los huesos.

Al punto, y con violencia, el Carpincho sacudió negativamente la cabeza. Pensaba ofrecer absoluta seguridad de que —¡no faltaba más!— de ninguna manera él se daría allí al beberaje hasta el punto de quedar durmiendo la mona.

Después de esto, ambos interlocutores, cada cual mediante una larga sonrisa bien doblada en las puntas, expresaron su perfecto acuerdo y que ya estaba todo dicho. Y mientras de agradecido el Recluta se “cuadraba” haciendo la venia, el propietario abandonó, contento, el recinto y atravesó el patio. Tarareando bajito se aproximó a la cocina. Pero, cuando iba a pisar el umbral, lo incitaron a seguir de largo los rasgueos de una guitarra desconocida, que desde el salón surgían más que armoniosos. Y el optimismo que ellos acentuaron le atrajo una rememoración.

—Sin el Peludo —se dijo entonces—, y en manos de la sobrina, la pulpería se va al suelo. Lo que es esa Blanqueada se va a quedar... ¡negrita!

Al entrar halló que en ángulo de la pulpería, de espaldas a los bocoyes, y con un taburete por asiento, se exponía a la contemplación cierto Venado cubierto por un poncho negro del que surgían, negras, las bocamangas de la chaqueta, como eran negras sus bombachas de merino, por lo cual resaltaban el blanco pañuelo al modo porteño, “serenero”; el “panza de burro” gris clarito, y las espuelas y las alzaprimas de plata. Y no había duda de que no era por duelo sino por preferencia que así vestía; porque además del pañuelo blanco no ostentaba “luto” en el sombrero. Ni tampoco tenía bordes negros el pañuelo de bolsillo que, en una ocasión, apareció entre los pliegues del poncho y acarició la frente alta.

Fundada en el suelo, la guitarra se le recostaba dulcemente a la pierna.

—¡Pucha! ¡Me aparezco justo en el descanso! —exclamó para sí el Vizcacha.

En efecto: el cantor bebía a pequeños sorbos su caña, posaba el vaso en el taburete que adrede tenía al lado, se inclinaba después a su izquierda para atender con

afectuosa cortesía al coimero de la casa, el joven Apería de la golillita negra. Que éste, cuando se inició el canto, en puntas de pie y con un banquito de ceibo en la mano le había llegado para sentarse a su vera todo oídos y todo ojos. En ese momento, después de remolinear un poco en su intimidad, el mozuco se animó y le había dicho:

—Si no tiene inconveniente, y disculpe, ¿después no haría el bien de cantar otra vez la décima de “La blanca luna”?

—Es que es linda, ¿noverdá?

—Sí, señor. Y era la preferida de la finada mama.

—¡Ah, usted es huérfano!

—Es verdá. Y de un pasmo acabo de perder a un hermano.

—¡Anda en la mala, compañero!

—Es verdá; sí señor.

—Bueno, le haré el gusto. Pero al final. Y diré que es a su pedido. Si no, quién sabe lo que cree la gente. Capaz de pensar que soy como los pájaros, que siempre cantan lo mismo.

El diálogo fue cortado, sin querer, por el Barranquero, por don Pedro. Como los años lo habían puesto curioso además de cegatón, meciendo sus colgajos se fue hasta los barriles, el pescuezo estirado a fin de llevar bien adelantados los ojos. Y se les hizo estaca enfrente al Venado y a su admirador. Observó la guitarra; como si el guitarrero fuese otro objeto inerte lo observó, también... Y cuando empezó a darse cuenta de que con aquel fisgonear estaba haciendo un papel:

—Con el permiso de usted —le dijo en menudos papeos. Y se sacó la gorra.

Aquellas sus botas ya no le servían más que para resguardarse las canillas; por esto se retiró con marcha apagada, de descalzo. Y tornó al rincón donde el viejo Chimango, que no advirtió su ausencia, contemplaba con un poco de preocupación el aun más viejo Carancho. Es que a éste, la música, como siempre, le había producido una exacerbante susceptibilidad. Se le antojó, igual que en otras oportunidades artísticas, que la gente de la pulpería se le había puesto en contra. Y que esa hostilidad de hijos de puta estaba mereciendo que él empezara a puñalada limpia.

—¡Bueno, compadre! —intentaba calmar el Chimango; intuyéndolo todo—. Si acaso, si acaso... ¡no escuchamos más y nos retiramos!... ¿Bueno, compadre?

—¡No, señor! —roncó el otro viejo—. ¡Faltaba más!

—Porque si nosotros nos retiramos...

—¡No, señor! Dejeme no más a mí. La música está linda. Y no me voy a privar de una cosa que me gusta tanto a mí por esta manga de perdularios, ¡sepa usted!

Pretendía lanzar a todo el mundo miradas provocativas; pero para escurrirlas por entre sus párpados cada vez más caídos tenía que echar la cabeza tan atrás que quedaba como haciendo gárgaras.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa, compadres?

Era el Lechuzón quien, al llegar, ya apreció la preocupación de su compadre Chimango.

—¿Qué pasa? —repitió.

—No... La música... —musitó éste con riesgo de ser oído por el hecho furia.

—¡Ah! ¡Pero se le pasa! Cuando él se pone así, le viene asma. Y entonces ya busca para afuera, y entonces se le pasan las dos cosas.

—Pero es que reciencito medio quiso hacer de armas.

—¡No me lo diga!

Alarmado, el Lechuzón se abocó al Carancho.

—¡Compadre, usted se me está atacando del asma!

—¡No, señor! —aspiró hasta las verijas el Carancho, casi reventando el cinto. Y ya buscó la puerta, a los rebufes.

—¿No se lo dije? ¿No se lo dije a usted, compadre Chimango? No hay que perder la tranquilidad. Después vuelve hecho una seda.

La mayoría de los parroquianos aprovechaba el intervalo. Algunos movilizándose hacia el mostrador, otros haciéndose llevar los vasos con alguno de los dos Charabones, bebían de apuro, cosa de no incomodar o de no tener que estar aguantando las ganas cuando se reiniciara el canto.

Y se trababan diálogos que, algunos, habiendo partido casi de al lado mismo de la guitarra o del corazón del cantor, ahora orientaban lejos del instante y de la misma pulpería. Es que aflojando la atención momentos antes tan bien regida por el arte del Venado, el pensamiento de la revolcada del Peludo intentaba ejercer

otra vez de lleno su intensa seducción. Pero, por otro lado, aquella clara voz tan emotiva, aquellas escalas que ha poco revolotearan frente a las imaginaciones y, juntándose en acordes como ramas, buscaban descanso y tornaban a mecerse entre las nubecillas del humo de cigarros y charutos; sí, aquellas escalas seguían incitando ansias de trepar por sus tramos tras el canto hasta ir a asomarse a apreciar algo que no se ha visto nunca, pero cuya tibieza bienhechora se sabe que en alguna ocasión todos le hemos quedado muy cerca. Se había creado en todos los corazones, pues, la atracción de dos polos antagónicos...

Aunque se nos acuse de redundantes, digamos, en el afán de decirlo mejor: La acción funesta, aunque justiciera, de Don Juan tenía la virtud de proyectar la fantasía hacia un inmediato futuro de sablazos, de tiros, de sangre, con algún paisano en el cepo o mandado a las estacas, aunque, eso sí, con el tendal de milicos para siempre privados de poder contar el cuento. Pero desde el principio de su voz la guitarra obró al revés justo. Como siempre, aunque la estrechen con torpeza, por más que los dedos de la derecha arañen en demasía y los de la izquierda trasteen, ella, como toda guitarra, impulsaba hacia atrás, hacia lo que fue, en quienes la escuchaban desde la rodillas del de negro. De este modo, con baquía singular, ella hacía esquivar a cada parroquiano todo lo que de ríspido y de malo, de hosco y de cruel le supo la memoria, para intentar que él mismísimo siguiese, siguiese más atrás y más en pos de sus ecos. Y a unos y a otros internaba, así, en la dirección de lo tristemente perdido; en la de aquellas cosas que alguna vez nos despertaron el deseo imposible de atajarlas y, con ellas, atajar la hora en que fueron; razón por la cual la pena de saber que no lo lograríamos nos hizo, a cada oportunidad, sentir como a injusto enemigo el amanecer de un nuevo día. En aquel preludiar que, ahora, reinició el trovero, la casi totalidad de las mentes, a la aparición, dijimos, del pulpero, se hallaba como a horcajadas en el instante. Por un lado, ganosas ellas de continuar, derecho no más, con el imaginar de inminentes vicisitudes: sacando y volviendo a meter en su lecho de dolor a don Peludo, situándolo otra vuelta tras el mostrador de "La Blanqueada" o, las más de las

veces, acomodándolo entre cuatro tamañas velas con crespón, para seguir la fantasía, en la agorera obscuridad de la noche, por sobre un tropel de caballos y un chispear de facones contra machetes, a la súbita iluminación de los pistoletazos. Pero no era muy lejos en el porvenir lo que podía irse el deseo por ese declive. Un nuevo reclamo de los rasgúeos en este silencio ahora tan dócil de "La Flor del Día" y, ya otra vez, ese atrayente calor de rescoldo, de vagos e insistentes prometerse el regusto de cosas buenas, embelesadoras y queridas que en alguna ocasión cruzaron sin parar por la existencia, incontenibles, reiteramos, cual si un gran viento apurado y sin fatiga e indiferente las arreara y las arreara con destino muy remoto.

Aparecido el dueño de casa precisamente cuando cantor y guitarra callaron juntos, los postreros ecos que alcanzaron a llegarle al patio no pudieron disiparle lo más mínimo del mundo bizarro que le venía pronunciando sus relieves en el caletre. El remate, ya, de "La Blanqueada", en la que él, el pulpero de "La Flor del Día" hacía ratos que se hallaba metido, y no de mirón sino interesándose activamente por mostradores, por estanterías, por muebles, por servicios de loza y de vidrio, y por la balanza, pues estaba decidiendo dejar la casa como sucursal de la suya, ya que el punto era espléndido; aquellos "¿Quién da más?", "¿Quién da más, caballeros?", y aquellas terminantes bajadas de martillo; ese trajinar en el presumible remate con los bienes de la herencia del Peludo, si se moría, presentábasele al Vizcacha al lado de estos sus presentes parroquianos ansiosos por volver a escuchar al Venado, y de quienes se le anticipaba al meditabundo comerciante la imagen de su reclamarle potajes, loco, matambre, pasteles, empanadas, dulces de toda clase, envuelta tal visión en el barullo del mascar y del sorber...

—Trabajo unos añitos más... vendo todo o, si no, pongo un habilitado, que a lo mejor es mucho mejor, y me radico en el pueblo. Compró casa, compró muebles, compró coche y dos caballos de tiro que sean un jaspe, me hago ropa de medida... ¡y soy un pachá!

Pero ya la guitarra estaba otra vez entre los brazos del cantor.

—¡Pucha, qué lindo está hoy todo! —se dijo don Vizcacha irreflexivamente, pues se le fueron, de golpe, de la memoria tanto el Sargento Segundo Cuervo como el Imaginaria Carpincho. Y no sólo éstos. A los primeros acordes, que apenas eran un indeciso preludio, todito lo bastante feúcho que, muy campante, estaba alentando en la imaginación del pulpero, se puso como arriba de un terremoto. Porque a él el canto y, sobre todo, la música, le desmoronaban y le barrían de la memoria tanto lo que a flor de ella, no más, retiene, como los viejos fantasmas de la conducta personal que con el tiempo uno consigue hundir casi como lejos de sí mismo, al parecer; pero que, por la más, la más estrecha rendijita que se abra, se vienen y se nos plantan ante los ojos y empiezan a acusar, a acusar y a sacarle a uno todos los trapos al sol. Tal como quien, por más que haya sido un desacomodo vivo, viene de esos pagos al pueblo sintiendo con todo motivo que ya está bastante cargadito de años y, de pronto, ladea la cabeza en dirección de la Iglesia al escuchar el buenamente llamar de las campanas, y aunque siga, no más, por esas calles y se aleje, el magín agarra por su cuenta para el lado de las torres, así, de esta manera, una guitarra bien pulsada lo ponía al Vizcacha hecho seda.

A medida, pues, que la guitarra insistía en sus escarceos, el pulpero iba distinguiendo, cada vez mejor, apariciones dulces y de las cargadas de melodiosas reminiscencias que ninguna relación tuvieron jamás con aquellas que en desparramo se le desaparecieron más allá del horizonte de su conciencia. A la candidez de una media luz de aurora o, más bien, de atardecer, surgíanle muy gratos panoramas llegados bien de arriba, tal cual si, hasta entonces, por tanto, por tanto tiempo hubieran estado tímidamente guarecidos adentro de nubes o, mucho más alto, aún, atrás, atrás de ellas, en el cielo puro, mismo, a espera de alguna hora mansa para descender hasta nosotros sin riesgo de nosotros; sin temor, pues, a una mancha, sin inquietud por un desgarrón, sin temor a una herida.

Casi con la levedad del peine cuando se rascaba la cabeza; pasivo adentro y dispuesto, fuera lo que fuera, a dejarse hacer, el Vizcacha pulpero no sacaba los ojos de quien, en el taburete, de pierna cruzada, retirada

ahora las espaldas de su apoyo en los bocoyés, con la diestra remolineaba acordes justo en la boca del instrumento mientras su izquierda resbalaba por el mástil para temblar hecha alita al detenerse, igual que, cuando se hinca en lo firme, desvanece su fuerza la flecha.

Tal como en el húmedo calor del hormiguero brotan las ninfas y, tímidamente, ponen su rutilación de alas recientes junto al negro orificio del conducto, sin resolverse a volver adentro y sin tenderse tampoco hacia el claro acogimiento del aire de la mañana, así, de esta manera, sin saber qué rumbo tomar, rumoreaban, rumoreaban aquellos apagados sonos estriados por las lascas metálicas que la prima semejaba producir. Y cuando ya parecía que entreabriendo la urdimbre confusa iba a aparecer un estilo ensimismado, un federal ceremonioso o la desaprensiva arrogancia de una milonga, el trovero interrumpía, ponía más tensa, entonces, una cuerda o, si no, con levísimo giro, a una clavija bajaba de tono, mientras como pensativo llevaba de un lado a otro la mirada. Pero no era, por cierto, vaguedad de la atención lo del Venado. ¡Al contrario! Él quería lanzar su canto cuando aquella abigarrada concurrencia quedara hecha un solo, obscuro corazón. Así, como haciéndose rogar, sus ojos recorrían en apreciación bien ostensible la pulpería entera: sus piezas de tela, sus cajones de mercaderías, aquel desfile de gauchos mirados abajo de las botas pendientes del cordel, para hacerse más minucioso —porque allí sí, se distrajo un poco; ¡claro!— sobre el colgar de frenos, pretales, fiadores, cinchas, rebenques y, aún, sobre aquellos dos recados de cabezada de plata y oro que, recuerden los lectores, eran un sueño. Esto no significaba, de ninguna manera, repito, dispersión, inconducente devaneo en el desconocido. Quien allí estaba era un payador muy dueño de su oficio, alguien sabedor de que, no se disipa de golpe el mundo que puebla la mente del auditorio si se pretende con eficiencia poner otro en su lugar. Hay que ir entrando sin apuro, como quien no quiere la cosa, en el ánimo del que pretendemos que se nos entregue. Del mundo a que se intenta sustraerlo, siempre, hasta en el mejor de los casos, quedan cosas rezagadas, sobre todo aquellas que, por su peso precisamente, son lerdas, tardas en incorporarse a sus compañeras ya en salida, las cua-

les, a lo peor, se arremolinean a su vez, vuelven atrás, esperándolas, si es su destino estar todas juntas. En ocasiones, debe aguardarse a que se arranquen estacas muy enterradas en la mente, o a que a las tales insistencias se les revienten como cabrestos. (1) Así que es una necesidad dar tiempo al tiempo. Se rasgnea, pues, se interrumpe uno como para esto o para lo otro...

Cuando otra mirada por el recinto permitió al cantor advertir que ya tenía a todo el público a su merced, se acomodó con parsimonia en el asiento, se compuso el pecho... y su cabeza casi posó sobre la guitarra.

Acordes insinuantes brotaron en sucesión. Aparecía una melodía y, antes de tomar cuerpo, ya llegaba otra muy diferente y le hacía pantalla. Y a su vez ésta ya se iba a cortar sola cuando tenía que pagar caro las que recién hizo, pues era tapada por rasgueos arrolladores...

Y ahora sí se inició desahogadamente un estilo. Y llegado el momento de aparecerle la voz, el payador tuvo la sensación de que algo acababa de ocurrir.

Como los demás, miró también hacia la puerta, el argentino.

—¡Buen día para todo el mundo!

Muy a la nuca el sombrero, alguien transponía con lenta arrogancia el umbral. Detrás, apareció otro. Era más bajo, llevaba el viejo chambergo a los ojos y su paso, a la primera mirada, apareció inseguro.

Tal como cuando el sol empieza a calentar se ponen a la vez todos los girasoles a mirar hacia abajo y al este, y, luego, van tornando desde sus tallos, e irguiéndolos, para no perderse nada de la gran rutilación, así las caras de los concurrentes se habían dirigido hacia la puerta, y, ahora, iniciaban el movimiento contrario, a medida que los recién llegados se internaban en el establecimiento.

—¡Don Juan! —exclamó el patrón cual si de súbito lo estuviesen alzando del techo.

En todos los rostros, inestable por la gama de sus matices, flameaba una expresión de asombro.

Por las imaginaciones, dominadoramente, el Peludo de "La Blanqueada" volvió a irrumpir y a cruzar a gritos de susto, en vano queriéndosele sentar al potro,

(1) En el Río de la Plata, por lo menos, nadie dice *Cabestro*.

a su vez aterrorizado, que lo arrastraba del lazo. Y en todas las mentes se agolpó un chasquear de machetes contra facones, un volar de quepis bajo encogedores ponchazos, el salpicar de cuajarones de sangre sobre la resignada quietud del pasto.

Seguido siempre por el Zorrino, Don Juan se aproximó al mostrador, apoyó el codo con deliberada indolencia aunque atento el oído al más leve rumor, pidió dos cañas al patrón todavía como agarrotado, y se situó de espaldas y tendió con firmeza la mirada por la concurrencia, al tiempo que el Zorrino, vaciando su copa de un trago, se dirigió al encuentro de su aparcerero Carancho. Al enfrentarse, alzaron los ponchos para darse la mano muy serios y, sin haberse dicho palabra, ya salieron con trabajosa lentitud, como la de carretas cargadas hasta el techo, adonde estaba esperándolos otro gran camarada, don Chimango.

Pareció que dos de los viejos agarraban a los besos al recién llegado. Era que, cada cual en un oído, les empezaron a cuchichear. El Zorrino estaba bastante entranca; pero, aunque hubiese llegado a la pulpería hecho un rocío, tampoco habría atado cabos por más buena cabeza que tuviera.

Así que retrocedió un paso y dijo:

—¡Parensén, señores; que cuando una cosa entra por un oído va a dar justito al mismo punto que la que llega por el otro... ¡y se estorban! Empiece primero uno.

Y el uno fue su compadre Chimango. Embarullándose reveló que a "La Flor del Día" llegó con una partida el Sargento Segundo Cuervo; que supo decir que al Peludo de "La Blanqueada" lo habían dejado en las últimas; que la Autoridad estaba segura de que el causante era Don Juan; y que para éste escaparse iba a tener que ser brujo; y que otros destacamentos se empeñaban en refistolear todo el pago.

—Comuniquéselo a Don Juan —terminó—, y dígalé que tanto yo como mi compadre Carancho y como mi compadre Lechuzón, al que no hemos consultado pero que no precisa consultas de éstas, estamos a las órdenes.

—¿Y qué es de la vida de ese aparcerero?

—Allá, arriba de los tercios de yerba, está el amigo Lechuzón. Descansa un rato.

—Sí, él estaba con nosotros, y dijo: Voy a descansar un rato.

Presa de muy grande intriga, el payador se mantenía inclinado sobre la guitarra. Así, le fue dado apreciar que al mostrador parecía que le habían colocado un poste atrás, como arbotante, tal la rigidez del pulpero. Vio a algunos parroquianos acercarse con afectada gravedad al recién llegado; vio que eran recibidos con gentileza pero sin dar lugar a otra cosa, aunque una vez sonrió; vio que al retirarse cada cual mantenía —y más acentuado— el aire que había traído. Y al cabo de un momento, el cantor vio también que las miradas del conjunto, tan orientadas hacia aquel que estaba ordenando le llenaran otra vez el vaso, ahora volvían de a una a posarse sobre él y su instrumento. Entonces, con un dejo de fastidio, no contra alguien en particular, hay que decirlo, sino fastidio, no más, se compuso el pecho, y ladeó la cara a fin, sin embargo, de proyectar el resplandor de una sonrisa sobre el joven Aperiá, quien retiró sobresaltado la mano del nudo de su negra golilla y le sonrió, a su vez, conmovido por aquel inesperado testimonio de aprecio. Luego, el trovero empezó con resolución. La metálica vocecilla de la prima estriaba en plateado vivo el fondo como de color gris pizarra que tendían los bordoneos... Y entraron a tallar la segunda y la tercera; éstas, sí, como nervio que cantaran... cuando un grave acorde les pasó por encima y les impuso silencio. Y se cortó la voz del payador, sola, igualita a esa forma ajustada y ciega para todo lo que se ve, y riesgosa y siempre anhelada, que sobre el alambre cruza el aire del circo, entre la tierra y el cielo.

Ya ven que soy forastero;
sé que entre extraños estoy;
y lo más triste es que soy
hasta en mi tierra extranjero.

Pero hoy de esta "Flor" quiero...

—¡Soberbio! —estalló la exclamación del dueño de la aludida "La Flor del Día", bruscamente reanimado.

... Pero hoy de esta "Flor" quiero
los perfumes soberanos;
y por eso, parroquianos,

siendo de firme y de fuerte
el amor como la muerte,
vamos a estar como hermanos.

Todo oídos Don Juan, se impacientó al ver acercarse al Zorrino entre el ruido de sus espuelas. Traía el aspecto muy grave.

—Juan, me acaban de noticiar mis compadres que la partida del Sargento Cuervo...

Cual a una mosca que se espanta con la mano, así lo interrumpieron un gesto de Don Juan y la voz del payador. La guitarra ya estaba cumpliendo con la imposición de llenar ella sola la pausa entre décima y décima. Después, siguió en pianísimo para no turbar ni el menor matiz expresivo de las palabras que descendían a posarse sobre sus sonos.

No importa que sea un momento,
y, después, nos separemos,
ustedes, entre serenos
goces, yo con mi tormento.
Alumbra en el firmamento
sólo un instante la estrella,
y aunque se apague, ya ella
nos ha denunciado el rumbo,
y la oscuridá del mundo
no puede borrar la huella.

Volvió la guitarra a asumir la responsabilidad de mantener suspensa la atención del público mientras el payador organizaba su pensamiento para labrar los diez versos de la estrofa siguiente:

—¡Gran verdá! —se dijo el más flaco de los Charabones dependientes de la casa quien, a medio camino del mostrador, en alto su bandeja vacía, tornada la cabeza, se había detenido y escuchaba con la tranquilidad de un cliente—: Se ve que él ha sufrido mucho...

Al lado suyo, una voz aguardentosa y, al parecer, con muchos años de uso se le dirigió aunque como hablando consigo mismo:

—¿Te das cuenta que éste nos está diciendo todito lo que no nos dábamos cuenta? ¿Te estás dando cuenta de que nosotros no nos damos cuenta de nada y de que, en un red repente, oímos un canto que parece que no tiene nada que ver con nada de nosotros y resulta que es la explicación justita de la nada de nosotros todos?

—¡Pare, don! ¡Y repita, que me lo perdí! Uste dice que...

—¡Callate, caray! ¡Escuchá! ¿O te crés que estoy de maistro tuyo?

El Zorrino, por su parte, insistía:

—Mirá, Juan, que la cosa se va a poner que arde...

—¡Escuche, amigo! —cortó enérgico Don Juan.

Es que el Venado retonaba el canto. Narró sus desgracias: la muerte que hizo en buena ley, en unas carreteras, para castigar al gracioso que adrede derramó la canasta de pasteles de una pobre vieja que con ellos se estaba rebuscando un poco; la persecución de la policía, su matrereada, su encuentro con una partida —y otra muerte más, un Cabo; y un milico mal herido—, defendiendo su libertad...

Era tan sincero el acento, tan semejante resultaba el motivo del “compuesto” con lo que Don Juan sabía ya escrito para él, que éste se sintió como replegándose en su corazón presa de un ansioso, diríase asimismo altanero impulso de abrazar al desconocido y, estrechamente juntos, mirar con desdén al mundo de los mezquinos y los débiles, en el orgullo de comprenderse diferentes.

La clientela, el patrón, su personal escuchaban recogidamente. Con ese estirarse de los pastos cuando, después de días y días, vuelve otra vez el sol, ciertas sonrisas a ojos emparejados empezaron a dilatarse en la pulpería; pero esto no rezaba por cierto para don Chimango, muy inquieto con la creciente iracundia contra el mundo que la emoción del canto ya estaba provocando en don Carancho. En cuanto al Zorrino, éste había obedecido a Don Juan y atendía y no entendía nada, porque a cada estrofa intentaba infructuosamente hallarle un sentido aclaratorio ya que no se explicaba cómo, por el goce de escuchar aquel canto, su primo iba a despremiar la revelación de que en su búsqueda acababa de abandonar el establecimiento la “partida” del Sargento Segundo Cuervo.

El payador había advertido el efecto que estaba produciendo en el parroquiano atrayente. Intrigado, ahora lo observaba con disimulo y franca satisfacción al pasar los ojos del techo al encordado.

Entre los murmullos admirativos, rebotó un:

—¡Barbaridá!—

salido de donde estaba acantonado el Carancho con sus aparceros. Era que el Zorrino había al fin conseguido decidirse y, dejándose de músicas, tornó para anunciar el desairado fracaso de su misión.

El viejo Lechuzón no se conmovió. Hacía ratos permanecía ajeno a todo. Como si él no fuera ya sino algo con dos vidrios redondos y medio doraditos por ojos y, más abajo, nada más que un poncho de botas. Pero el Chimango y el Carancho mantuvieron unos gestos con el Zorrino. Y todos quedaron graves, mudos, tal como si en un obscurecer, de sopetón, cuatro iglesias se sintieran enfrentadas.

Un entrevero al cruzar cierto paso, narraba el cantor... Fogonazos en la noche... Y otra vez el errante buscando los pajonales para echarse a dormir con la cabeza para el lado de la entrada del sol y el cabresto del caballo anudado a una masiega... Y los montes, al fin, inmensos del Río Negro... Y el descenso hacia el sur, siempre alerta, a los meses, para seguir su destino de cantar, de cantar hasta la muerte...

—¿Quién será? —se preguntaba el trovero, mientras tanto. ¿Quién será?

Por eso, con los ojos fijos en Don Juan, casi recitando, terminó:

Agradezco la atención
que todos me han dispensado.
Y quedo reconfortado,
si no hay... equivocación;
porque al oír mi canción—
por ella oyéndose hablar—,
un corazón singular
se aproxima, me parece...
y para siempre me ofrece
confiado su palpitar!

Siguió un acorde enérgico. Y como quien, con palabra decisiva apacigua un corazón a rebato, así se apoyó en el encordado la palma bien abierta del payador, quien debió abandonar la guitarra y ponerse de pie, ceremonioso, porque Don Juan acudía hacia él de brazos abiertos.

—¡Mucho gusto, caballero!

—¡Mucho gusto, caballero!

Un momento estuvieron bien estrechados aquellos gauchos lanceados por la adversidad. Los parroquianos, que habían estado atendiendo de párpados entornados, ahora quedaron todo ojos. Pero pronto una de aquellas miradas se fue separando del punto de general confluencia como si se hubiera sentido intrusa y no quisiera que las otras miradas la estuvieran viendo: la del pulpero don Vizcacha, quien se decía con amargura al retirar su llave del cajón de la plata y metérsela en el bolsillo, resuelto a abandonar el despacho:

—¡Esto va a ser un desbarajuste! Pero, ¿y qué otro remedio tengo yo, sabiendo que me encajan una estaquada, si no, o capaz que les da por afusilarme, derecho?... ¡Pucha, yo me conformo!... ¡Qué música, amigo, y qué canto! Y nombrando a "La Flor del Día" y todo, parece mentira!

Delante hacía ratos que tenía servida una gran copa de caña para llevarla al Recluta conjuntamente con la noticia de que debía marchar a dar parte a sus superiores de la presencia de Don-Juan. En la inclusión de la copa él no advirtió que, sin duda, obró el deseo de retrasar un poco su propia salida del recinto prestigiado; porque esto de que un pulpero sirva sin que se le pida —y hasta derramar, y gratis— no se ha visto. Y tuvo la satisfacción de demorar otro poco, no más, aún, porque el Avestruz recién aparecido le golpeó en el mostrador con una moneda de plata. Y allí no había más que él para atender, pues los dos Charabones dependientes se habían quedado junto a la guitarra como si fueran otros tantos privilegiados: otros clientes. Era tuerto de un tajo que se perdía bajo la gorra de vasco, el llegado. Venía de rebenque a la muñeca, chiripá y poncho color canela.

Lo que nunca, el pulpero esta vez sonrió al tuerto mientras cumplía la retrasante maniobra de frotar el vaso con el repasador antes de ponérselo delante y junto a la botella de medio litro de vino seco. Y luego de abrir el cajón, hacer el cambio, volver a cerrar y a quitar y guardarse la llave, nuestro abrumado don Vizcacha asomó la mirada para apreciar si alguien no estaría también por pedir algo. Pero lo único que vio fue brillar los ojos del Hurón y del Biguá y del Gavilán,

las miradas hechas tensas líneas de anzuelo en el del vino.

En el rincón de la guitarra recién aflojaban los brazos Don Juan y el Venado, palmeándose las espaldas. El Aperiacito, la mano sin advertirlo en el nudo de la negra golillita, por educación había retrocedido dos pasos.

El Venado se sacó el sombrero. Y manteniéndolo a la altura del hombro, se encaró con la concurrencia.

—Con el permiso de ustedes, caballeros, voy a atender un momento a este amigo. Y después, si tienen gusto, les voy a hacer lo que puedo. O un compañero mejor que yo, y que está afuera, les hará escuchar lo suyo.

En su embeleso, el Loro Barranquero se pasó con premura a la diestra su billete de un peso, y él también se quitó la descolorida gorra y la puso en alto. Los asistentes cabecearon aprobatorios. Nadie se sentía con palabras para terciar en la ocasión. Y si alguno las tuviese, ¿quién sería capaz de acordarlas con fundamento bajo aquel turbión en que llegaban del fondo del ser, como tropillas de un regreso lejano, recuerdos ya casi perdidos, vagos clamores trayentes de la cincha imágenes de quién sabe qué dulzuras tristes, al tiempo mismo que el Biguá, el Gavilán y el Hurón aprovechaban las circunstancias para irse acercando como distraídos al tuerto Avestruz recién llegado?

—Bueno, vamos a tomar asiento —invitaba Don Juan.

—Si me permite, antes voy a darle a conocer al que viene conmigo.

—¿...?

—Con permiso... Con permiso, caballeros...

Salió el Venado hasta la puerta y desde allí hizo una seña hacia afuera. En cuando se dio vuelta y volvió a Don Juan, ya era seguido por un Gato Montés de chaquetilla amarilla a manchas negras, chiripá y botas claras, daga a la cintura y dos pistolas atravesadas adelante. Su aire de pocos amigos, su andar resuelto le abrieron paso con facilidad a través del público.

—Le presento a este compañero —dijo el Venado a Don Juan. Y luego—: Y usted, Montés, aquí tiene un amigo nuevo que es ya muy mucho para mí.

—¡Caramba! ¡Tanto gusto en conocerlo! —dijo Don Juan.

—Para lo que guste mandar .Y con su permiso, señor, me retiro a la enramada.

Sin esperar el “¡Es suyo!”, el Montés ya salió entre el ruido de sus nazarenas para ganar, callado, la puerta. Su larga mirada iba inquiriendo adelante y a su diestra, y a su siniestra, sin el menor disimulo.

El Venado percibió la curiosidad pintada en Don Juan y, entonces, aclaró:

—Sí, tenemos que andar siempre alerta. La policía se pasa la palabra de un pago a otro. Para el que está fuera de la ley no hay nunca descanso... Canta, también, y bonito. Cuando uno se presenta al público, el otro vigila, afuera.

Don Juan pensó en su primo. Y una por presentárselo al payador y otra por alejarlo del beberaje, diciendo:

—Con permiso, un momento —salió hacia el ángulo de los cuatro viejos. Pero antes de llegar se arrepintió. Y regresó meneando la cabeza. Había escuchado desde el grupo una voz aguardentosa y provocativa, que barbotaba:

—¡Nosotros lo antiguas como usted y usted y usted, nos hacemos respetar aquí y en cualquier terreno!

Le bastó con esto. Sin embargo, más se hubiera alarmado de haber podido oír lo que siguió:

—Está bien. A Don Juan tenemos que dejarlo tranquilo, que se distraiga; que bastantes calentaderos de cabeza tiene, el pobre. El plan corre por cuenta nuestra. Y desde ya les digo a ustedes que soy del parecer de hacer trinchera en el mostrador, en caso de ataque.

—¡Buen plan!

—Y cuando avancen a pecho descubierto...

—Y nosotros haciéndoles una descarga, que es útil para raliarlos antes del cuerpo a cuerpo...

—Y uno parapetado atrás de los bocoyes, con fuego cruzado...

El Venado estaba esperando a Don Juan, ansioso por recibir sus cuitas y, a su vez, por abrirle su propio corazón. Bien juntos los taburetes, con otro al frente en el que uno de los Charabones posó dos vasos de ginebra, tomaron asiento, se arreglaron los ponchos sobre las rodillas... Y aquellas dos vidas en infortunio se pusieron a prosear.

Nada hay que ate más que un dolor semejante. Hasta parece que, de lejos, ya aquellos corazones sometidos al mismo peso cruel se hacen señas, para los demás invisibles. Y ahí tienen ustedes cómo, en una gran reunión, en una pulpería, en un baile, en un velorio, de repente uno siente que lo están mirando... Y mira también él... y se topa con un desconocido del que descubre como atrayente misterio en la frente. Y ya miles de pensamientos brotan, se disipan... Y ya les viene a los dos ganas de hablarse... No sabe cada cual ni de dónde es nativo el otro. Y sienten ambos, sin embargo, que les está naciendo un vínculo de los que no corta sino el filo de la guadaña de la Flaca Vieja. Empieza, entonces, la voluntad de acercarse y de tomar asiento juntos, a fin de darle largo y tendido a la sin hueso. Ocasiones ha habido en que un criollo más "derecho" que hilo de plomada, sin embargo ha soltado "guayabas" como cerros, en una pulpería. Es que no hallando por dónde entrarle a un forastero dueño de ese distintivo que no se sabe en qué consiste ni en dónde lo luce, se le ha aproximado lo más caballero para decirle: "Voy a ser curioso, y disculpe: ¿Usted, por la cara, no es de los tales de tal parte?". Claro que el otro responde que no. Pero ya se ha pasado la picada, y la conversación se trenza, aparte de los demás, como cuando dos hermanos se encuentran después de años de andar en pagos diferentes: hasta en las risas un salobrecito de lágrima. Allí en aquel rincón de "La Flor del Día", Don Juan y el Venado estaban al modo de quien va sacando de un arcón cosas que, por queridas, tuviera guardadas allí mucho tiempo, y a las cuales, de repente, le ha dado por ponerse delante; y se enternece al volverlas a mirar, y viaja con ellas por la memoria... como llevándose a sí mismo a cuestras, triste; triste sí, y de él mismo, como se retira entre las balas a un compañero herido que ya ni se queja.

Un poco más lejos, de allá, de atrás del mostrador, aprovechando que el Avestruz gorra de vasco le daba la espalda, alguien, ensombrecido, se alejaba hecho carro entre piedras, de vacilante, para transponer la puerta que comunicaba al salón con el interior de la casa. La copa de caña en la mano tal cual al aire libre tenemos que llevar una vela prendida, el pulpero pasó el parral,

cruzó hecho sonámbulo por frente a la cocina, y fue a detenerse, al fin, ante la fielmente cerrada puerta de su dormitorio. Allí titubeó, todavía.

—¡Es que si no hago la denuncia me ligo una estaqueadura... que no me va a dejar un güeso en su puesto.

Ladeando cauteloso la copa y casi pegando el cuerpo, llamó. Pero con el resultado de quien, en el cementerio, se golpease las manos ante un panteón.

Con un poco más de energía, repitió.

—¡Se ha dormido de rendido, el pobre!

A la tercer tentativa, ahora violenta, el pulpero oyó el conocido crujir de su lecho.

—¡Sí, ha estado rendido!

Lo que nunca, sentíase tierno el patrón. Porque había traído hasta la puerta como una pena por sí mismo nacida momentos antes, en el mostrador, cuando la imaginación se le iba, se le iba llevándolo por entero y lindamente hasta lejísimo en el espacio y en el tiempo, y tuvo que hacerla retroceder a su presente tan de golpe.

—Ahora se toma su cañita el pobre Recluta... y sale a cumplir con su deber.

Cuando detrás de la copa y de una sonrisa, ya iba a introducirse por la rendija que la puerta le abrió talmente como si ella, de costado, también sonriera, don Vizcacha retiró su mano a modo de quien la metió en el fuego. Lo que le había llegado no fue olor a caña, fue como si con un buche de caña le hubiesen soplado a la cara. Y ante él apareció el Recluta, "cuadrado", haciendo la venia y con cada ojo como vidrio al que le han echado el aliento.

—¡Ah, pero usté me ha andado con la damajuana!
¡Ah, pero y qué grasa es ésa y qué güevo con azúcar que tenés hasta en las niñas! ¡Ah, pero vos has andado también con los matambres y con los pasteles y con...!
¡Ah, pero yo no he visto jamás una cosa de éstas!

Ladeada la mano que portaba la copa, se había cruzado todo lo que pudo, de brazos, el pulpero. Por su parte, como escupida tenía ahora de chata su vista en el piso, el Carpincho. Ante el estupor furibundo presentado delante, de golpe comprendió que aquello de la autorización para servirse de lo que gustase había sido una errada tamaña. Y su mente trepidaba. Para peor, encontrábase atendiendo en su interior a algo así como si

las gruesas rodajas de matambre, como si el meloso relleno de los pasteles le retrocedieran a la garganta y, de allí, luego de permanecer un momento bullendo, juntos se dejaran caer a plomo otra vez al fondo del estómago. De tanta, la saliva se le estaba esponjando en espuma fría.

El pulpero se le empinó como para hundírsele adentro de cabeza. Pero la brusca aparición en su mente, primero, de cuatro buenas estacas, y, al punto, de tamaño cepo situado en el patio de la Comisaría y, todavía, de unos machetes que se le venían de plancha buscándole el lomo, le hizo decir, a la fuerza:

—¡Bueno, montá a caballo y marchá a decir a tu jefe que ya está la novedá! Y, oíme bien... ¡ni "de servicio" te me aparezcas más por aquí! ¡Y ya mismo me voy, por no verte más! —luego de lo cual, en un chicotazo del cuerpo y pensando si podría ser justo que el destino, así, sin darle alce, le estuviera encajando con tanta cosa a la vez, se dio vuelta. Y se encaminó al salón de despacho.

Así como uno no se explica esa marcha del sonámbulo, que va de ojos cerrados y con nada tropieza, así, tan asombrado hubiera quedado el Vizcacha al llegar a la puerta interior de su pulpería, de haberse dado cuenta que en el sinuoso trayecto no vio la porterita del guardapatio, no vio el naranjo, no vio la batea de lavar, no vio el charco, no vio el parral ni la puerta de la cocina; nada vio.

—¡Qué cosa! ¡Esto es demás!

Y abrió, y entró, y cerró de un portazo.

Una vez que retiró de la silla el sable, y que se lo colgó, el Recluta tomó asiento al borde de la cama. Cual la cabeza de quien se pone a pensar en cómo fue que empezó el mundo, así estaba la suya de hecha un barullo al colocarse las espuelas.

—¿Pero qué me quiso decir él cuando me hizo las tan patentes señas para el otro cuarto? ¿Pero y él no me aprobó que le hiciera un dentre a la damajuana? Y cuando... acostó... la mano... en la cara...

Se enderezó con alarma. Y atendió a que volviera a caer al estómago lo que de nuevo quería ventanear por el gañote. Con la boca como con llave abandonó el

cuarto haciendo esos, sin cuidarse ya más del ruido del sable y de las espuelas.

En la enramada, la vista dominando los cuatro puntos cardinales, el Gato Montés quedó de pronto con el yesquero en la mano y sin chocar la piedra, todo oídos, al escuchar una sonoridad marcial que llegaba como por detrás de la pulpería. En seguida, manteniendo sin encender el cigarro en la boca, llevó la mano a una de sus pistolas, la alzó delante de él, y salió al encuentro del rechoncho Recluta, quien aparecía por el fondo de la edificación dándole a la gruesa pared de piedra unas pechadas que sonaban. Como traía tan gacha la floja cabeza, recién se detuvo el miliciano cuando, ya a unas varas, el matrero, en voz más que baja, pero terminante, le dio el ¡Alto!

A modo de quien con delicadeza va soplando, soplando en la punta de dos pajitas sendas pompas de jabón, así se le fueron poniendo los ojos al Recluta... hasta que, de golpe, se le bajaron los párpados e hipó duramente. Entonces el Gato Montés, que lo observaba impasible, enfundó presuroso su pistola y, retirándole, por las dudas, el cuerpo al accidentado, con diligencia se dispuso a atenderlo, empezando por sostenerle la frente.

—¡Pero usted ha comido y ha chupao, que tiene una fonda adentro!

—Es que... facilité mucho la cosa... ¡y apuré!

El Carpincho no atendía más que a desagotarse. Pero el Montés vigilaba el efecto de los espasmos. De manera que, cuando lo consideró oportuno, soltó la helada frente del Recluta, retrocedió un paso, hizo chispear su yesquero, encendió el cigarro y, al guardar rollo y pederal, otra vez le volvió a aparecer en la mano la pistola para, otra vez, abocársela al Recluta.

—Bueno, amigo —le dijo como si hablase el mismo hielo—, ahora ya usted está que es otro, y me va a explicar el motivo de su presencia y qué órdenes son las que tiene.

En el fondo, debemos decirlo, el Carpincho no era de arrear con el poncho. Mas, en el fondo, también, había quedado del estómago que ya no se le importaba ni del propio Coronel Jefe Político. Asimismo, para acentuar el extravío, se sentía agradecido a la eficiente solicitud

del que empuñaba la pistola. Así que, entre escupidas, en cada vez más familiar tono de confianza, le contó todo con pelos y señales. Cuando terminó:

—Está bien, amigo —dijo el matrero—. Entreguemé sus armas y desemé por prisionero.

Aquí sí que se pasmó el Recluta. Ahora, por fin, se estaba haciendo cargo de su situación. Y advirtió en la dura mirada del Montés, y en los ojos fijos de los caños de la pistola, que no podía hacer otra cosa que obedecer a lo ciego.

Se quitó el correaje con el sable y la vacía canana, se quitó la daga...

—¡Pucha! —exclamaba meneando la cabezota hasta la mitad tapada por su quepis—, ¡esto que me pasa a mí es una vergüenza!

—¡No, compañero! —respondió como hincado por una espina el matrero mientras, sin dejar de apuntarle, retrocedía un paso para, agachándose y alzándose con rapidez, dejar en el suelo las enemigas armas—. No, señor, esto hoy le toca a usted, y mañana es a mí al que le toca. Pero, creameló, aquí el que va ganando holgao es usted. De su vida, yo respondo; y por la mía... nadie será capaz porque estoy fuera de la ley.

—¿Cómo? ¿No me diga?

—¿Y usted cree por un casual que voy a andar haciendo por gusto cosas como las que hago con usted?

Al mismo tiempo que se cercioraba si el prisionero ocultaría armas debajo de la ropa, su destelleante mirada registraba el horizonte. Y, a un tiempo mismo, dudaba entre atar allí no más al Recluta o, previamente, acercarlo a la enramada. El ojo del lado del cigarro estaba cerrado, tanto por el humo como por el esfuerzo de su pensar.

Mientras, una nueva preocupación había asaltado al prisionero.

—Bueno, mire, le voy a ser franco —se resolvió a decir—; por mí, ya lo está usted viendo, no va a llegar nadie de la Comisaría. Pero ahí anda, con su partida como maleta de loco, el Sargento Cimarrón. Y capaz que cae aquí a hacer mediodía, porque es muy comodón; y no es lo mismo que a uno lo conviden a comer en un rancho que en una pulpería como ésta, que es un lujo.

—Se agradece la prevención. Sí, aquí no nos vamos a poder sostener mucho rato, le calculo. Marche adelante, hasta su caballo. ¡No tropiece!... ¡Guarda la bosta! ¡Haga alto...! ¡Pero mire qué casualidad! ¡Habían estado juntitos mi gateo y su malacara! Porque en ese malacara lo filié a usted cuando llegaron, ¿no?

Aunque el prisionero no miraba al suelo, había ido avanzando con la cabeza cada vez más abatida. Al detenerse en el cobertizo, y mientras el Montés, siempre apuntando a su presa, con el brazo libre hacía retirar un poco los caballos para no quedarles peligrosamente entre las patas, el Recluta, sin ver a su custodia porque se hallaba a su retaguardia, reconfió animando la vista y como hablándole al campo, pues era lo único que tenía enfrente.

—Mire, don, le voy a ser franco, ¿sabe lo que estoy pensando?

—Si no lo dice, difícil —le resonó a las espaldas.

El Gato Montés había enfundado su pistola y, por detrás del Recluta, ya estaba ligándole los brazos con un sobeo.

—Mire, usted quién sabe lo que se va a pensar... pero ¿quiere creer que estoy con ganitas de decirle si no me lleva?

—¿Pa dónde?

—Con usted y los de su pandilla.

Como mordido se estremeció de enojo el Montés al oír el calificativo.

—¡Usted confunde, caray! ¡Yo no soy de andar en pandilla! Yo me he juntao con un buen amigo que se ha desgraciao como yo y como tantos, y que es una seda de persona. ¿Muy fuerte está la ligadura?

—¡No, señor, valiente!... Y entonces es una lástima. Porque, le voy a ser franco... estar de milico ¡es lo último!

—Eso lo sabrá usted... ¡Mire! ¡Mire! ¿Y qué es esa polvadera?

Miró el Recluta para donde el otro le señalaba. Y de los pies le brotó un trinar estrepitoso porque empezó a patear el suelo con peligro de despuntar las nazarenas.

—¡La partida, en fija! ¿No se lo dije? ¡Metalé, don! ¡Aviselé a su compañero... y a Don Juan... y a todo

el mundo, si quiere! Y, antes, maneemé, no más, señor, para que esté tranquilo de que no juya!

—¡Me basta su palabra!

Entre el chasquido de sus espuelas, el Gato Montés corrió hacia la pulpería, la cabeza ladeada por no sacar los penetrantes ojos de la nubecilla ya en descenso por una apacible loma, y dentro de la cual tres jinetes se hacían cada vez más ostensibles. Sostenía el matrero la pistola en una mano; pero en la otra, que con premura había metido el ya casi pucho en la boca, alargaba ahora tamaño facón de S en el gabilán.

Cuando iba a llegar al portal, el Montés se paró en seco, permaneció un instante indeciso, envainó, volvió la pistola a la canana... y regresó a toda prisa a donde estaba su prisionero, que se había escondido atrás de los caballos como si también él se hallase con delito y peligrara. Y el matrero quedó con la mirada hecha lezna sobre los que se aproximaban.

—¿Reparó? —musitó al guarecerse a su vez junto a una sudada anca que, por el decaído aspecto de la cabalgadura, no le iba a andar con quisquillas. No es con nosotros la cosa. Son dos milicos con un preso, no más. Los milicos traen los caballos aplastados. ¿No ve cómo talonean para mantenerles el trote? Y el particular que va como de jefe, adelante, no es jefe, es el preso. ¿No ve que los estribos le van sueltos? ¿No ve que no le aparecen los pies? Es que tiene las piernas atadas por la barriga del caballo. Se las han sujetado como para toda la vida. ¿No ve que las lleva hechas arco?

—¡Ahá, viene preso!... Y están bajando la cuchilla para bien de agarrar el camino de la Comisaría, ¡claro!

—Se distingue que es algún ricacho, ¿no?

—¡Dese cuenta! ¡Mire usted cómo relumbra ese pretal! ¡Y hasta fiador tiene ese tordillo media sangre! ¿Y vio qué poncho más soberbio? ¡Parece que se ha tapado con una bandera! ¡Mire! ¡Mire!... ¿Y no se le hace a usted que viene herido en la cara?

—¡Y también en el brazo! ¿No ve que lo trae paráltico? ¿No ve que es con la misma mano de las riendas que en el restañó él se pasa el pañuelo?... Bueno, don, venga. Vamos a acogernos atrás de esos envases. Y si usted saca la cabeza para que lo vean sus compinches,

y perdone, tenga la seguridad de que se la parto de un balazo.

—¡Esté tranquilo, señor! ¡Le soy franco, usted ni se imagina las cosas que están pasando abajo de esta frente!

Arrojó el apagado resto del pucho el Montés, recogió del suelo el sable y la daga del Recluta y, ocultado por los caballos, marchó tras su prisionero.

Igual a dueño de casa que, por el patio o la puerta anda refistoleando en lo suyo, así el Carpincho tuvo que salir de la enramada: las manos a la espalda, muy inclinado hacia adelante.

Haciendo ambos trinchera en los cajones vacíos, se arrodillaron. Las imágenes de los caballeros evidenciaban ya hasta la broncínea botonadura.

—Sí, don, el de la izquierda es el soldado Yacú, y el otro, el Distinguido Carao. Mire, le soy franco, a esos los hace apretar el gorro una brisa.

—¿Y el preso?

—Es el dueño de una quesería que se cerró la vez pasada. Dicen que anda ido de la cabeza... ¡Pero fijesé; no es que lo traigan herido; es que viene secándose y sonándose, a los llantos!

—¡Loco de atar! ¿Es por eso que en vez de tener el pañuelo con la mano libre lo lleva empuñado con las riendas?

En efecto, trotando delante de su impasible cortejo, muy abatido de cabeza, el ex-quesero, en la forma que acaba de revelarnos el Montés, no se sacaba el pañuelo de los ojos y de las narices, llorando a mares.

—¡Juí! ¡Juijuí! ¡J...!

Hacía ratos que lo llevaban así, era evidente, porque ya venía muy ronco. Y su tordillo, aunque vivaz todavía, denunciaba por el brillo que estaba tapado en sudor.

—¡Juí! ¡Juí! ¡Jujujú! —volvió a llegarles ya debilitado por la ronquera y el cansancio.

Desde su escondite, oyéndose recíprocamente la respiración, el matrero y su reciente aliado observaban. No los inquietó, por lo habitual, la paradita de orejas de las cabalgaduras cuando el grupo cruzó frente a la tan poblada enramada, desde donde también atiesó toditas las suyas la caballada civil. Menos los alarmó el que hacia ellos se desviarán las miradas de los dos enhiestos patibularios, pues pasaban indiferentes por encima de los

cajones del refugio para dar en el ancho portal de la entrada, sobre cuyo dintel no era un misterio que enérgicas letras de imprenta decían: La Flor del Día; y que, más abajo, otras letras, más chicas, seguían con: Almacén de ramos generales. Fonda.

—¡Jui! ¡Jujuy!

Y pudo apreciarse cómo, vencido aquel momento de melancólico desfallecimiento, volvieron las miradas marciales a recobrar su impassibilidad y a fijarse otra vez en el horizonte, el cual retrocedía a cada avanzante brazada de los equinos, y así iba cediendo a la visual una población, nuevos ombúes, una manguera de piedra, otros montecitos...

—¡Flor de poncho!

—¡Sí, señor! Usted se lo saca al preso, lo pone en un asta... y queda usted de abanderao.

—Y el pobre les ha juido por entre algún talar...

—Sí, se lo ha hecho tiras que es un crimen.

—¡Y vea al tordillo; vea esas peladuras en los garrones! A ese infeliz no son ellos, no, los que lo agarran, de no estar de la mente como usted dijo. ¡Caballo, le sobraba!

Meneó tristemente la cabeza el Recluta. Y los ojos fijos, no en el preso sino en el Soldado y el Distinguido—que ahora y ya borradas por la distancia las carabinas, parecían trotar en el cortejo de un entierro—, musitó:

—¡Pero no le digo que ser soldao es lo último!

—¡Sí, comprendo! ¡Sí, comprendo! Desemé vuelta, que le voy a desatar los brazos. ¡Sí, usted tiene más que razón!

—¿No le decía yo a usted... no se lo decía?

—Bueno, ahora desentumezcase y vamos a seguir juntos la guardia.

Un rumor distrajo la atención ya dispuesta, tal vez, a gratas expansiones. Y al mirar, como mordido, hacia atrás, el Montés se echó al suelo y ordenó simultáneamente:

—¡A tierra, compañero! ¡La partida se nos viene! ¡Nos ha ganao la retaguardial

—¡Pah! —exclamó para sí, aunque fue oído, el ya ex-Recluta.

—¡Y con ese Comisario Tigre al frente!... Ni la mismísima casualidad me salva de ésta! ¡Y, bueno! ¡Ahora hay que meter para adelante!

Hecho saguaypé contra el suelo, el Montés se hacía cargo de la situación; pero con una calentura negra.

—Agarre sus armas, don. Arrastresé y gáneles de atrás a los envases. Ahora justito al revés hay que esconderse... ¡Es cosa grande, gran siete! ¡Ahora, es al revés!

Todas las orejitas de la enramada se habían orientado hacia el metálico chapotear de tanto sable. Delante del marcial grupo, que no llegaba por el camino sino a campo traviesa, el Comisario Tigre, de tan inclinado, venía a medias oculto por el pescuezo de su estrellero lobuno. Era ésa su manera habitual de sentarse en el recado. Pero aun para el conocedor de la costumbre, verlo a caballo, y sobre todo de repente, daba impresión.

Ya hemos dicho que mientras no fuera al pueblo a tomarse la medida para un nuevo uniforme de servicio, tenía que andar siempre de gala. Por eso, por eso a la viva luz de aquel sol parecía que al lobuno se le había enhorquetado una llamarada. En pos, las carabinas en bandolera, llegaban el Cabo Pato, airoso en un overo rosado y, como palos de indiferentes, los Soldados Comadreja, en un gateado, Gato Pajero, en un picazo, Flamenco, en un tordillo, Águila, en un rosillo y el otro Cabo, el Cuzco Overo, en su rabicanito.

Igual que si una idea sobrevenida le hubiese hecho percusión y sacado chispas, la mirada del Montés brilló de pronto entre los párpados encapotados.

—Vamos a dejarlos hacer. Y usted verá que se van a ensartar solitos. Dejelós que maneen y que entren, no más. ¿Y cómo se halla ese ánimo?

Pareció que era la voz de la tierra misma la que respondió, porque el ex-Recluta no levantó la cabeza:

—Como para que usted lo aprecie, don, y, después, diga.

—Amigo Carpincho, a hombres como usted no se le ponen dudas.

Y sin mirar a fin de no despegar la cara del suelo, la diestra del matrero, entreabriendo la gramilla al adelantarse, fue a estrechar la del nuevo fuera de la ley.

La intensidad de la voz del Montés se había mantenido apenas audible, como hasta ese instante; pero el

tono tuvo un leve trastorno. Aunque recobró su habitual firmeza al agregar:

—En trances peores me he visto, crealō. Y colijo que usted también.

—¡Si me habré!

Al ex-Recluta se le descolgó a la mente el recuerdo de cuando el finado su bisabuelo —él nunca pudo saber cómo, pues hacía años que estaba ciego— lo pilló al ladito de la cama de matrimonio que después de enviudar el viejo siguió usando, lo mismo, y en la que en aquella ocasión estaba durmiendo la siesta. “Yo te voy a dar revolverme en los bolsillos!” “¡Soltá esa chuspa, largá ese yesquero y ese librillo de papel, que te estoy filiendo clarito!” “¡Pero qué soba te vas a ligar! ¡Mandesé mudar ligerito p’ajuera!” “¿Trompezastes con las botas? ¡Bien hecho, caracho!” Y ya más reminiscencias escalofriantes empezábanle a tomar cuerpo al Carpincho, cuando se hicieron humo. Fue que, llegada la partida a la enramada, el Comisario Tigre ordenó:

—¡Alto! ¡Al!... Pie a tierra, ¡hop!

En cuclillas, la soldadesca empezó a manear.

—¡No, caray, Cabo Pato! ¡Nadie afloje las cinchas, por las dudas!

Y el Comisario, que había descendido el último y esperaba que algún milico le maneara el lobuno, se puso a armar un cigarro cuando agregó:

—Cabo Cuzco Overo, agenceemé una hoja de abrojo, que este tabaco es una yesca.

Refistoleando entre los yuyos el aludido se separó.

Pareció que de golpe le soplaron con un fuerte viento al Comisario. Porque se le apagaron los brillos. Fue cuando se acogió a la sombra de la enramada bajo la cual había conducido a su caballo.

—Lo que es aquí —se decía en silencio pero gravemente, observando la caballada—, Don Juan no se halla. El que está, y segurito que hecho esponja, es el primo de él. Pero hacerle un interrogatorio a ese manojito de camándulas es tiempo perdido. Será el Zorrino lo que será... ¡y más! Pero, hay que reconocerlo, usted lo...

El Comisario paró en seco al sorprenderse tratándose de mucho “usted”. Entonces, ya se manifestó en alta voz. Pero comprendiendo que de lo que se había dicho a sí

mismo no estaban enterados, sus subordinados, recapituló un poco:

—Aquí el único que está es el primo de Don Juan. Y dígase de él lo que se diga, hay que reconocer con lealtad que es inútil quererle sacar algo. Ustedes lo estaquean, miren, y no le hacen decir esta boca es mía si no es su deber. Y deberes hay muchos. De este lao de la Justicia, como estoy yo y, sepanlo, también toditos ustedes, es una cosa; y es otra cosa, al revés justito, de su otro lao, donde están los particulares. Así que uno hace una cosa bien, y está mal; y otro hace una cosa mal, y está bien. Y hay jueces que han dicho, después de quemarse las pestañas: “¡Que se vaya a la puta el Código!” Y agarran los papeles de la Sentencia y escriben: “Asuelto”. Y ponen su firma abajo... y ¡abur, Perico! Ustedes son jóvenes. ¡Hay que tener mundo! No es que uno apruebe que pueda dar en cara la milicia. Uno lo que quiere decir...

Y fijó la vista, con aire extraviado, en la pulpería. Es que, de origen desconocido, le sobrevino como un dominador optimismo que puso a su carácter en la obligación de un cambio de frente; de ejercerse, lo que nunca, dentro de los límites de una gran ternura que abarcaba a toditos sus subordinados presentes y ausentes, al colonial edificio de “La Flor del Día”, al apacible paisaje circundante... Y, lo que nunca, él mismo también se estaba agarrando cariño.

—He dispuesto, muchachos —continuó siempre con la mirada buscando mayores lejanías—, que el mediodía lo vamos a hacer aquí.

Ante lo persistente de tamaña dulzura en el tono, los milicos se iban quedando cada vez más helados. Y tal como la víbora apelando a sus ondeos va lo más campante entre los pastos y, de pronto, siente que algo le tocó la cola, así la desconfianza se enderezó inquisidora en cada magín, mientras el Tigre continuaba:

—Como mañana el pago está de carreras, hoy han de estar aprontando un servicio, claro que completamente gratis para la autoridad, que ni en la Presidencia de la República. Tanto asado y tanto puchero ya le dan a uno en cara. Este mediodía, yo... pero también toditos ustedes, entiendanmén...

Iba a decir "como siete hermanos" cuando paró, alarmado. Tiró lejos el pucho. Es que se le aparecieron en la imaginación unos lindos panoramas de nuestra frontera con el Brasil; ciertos contrabandistas y, entre ellos, él, él mismísimo cuando joven; y pulperías en donde, contento y lleno de oro, entraba bullicioso el díscolo conjunto; y también le aparecieron los jueces que había mencionado recién; y el gran volumen del Código, caído abajo de un pupitre... Y le vino tan terrible ira con sus subordinados, que lo hizo trepidar; pero que, por suerte, halló desviador cauce en seguida, para su desahogo, al advertir, precisamente, la ausencia de uno de ellos.

—¿Y dónde, caray, se ha metido el de la Comisión? ¡Ah, al fin aparecés! ¡Qué bonito!

Al "cuadrarse" y mirarlo, el Cuzco Overo disminuyó de estatura. Tomole el Comisario entre el pulgar y el índice la fresca hoja de abrojo... con los otros dedos sacó tabaco de la chuspa... luego puso adentro de ésta la hoja bien abiertita... le depositó arriba el tabaco recién retirado... y arrolló bien el todo y se lo guardó en el bolsillo.

Mientras hacía, aquella conmoción furiosa quedó en tormenta de verano.

—Yo les decía a ustedes que aquí vamos a hacer mediodía. Y les decía también, me parece, que a la mano de la cocinera de la casa hay que sacarle el sombrero...

Se llevó la diestra al firme quepis como si éste se le hubiera querido venir al suelo. Y vaciló un poco al decir:

—¡Qué humitas! ¡Qué matambres rellenos o, si no, al horno!....

Vaciló porque la toma de conciencia de estar, ¡ahora él!, de quepis, le atrajo otra vez visiones de su juventud en la frontera. Se vio junto con tres compañeros de cuadrilla, haciendo invadir, no más, el Brasil, y bien conscientes de la barbaridad en que incurrían; a lo menos siete milicos nuestros en fuga.

—¡Qué car...bonadas! —siguió, haciendo esfuerzos para recuperarse. Y después, con pleno dominio de sí, pero con persistente dejo afectuoso, lo que nunca—: ¡Y esos pasteles, esos pasteles de picadillo! —exclamó ya completamente eufórico—. De otro postre más, muchachos, duraznos en almíbar, que son un bálsamo para la

digestión. ¡Ah, les prevengo que no se me enllenen con las butifarras! Para comerlas solas, son un Perú; pero cuando hay otra cosa, ¡ojo! Porque enllenan y, después, ya hay que seguir comiendo a la fuerza...

Armó otro cigarro perdido el hilo del discurso. Su habitual rabia a los milicos tornábale otra vez, obscura pero irresistible ahora. Y se entregó a muy duro malhumor al hacer saltar chispas al yesquero.

—¡Bueno, vamos al grano! Usted Soldado Comadreja, se queda al cargo de la caballada, carabina en mano. Cualquiera cosa no le gusta y, lo primero, oigamé bien, desmanea y, en seguida, desengatilla.

Atrás de los envases de mercadería, mientras recibía los ecos de la mención de tantos manjares, al ex-Recluta Carpincho se le estremecía el estómago, y una salivita fría humedecía la gramilla que tenía pegada a la boca. Pero al enterarse de que un Soldado quedaría de guardia en la enramada,

—¡Pah! —exclamó como si no hubiera probado bocado en un mes. Y sin alzarla desplazó la cabeza hacia el oído del matrero Montés.

Al cabo de un momento, le situó su oreja para, a su vez, escuchar, completamente confortado:

—A esta contrariedad del Soldado le daremos su solución.

Retiró la oreja el Carpincho y puso la boca.

—¡No me lo diga!

Y la sacó y ya estuvo en el mismo sitio y en la misma altura otra vez su oreja.

—Cuando los otros entren a la pulpería, yo atropello, lo calzo a ése, y usted, oigamé bien, agarra el sobeo y me lo amarra. ¿Lo ve allí el sobeo?

—Lo veo, sí señor. ¡Como adrede ha quedado al lab del candidato, parece mentira!

Y el ir y venir de la oreja y de la boca fue interrumpido desde la distancia por el Comisario:

—¡Bueno! ¡Atención!... Vamos a hacer la entrada con táctica. Total, nunca está de más... ¡Caray, están en la luna! ¡Lindo sería que atrás de esos envases... es un decir...

Al ex-Recluta le vino un frío a la sangre.

—... o de la misma pulpería se les apareciera el que te dije y les meniera bala! ¡Pucha, digo! ¡Tener que estar siempre lidiando con ustedes!

Así, dejando solo al confiado Soldado Comadreja, se separaba de la enramada el grupo marcial: empuñando sus carabinas, los policianos; el Jefe, desenvainado el sable, y, por darle otra vez el sol, como si le hubieran prendido fuego. El uno como los otros, alzando y bajando con cuidado las botas para acallar a las espuelas. La actitud era más que recelosa. Pero como la idea de la inminente comilona seguía dilatando sonrisas a pesar del ostensible encono del Superior, aquello pareció la entrada a una fiesta de Carnaval.

En el otro sector, ya el Montés, siempre de bruces, empuñaba en la diestra una de sus dos pistolas. Y sus ojos, vueltos hacia el Soldado Comadreja en su guardia, fueron dos piedras de anillo al recomendar al oído de quien, a su lado, aplastaba los pastos en todo su largo.

—Pero mire, ¿eh?, que todito tiene que salir en menos de un parpadeo.

—Esté tranquilo.

—Y cuando me vea mandarme para adentro, usted apura más. Y ya monta su malacara. Que la enramada quede como plancha, de limpia.

—Esté tranquilo.

—¡Y no se me vaya a bajar del caballo! Aunque se descuelgue el cielo, usted regresa y espera firme arriba de su malacara.

—Esté tranquilo.

El ex-Recluta había levantado un poco la cabeza. Era una aguja su mirada clavada en el medio del Soldado Comadreja quien, por su parte en el mejor de los mundos, depositaba en tierra su carabina, comenzaba a liar un cigarro entre tenue tarareo, pensando que en jamás de los jamases él cambiaría una butifarra por el más hondo plato de carbonada o por una fuente entera de pastel.

El matrero no respiraba aguardando el instante preciso en que el Comisario y su destacamento desaparecieran en la pulpería.

Entre tanto:

—Cuando yo me enderece —volvía a recomendar todavía a su aliado— y me le voy arriba al milico, usted agarra el sobeo y... ¡Ya!

Y saltó el Montés de entre los cajones hacia el guardia.

Cuando éste oyó el ruido y en el aire ya quedó dado vuelta, apretó bien los párpados para no ver tamaña pistola que se le venía adelante de unos dientes descubiertos por la severidad. Entonces, sin intentar ver ya más de lo que había visto, pensó cuál sería un proceder útil, vaciló en la opción de varios... y se decidió por gimotear:

—¡No maten a un padre! —que era mentira.

Pero, de entrada, no más, ya vio que se le enchastraba el plan.

—¡Epe! ¡Epe, compañero!

Con cada ojo hecho esfera de reloj de pared, escocido de pudor, él dio vuelta la cara para averiguar las intenciones del que lo estaba toqueteando atrás. Y una instantánea tranquilidad casi le imponía ya una sonrisa, cuando volvió a desolarse al comprender que tenía que empezar de nuevo a urdir planes.

Fue que, y demasiado tarde, advirtió que un sobeo lo iba envolviendo como a matambre; y que, para mayor estupefacción, el de la maniobra era un Soldado, como él. Recluta, todavía, es cierto; pero conmilitón sin ambajes.

—¡Habrased visto cosa tamaña!

Mas la preocupación por su destino personal fue barrida lejos al brotarle un tropel de ardorosas interrogantes que le despertó el griterío producido en "La Flor del Día"...

En su recoger hasta el eco de las voces, era pozo profundo el matrero Montés tratando en vano de identificar las del Venado... Pero no esperó más y se precipitó de la enramada hacia la esquina del local. Desde allí, pistola en mano, bien recostado a la pared, con sigilo fue allegándose a la entrada. Ante cada ferrada ventana se ponía en cuclillas, pasaba, volvía a erguirse, cuidando que no lo fueran a ver de adentro... Y se detuvo, pegándose sobre el punto mismo en que la pared se junta con el marco de la puerta, para prestar por última vez atención a su colaborador, lo que le trajo la satisfacción de comprobar su diligencia. En efecto: el Carpincho había conducido al prisionero hasta los envases. Ahora, sin duda por no hacerle dar un golpazo pues los brazos los tenía ligados al cuerpo, primero lo ayudó a sentarse y, después, lo ladeó con la bota, no más, y lo dejó exten-

dido a todo su largo. Una vez perdido el Soldado para toda visual, volvió como luz el Carpincho a la enramada, se puso en cuclillas y, sin alzarse, a saltitos, empezó a desplazarse de una a otra cabalgadura, desmaneando... Ahí fue que en su apostadero del portal el Montés sufrió un aletazo de angustia.

—¡Capaz que ése me desmanea a todos!

Pero; ¡oh! ¡no! Un gateado, un malacara: los de él y del Carpincho; un tordillo, un tostado, un cebruno: los del Venado, de Don Juan y del Zorrino permanecieron con las patas delanteras como atornilladas.

—¡No tiene precio este Recluta! ¿Y ahora?... ¡Pero es soberbio!

Causó este elogio el apreciar que, en un santiamén, el Carpincho puso de frente al campo la caballada desmaneada. Y manoteó del hueco de uno de los recados tamaño arreador, y se enhorquetó en su malacara... y quedó hecho monumento.

Se embebecía el Montés en la contemplación, cuando su atención fue llevada con rudeza al interior de la pulpería.

—¡Al que me abaje los brazos, le meto plomo! Vayanme desarmando a toditos. Y usté, Soldao Flamenco, corrasé para el flanco y protejamé bien, no sea cosa que alguno agarre a otro de trinchera y por abajo del poncho me quiera hacer una gracia!

Y no perdía de vista a la pareja de Don Juan y el Payador, con el Aperiacito de un lado y el viejo Barranquero del otro. El puño derecho de este último, allá arriba, entre como un hojerío de manos, era muñón, de apretado.

—Si me lo quieren hacer abajar y abrir, al pasar por la boca me meto el peso adentro y me lo trago.

A la orilla de la isla de brazos, otra congoja se había posesionado del Hurón.

—En cuantito me toquen el bolsillo izquierdo —pensaba— me encuentran el “mazo de cincha” y al rato estoy de cepo en la Comisaría. Y lo de salir de allí desconjuntao no sería tanto. ¡Después, después va a ser la cosa! Se propala la noticia de la encontrada, que se va a propalar, y a mí me toca una paliza o dos por cada encuentro con cada cual de los que han jugao conmigo a los naipes desde que yo era un gurí.

Iracundos los ojos entre el nacimiento de sus brazos, el Zorrino, el Carancho, y el Chimango tenían toda la atención puesta en Don Juan, a fin de subordinarse a su proceder. Y se asombraban de que ninguna mirada él les hiciera llegar con sus instrucciones.

—Ha de estar todavía urdiendo la trama, compadre Zorrino —comentó don Chimango—. ¡Pero yo no aguanto más los brazos!

—¡Dejemé! ¡Y ye!...

—¡Qué trama ni qué trama! —roncó el viejo Carancho—. ¿Nos vamos a pasar la vida como queriendo alcanzar quesos de un zarzo? Yo, sin orden de él, no más, abajo los brazos y pelo el cuchillo.

—¡Cuidao que lo van a oír, canejol!

—¡Por más compadre que usted sea, a mí usted no me...

—¡Pero compadre! ¿En éstas, nosotros vamos a estar en éstas?

El Zorrino, a pesar de su calentura, ayudó a aplacar mirándose la punta de los dedos.

—¡Sí, compadre Carancho! ¡En éstas, no vamos a estar en éstas!

—Ni tiempo ni balas hay que desperdiciar —susurraba Don Juan al Venado, juntos pero sin mirarse, las altas manos rozando en ocasiones el penduleo de las también altas botas que exponía la pulpería.

—Usted dirige; usted es el conocedor.

—Ya sabe, usted tirelé a aquel altote, que es el de más mal arrear...

—Cuál, y disculpe.

—Aquél, el del quepis a la nuca.

—¡Ahá!

—El Comisario corre por cuenta mía. En cuanto me abaje al que le dije, usted gana la puerta y me arrastra con usted a mi primo, no sea cosa que se nos quede. Está muy cargado, y capaz que se nos distrae y nos retrasa. En la puerta yo me contengo a los Soldados hasta que, cuando ustedes hayan montado, me peguen el grito...

—Descuide... ¿Pero qué habrá pasado afuera?..
¿Pero cómo me han agarrado dormido a esa avispa?

Desarmaban los Soldados Gato Pajero, Carao, Flamenço. Y con cara hecha unas pascuas, el Cabo Cuzco Overo recibía en un bolsón pistolas, cuchillos, dagas,

facónes todavía tibios, que sus compañeros retiraban de entre cinto y carne, ceñudos.

—¿Y esto? A ver, no abaje las manos, ¡caray!

—¡Es un recuerdo, don, un recuerdo de familia! —sonrió con más que fingido candor el Lechuzón, mezquinando mediante una torsión del cuerpo, la levantada del poncho—. Siempre toditos nosotros defensores de la patria... Revolución sin estar presente el... machaje de la familia entera, ni un caso.

Sufrió una viaraza de indignación el Comisario, que era todo ojos y todo oídos.

—¡Patria, estás diciendo! ¡Te voy a mandar al cepo, así aprendés de una vez lo que es patria! ¡Patria es el orden, canejo! ¡Un siglo casi, retobándose vuelta a vuelta y dando trabajo al Poder y teniendo como maleta de loco al ejército y a la milicia y a los voluntarios de nuestro pelo!

De las conmociones, pareció que debajo del poncho hacía cosquillas al viejo Lechuzón la mano de un brazo uniformado, la cual al punto volvió a la luz del día empuñando esta vez un trabuco con la boca tapada por un taco de fierro.

—¡Fijate! —indicó de costado el Biguá a su compinche—. ¡Es un cañón de sitio!

El Soldado iba a depositar el arma en la bolsa del Cabo, cuando casi la deja caer al piso, de impresión de oír gritar:

—¡Ponelo despacito, caray! ¡Eso escupe... y a la puta pulpería y toditos nosotros!

—Amigo Venado —musitaba Don Juan— mientras no nos paren vamos a irnos corriendo de a poquito a la derecha. Así nos salvamos de ese desportillado que nos viene derecho y queriendo salirse de la vaina.

—¿Para que le toque revisarnos a aquél con cara como torta, de mansa?

—Mismo. La segunda bala encajeselá al del portillo. La merece. Siendo cuestión de estaquear a un preso, él siempre se ofrece de voluntario. Para él, el quejarse de otro es una música, crea.

—Esté tranquilo.

—Bajado él, le pela la pistola, agarra a alguno de trinchera, y yo me volteo al Cabo, cosa que las armas se le desparramen...

—¡Claro! Siendo contra la autoridad, voluntarios siempre sobran en cualquier punto de la tierra.

—¡Claro! Y sin ir más lejos, ¡mire aquél! El de al lao de la barrica.

—¿Cuál? ¡Ah, sí! Ése no se va a poder dominar. Ése se desacata.

—Lo que temo es que estalle antes de tiempo... y nos enchastre la cosa.

En efecto: tal como cada uno de los bueyes sumidos con carreta y todo en el pantano sienten al mismo tiempo los aguijonazos de la picana y lo inclemente de su impotencia, y forcejean y siguen quietos, así el Avestruz gorra de vasco se presentó a la mirada de los dos amigos, que ese dulce nombre podría ya darse a la pareja de Don Juan y el Venado. El ojo ciego era la boca del horno ya con el amasijo adentro; pero el bueno se presentaba como cuando aquél todavía tiene la leña prendida y ni miras de llegar el momento de barrerle el piso.

Y afuera, mientras tanto... La enramada entera estaba convertida en enorme aparato de relojería, con su centro de control remoto, el Montés, pistola en mano, apoyado en el punto mismo donde la pared se junta con el marco del portal de la pulpería.

Hecho un Jefe en su malacara, muy cortas las riendas, el mango del arreador junto al hombro derecho, delante de él muy quietos y agrupados los caballos militares y los civiles, el ex-Recluta tenía la cabeza hacia atrás, fijos los ojos en el distante Montés.

Quien pudo presenciar alguna vez el caracolear del picazo del Gato Pajero y el encabritarse echando espuma del lobuno media sangre del Comisario Tigre; aquel que en el potrero de la Comisaría, presenciando de lejos algunos de los frecuentes simulacros de cargas a sable, apreció los ímpetus del overo rosado del Cabo Pato, del gateado del Soldado Comadreja, del tordillo del Flamenco y del rosillo del Águila y del rabicano del Cabo Cuzco Overo, tendría que agarrarse la cabeza al imaginar el potencial de energías que allí estaba contenido... y que ahora, ya, a la convenida señal del Montés, fue liberado por el cierre de piernas del Carpincho al rebenquear el mar de ancas y salir, la boca hecha porroró, en pos del alud de cascos, de patadas, de riendas que al ser pisadas se partían como hilos, de brillante re-

blanqueo de deformes dientes, de ojazos en brasa, de llamaradas de crines, de estribos remedando enloquecidas péndulas. . . entre un sordo tambor redoblado, al tiempo que el Montés se mandaba para adentro con la izquierda también de pistola, a los gritos de:

—¡Arriba las manos, la policía! ¡Y el público que las abaje, no más! ¡Queda libre!

—¿Vio, amigo Don Juan, lo que le decía? Este Montés no tiene precio. Y esa disparada de caballos que se siente, por algo será.

Aquello fue que ni ensayado con batuta. Y los dos Soldados que ya levantaban inquisidores los ricos ponchos de Don Juan y del Venado, con energía fueron obligados a virar hasta quedar de espaldas y ya estuvieron desarmados y ya sintieron clarito en el espinazo la boca de sus mismísimas pistolas, mientras descendía un bosque de brazos entumecidos y, al mismo tiempo, los enmangados de militar, sin equivocarse uno, se elevaban. El único retrasado fue el Cabo Cuzco Overo. Porque, previamente, él debió depositar la bolsa de la requisa con mucha precaución en el suelo, no fuera cosa que, con el choque, las armas de fuego empezaran por su cuenta los tiros. Además, en dos tiempos debió realizar la deposición pues, la bolsa aún en el aire, lo paró el derramarse en añicos de los vasos y las botellas de una mesa, al impacto de grasiento mazo de naipes que, a su vez, rodó en profusión de cartas.

Apenas posado en el suelo el bolso, hasta él brincó el tuerto Aveztruz gorra de vasco, lo agarró de abajo, volcó su arsenal, se apoderó de una alarmante pistola y, pechando Soldados y civiles, enderezó hacia Don Juan y el Venado, quienes también empuñaban ahora sendas pistolas de caballería.

—¡Siempre persiguiendo! —vociferaba en su marcha—; ¡siempre de jueces. . . que es lo cómodo!

El Comisario Tigre se hizo arco.

—¡Qué soba, pero qué soba la que te voy a dar cuando te pesque! —se prometió estrechando allá arriba sus manos. Y pasó a contraer consigo mismo, otro compromiso espeluznante, pues presenciando cómo por dificultades con el sable despojaban de todo el correaje al Cabo Cuzco Overo, vio, estupefacto, lo que vio—. ¿Pero

cómo? ¡Si éste no está que es unas pascuas, no sé qué te diga!

¡Oh, sí!, en aquel rostro nacía, se desvanecía de súbito como con arrepentimiento, y volvía a aparecer una sonrisa encantada.

—¡Qué escándalo! ¡Por las cosas que uno tiene que pasar en la vida! —se dijo— ¡Ya vas a ver la... las, las que te esperan, milico de porquería! ¡Son todos iguales, bien digo yo!

—Bueno, pase ahora para atrás, con los otros... Ahora, venga usted.

Era el Venado desarmando milicos mientras Don Juan y el voluntario Avestruz mantenían a raya, alargadas las pistolas.

—¿Y usted que está haciendo así?

—¿Y... yo qué sé?

Así respondió desde el mostrador el pulpero. Era que, por congraciarse con sus parroquianos, él había alzado al tiempo que ellos los brazos, y al ellos bajarlos él dejó los suyos siempre arriba, a la espera de los policiales, pues tuvo la corazonada de que el natural desafecto de sus clientes lo hubiese ubicado entre la gente del Gobierno y podría recibir algún tiro por desacato a los desacatados si no presentaba sus manos a la altura de las del milicaje.

—¡Baje eso, caray!

Don Juan resolvió apurar.

—Acerquesé —ordenó al Hurón, quien tiró el pucho para cuadrarse militarmente— y haga el favor. Entre los cojinillos de mi tostado hay una maleta plegadita. Traigamelá. Y ajuste bien otra vez la sobrecincha; no se me vaya a olvidar.

—¡Qué escándalo! ¡Qué escándalo!

Así se decía para sí el Comisario cuando el Venado le quitó de la cintura el "cabo de nácar" y debió marchar también él al rincón policial.

—Si es que salgo de éstas y llegás a caer en mis manos, para bien de volverte a colocar tus güesos van a tener que sacar cuentas! ¡Te lo garanto!

—¡Esto si que está bonito, amigo Carancho! Ahora recuperaremos nuestras armas!

—Y Don Juan ordenará el jusilamiento —se alzó entre un ansioso jadear.

—¿Aquél abajo de la mesa, diga, no es mi trabuquito, amigo Chimango?

—¿Quién va a ver tan lejos? Será o no será, compadre Lechuzón.

Regresó el Hurón con la maleta. Y con ella Don Juan se dirigió al mostrador, haciendo un previo desvío para llegar el Zorrino que con el Carancho, el Chimango y el Lechuzón, avanzaba hacia el arsenal.

—Recoja su daga, primo, y se me aposta en la enramada.

—¿Y nosotros tres?

Sin saber qué decir a aquellos estorbos, Don Juan vaciló un momento. Y contestó:

—¿Ustedes? Como estacas, aquí. Cuidandomé las espaldas.

Al recoger su arma, el Zorrino fue vencido por una tentación. Al lado estaba el correaje del Cabo Cuzco Overo con su sable. Contempló el conjunto, lo agarró por una de sus guascas y, sin vacilar más debido al apuro, salió con él medio a rastras, tratando de desasirle el espadón. Al llegar a la puerta, ya bajo el poncho bien sujeta a su cinto llevaba su nueva arma. Y de inmediato fue abocado a una apasionante situación. Veía venir, a galope tendido en un malacarita, a uno de machete que, de las caderas para abajo, era milico y, de ellas para arriba, sin contar la cabeza, que estaba de quepis, era particular.

—¡Con razón me destacó Don Juan! —se dijo el Zorrino al apreciar la parte policial de la vestimenta que se le venía arriba—. ¡A ése me lo dejo seco de una estocada!

En el salón sus tres amigos trabajosamente habían emprendido de nuevo la marcha hacia el tendal de armas, cuando se echaron atrás, como a palos. Y debieron escuchar entre de mecimiento de sus ponchos:

—¡Que nadie toque un arma!

Era Don Juan, quien siguió:

—Si no, caballeros, la autoridad se las incauta en cuanto pisemos la puerta y las pone contra nosotros. A ver, pulpero, muevasé y agenceemé dos bolsas para ponerlas adentro. Y usted, Montés, sin perder de vista a los prisioneros vayasé corriendo despacio a la salida.

Más muerto que vivo, uno de los Charabones apareció con las bolsas.

—A ver usted y usted. Ayuden al mozo.

Se adelantaron el Biguá y el Gavilán. Su compinche Hurón recogía del suelo baraja por baraja.

—Y mientras tanto, pulpero, y por favor apuresé, en mi maleta me va poniendo unos quilos de yerba, un quilo de tabaco suelto, no en paquetes... una cuerda de naco y chala y papel... ¡Caray, y sal! ¡Qué cabeza! ¡Me olvidaba de la sal!... ¿Qué es lo que está diciendo usted?

—¡No señor, yo no dije nada!

Pero había dicho, sí, sin querer en voz alta, el pulpero:

—Ya está. Apareció la sal. ¡Pucha, qué cabeza la del Sargento Segundo!

—Las carabinas... a las carabinas me las ponen en bolsa aparte, con las culatas para adentro. Y no se preocupen porque los caños sobresalgan por afuera. Y ponen allí los sables y las pistolas y las cartucheras de la policía. Todo lo de los particulares va en la otra bolsa. No hagan entreveros. Y consigan piolas y me las atan bien, que no zafen, ¡jojo!

Ahora se dirigió Don Juan hacia los uniformados. El Cabo Pato, los Soldados Gato Pajero, Flamenco, Águila, etc., estaban tiesos, esforzándose en el estiramiento de los brazos, todos mirándose las puntas de las botas. Para verles las caras primero había que ganarles por abajo del quepis. La cara del Cabo Cuzco Overo, no. Que él, evidentemente entusiasmado, no perdía un detalle del desarrollo de los acontecimientos.

—¡Qué lo tironeó a Don Juan! ¡Qué cabeza!

—Y ahora, señores —explicó Don Juan—, todos ustedes me van a ir pasando por aquella puertita.

Don Juan se introdujo el primero en la pieza de juego. Estaba a oscuras, porque su única ventana, que presentaba al campo gruesa reja, tenía cerrados los postigos. En tinieblas, pues, Don Juan tanteó la puerta hasta dar con la cerradura, y retiró la llave.

—Pasen, adelante.

Bajo las pistolas del Venado, del Montés y del tuerto Avestruz de la gorra de vasco, los Soldados se amontonaron para entrar. El que atropelló primero fue el

Cabo Cuzco Overo, desesperado por curiosear qué pucha había adentro.

—¡No rempujés vos, caray! —le roncó en voz baja el Comisario—. ¿O te creés que ya no soy tu Superior? Después... tenemos que hablar, ya sabés.

Don Juan ya había retrocedido al salón y debió urgir con su pistola al retrasado Comisario quien, cuando traspasó a ciegas el lóbrego umbral, cerró los ojos como si se deslumbrara, pero por causa de haber advertido clarito que del lado de afuera Don Juan daba dos vueltas a la llave.

—¡Mal rayo te parta!

—¿Qué me habló, mi Comisario?

—No, decía, no más... ¿Pero es que ahora no puedo hablar solo, si se me antoja? Bueno, a ver si tantean alguna silla o banco o lo que haya. Estoy envarao... ¿Quién se mató del porrazo?

—¡Yo, yo mi Comisario!

—¡Ahá, tenías que ser vos! ¿Y con qué te pechastes?

—Con una cosa que no es ni silla ni banco, pero que estoy palpando que sirve lo más bien de asiento, mi Comisario. Pase usté y esté cómodo.

—¿A ver? ¿A ver? ¡Pucha, no veo nada! ¡Hablá para orientarme, caray!

—Pase... pase... pase para acá, don... Y paresé, que ya llegó. Toque despacito.

—¡Pero animal! ¿Vos no sabés lo que es una poltrona?

—¡Jamás vide! ¡Jamás vide!

—¡Pero callate, caray! ¿No estás viendo que me vas a hacer sentar afuera y deslomarme? ¿Qué ruido fue ése?

—Uno me pisó y yo refregué algún mueble o eso con la bota y tenía vidrios arriba y se han venido abajo, se ve.

—¡Ah, bueno! ¡Me alarmó!

—Mi Comisario, y disculpemé la pregunta, y le doy palabra de que no es por curiosidá, no más, mi Comisario, que yo le pregunto...

—Preguntá de una vez, ¡caray!

—Mi Comisario, y disculpe, ¿está cómodo?

Casi se desvanece el Jefe por el pasaje brusco de la cólera a la gratitud.

—¡Hecho un Presidente, muchacho, estaría yo ahora si no fuese por hallarme en esta situación, preso y a obscuras! ¡Y muchas gracias, m'hijo!

Pero empezó a ser punzado por una sospecha. Y alboré, otra vez, y fue tomando cuerpo, la ira.

—¡Miren, miren; si ustedes se creen que se van a distraer a mis costillas en conversación conmigo, están arreglados! Aquí me vuelve a hablar uno, y aunque me mate a los porrazos lo ubico y queda callado para siempre. ¡Como para tertulias tengo la cabeza! Y hay que hacer luz de una vez. ¡Cabo Cuzco Overo!

—¡Presente, mi Jefe!

Y se sintió una caída. La de la silla que tanteó sin querer hacía un ratito el Cabo, y en la que recién estaba arrellanado.

—¿Te caíste? ¡Bien hecho!

Terminó el Comisario de secarse el copioso sudor del pescuezo con su pañuelo y continuó: —Hoy te estuve filiendo. Estabas encantado, ¡parece mentira!, de verme como me veías, mostrando los sobacos de la chaquetilla como para que me les vinieran a coser algún trabón. No sabés lo que te espera. Ahora andá hasta tocar la paré. Y, después, palmeandolá, buscale la ventanita que tiene. Y después, abríle de par en par los postigos.

Cuando Don Juan dio las dos vueltas a la llave la retiró, se la guardó en el bolsillo volviendo a su mano derecha la hermosa pistola que había entregado a su izquierda, colocó ésta bajo el cinto y se dirigió al mostrador donde lo esperaban el Montés, el Venado y el tuerto Avestruz, quienes seguían empuñando las suyas pero ya las tenían bajas.

—¡A pure con los envoltorios, pulpero!

Y aguardó satisfecho del resultado de sus planes.

Naturalmente, ignoraba lo que estaba pasando afuera. Sólo al día siguiente, en lo profundo del monte, entre mate y mate, en torno al fogón con su primo, con el Venado, con el Montés, con el Avestruz, con el Carpincho, pudo enterarse de que, al desenvainar el Zorrino el sable del Comisario para hacer frente al supuesto ataque del ex-Recluta, éste, que se le acercaba contento después de haber alejado, sin ninguna equivocación, los caballos señalados por el Montés, clavó en las patas a su

malacara, estupefacto, puso los ojos como soles y pegó el grito al hostil:

—¡Paresé, caray! ¿Pero usted no es el primo de Don Juan?

—¡Y a mucha honra, trompeta! ¡Bajate y venite, no más!

—¡Pero entonces cómo! ¿Pero no ve que me les he incorporado a ustedes?

—¿Pero usted...? No se me acerque, ¡canejo! ¿Pero usted no es soldado, me va a decir?

—¡Por favor! ¡No me hable de eso! Sepa que ahora soy tan particular como usted.

De golpe, el sable quedó de punta al suelo. Mas volvió a ser blandido, aunque dubitativamente.

—¿Pero y qué garantía... me da usted de sus dichos?

Para llegar a destino, las palabras tenían, lo menos, que recorrer cuarenta metros en aquella radiante mañana. Los interlocutores las recibían, las meditaban, las contestaban, pero uno mantenía el sable alejado de su vaina y el otro ni por broma hacía adelantar un paso al malacara.

—¿Garantía? ¿Pero y no ve que he dejado a pie a la autoridad? ¿Quiere más prueba que ésa?

El Zorrino fijó por primera vez los ojos en la raleada enramada, los desvió después sobre la llanura... y se anonadó.

—¿Y, qué me dice ahora? —urgió impaciente el Carpincho.

Al fin, el otro pudo exclamar:

—¡Y qué le voy a decir! ¡Que esto es glorioso! Alleguése, no más. Desde esta mañana, usted siempre tendrá vara alta conmigo.

Se adelantó para apresurar el encuentro con el jinete. Pero tropezó, trastrabilló, se trabó en la vaina del sable al forcejear por sacar la mano izquierda de entre el poncho para atenuar el golpazo... y clavó la cabeza en el pasto. Con el poncho lleno de tierra y de pajitas se paró, con dificultades corrió más atrás el sable todavía de ojos entrecerrados por el atontamiento. Y creyendo que el Carpincho permanecía tal como en su última visión, firme en el malacara, a cuarenta metros, alzó la voz hasta el grito:

—Pero digamé, ¿y cómo pueden ustedes andar todo el santo día con esto?

Ya llegándole al lado, el Carpincho suspiró penosamente:

—¡Me lo va a decir a mí!

La imagen de su costalada durante la persecución de la Comadreja ladrona, que todavía lo tenía de cadera pelada, cruzó por la mente del ex-Recluta. Pero se le cortaron los hilos de la evocación al tomar conciencia de sus deberes de urbanidad.

—¡Buen día, don! ¿Cómo le va a usté?

—Buen día, ¿bien y usté? Abajesé, no más.

—Mire, don, yo soy del parecer que yo no debo desmontar y que usté debe montar... ¿Y adentro cómo van saliendo nuestras cosas?

—¿Adentro? Mire, como para pagar entrada por verlas.

—¡No me lo diga!

Se echó atrás el Carpincho y se le estiró la sonrisa. Y, de perenne, con ella como pintada, repuso:

—Bueno, venga. Antes de que usté monte hay que desmanear los caballos y tenerlos de los cabrestos para cuando aparezcan nuestros compañeros.

Se dirigió a la enramada seguido por el Zorrino. Entre una inquietud de orejitas, echó pie a tierra. Se inclinaba ya para desabotonar la manea del tostado de Don Juan, cuando un quejido brotado a los metros, a su izquierda, lo enderezó con alarma. Pero se tranquilizó al advertir que el doliente era el prisionero Comadreja.

En dos zancadas estuvo entre los cajones.

—¿Qué te pasa ahora, vamos a ver?

—¡Que usté me depositó las costillas arriba de un ladrillo o cosa así, de duro, parece mentira!

Se agachó el Carpincho, empujó, haciéndolo rodar, aquel liado cilindro uniformado... y dejó evidenciado tamaño cascote. Lo tiró lejos. Volvió a rotar al revés al Soldado.

—Bueno, ahora vas a estar con comodidá. Y no me pongás esa cara de dolor de muelas, pedazo de grandote, que yo no soy de piedra viendoté; y que bastantes barrullos tengo en la cabeza para que les agregués otro dijusto. No tratés de gritar buscando que te oigan de la pulpería. Portate bien, como hasta ahora. Pensá que no

todas van a ser flores en la vida. —Y agregó, vuelta a despertársele una intriga que hacía un rato lo había punzado—. Pero... decime la verdá, vos...

Iba a preguntarle de dónde sacó los hijos por los que le implorara al Montés cuando entre los caballos de la enramada éste le abocó la pistola; mas lo contuvo la llegada del Zorrino.

—¿Y esto?

—Esto, don, es un prisionero.

—¡Pero no me diga! Y ahora lo va a degollar, ¿no?

Inútilmente por lo bien que lo ligaba el sobeo, trató de hacerse ovillo el Soldado Comadreja; y boca abajo como estaba, trazó con el mentón un surco en la grama, mezquinando su gañote.

—¡Qué esperanza! ¡Ni que estuviéramos en tiempo de guerra, compañero!

—Yo preguntaba, no más. Aunque no me va a negar que esto es como si fuera revolución. Pero, ¡bueno!; aquí no tenemos nada que hacer. Su conversación estará muy linda, pero vamos de una vez a tener pronta la caballada, como usted mismito dijo.

Mientras avanzaban hacia las cabalgaduras, el Carpincho justificaba su dilación.

—Es que uno tiene lástima, don. Prisionero... y en el suelo atao de pies y manos... ¡y milico, para peor! ¡Parte el alma!

—¡Dejeló que se joda él... y todita la Autoridá!

—Sí, está bien, don; pero... Usted vaya agarrando los cabrestos. Yo desmaneo.

—¡No me toque, no me toque a mi moro, compañero! A ése lo desmaneo yo. A usted lo va a desconocer y capaz que lo levanta de un mordiscón... ¿Pero cuándo caray van a salir éstos? ¿También se han puesto a consolar a sus presos?

Mas las cosas no podían urgirse tanto en la pulpería. Demasiado diligentemente se andaba. Pues ya estaban bien amarradas a sus respectivas bolsas las pertenencias civiles y militares; ya el payador tenía su guitarra a la espalda y al brazo el livianito poncho de vicuña; ya entre los Charabones llevaron al lado de las demás bolsas la que, junto con tantas cosas, contenía el gran paquete de sal...

—¡Al fin, al fin se mandan mudar! —exclamó para sí el pulpero desde su mostrador, al oír que don Juan decía:

—¡A ver, pronto; algún candidato que lleve esos bultos a la enramada!

Se echó una bolsa al hombro el Biguá. Y, con tanto peso, ahí no más hubiera quedado hecho bosta de no acudir en ayuda el tuerto Avestruz gorra de vasco, cuyo ojo sano estaba en todo.

—¿No ve que son fierros?

—Usted agarre una punta y yo agarro la otra punta... ¡Arriba!

Sí, todo se realizaba con premura y, además, con inteligencia. Al punto de que Don Juan se dirigió a la puerta de los presos y, pensando que podrían estar en algún intento de liberación, por las dudas, para mantener la intranquilidad, golpeó con el mango de la pistola y tronó:

—¿Qué es eso? ¿Quieren bala?

Fue como si en un patio, a la siesta, y de golpe, el gallinero quedara hundido muchos metros bajo tierra. Tal la brusquedad del silencio... salvo el rumor de alguna espuela al cauteloso cambiar su pie de posición, y un levísimo, prolongado chistido que permitió ser ayudado, gracias al ya haberse habituado todos a la obscuridad, por el tieso dedo que el Comisario Tigre —aunque tenía la boca crispada por la ira— situó entre sus colmillos inferiores.

Esto de la dentadura, digamos al paso, era lo que acentuaba su eterno mal humor cuando se miraba al espejo. El que cierta vez hiciera añicos a uno de éstos con lindo marco dorado, pisoteándolo arriba, no es de extrañar mucho. Que se levante uno alunado, se lave la cara, agarre la toalla y se seque con ganas de morderla, y manotee la peinilla, y se mire y se vea riendo, ¡la fresca! Y no podía enfurecerse más el Tigre porque, entonces, ya le aparecían también los colmillos de arriba, y era peor.

Cuando tornaba Don Juan hacia la concurrencia, los ancianos Carancho y Chimango le salieron al cruce.

—Cuenta de firme con nosotros dos —prometió áspicamente, como a serruchadas, el primero.

—Nos incorporamos a usted, igual que ha cumplido el compadre Zorrino —ratificó el Chimango.

Por no negarse de plano, saltó Don Juan con simulada alarma:

—¿Y me abandonan la retaguardia? ¿Pero quién me pasa el parte de lo que suceda aquí y del movimiento de las partidas que va a movilizar el Comisario?

—¿Es orden?

—No, es un pedido de amigo.

—Más que orden, entonces. Esté tranquilo. Sus espaldas van a quedar más protegidas que si las tuviese recostadas a la paré.

—¿Y dónde lo buscamos a usted para pasarle cualquier novedá?

—Hagansé ver por la Picada de las Tunas. Allí habrá guardia.

—Está.

Hechos de nuevo dos palos emponchados los dejó Don Juan. Y se dirigió al público.

—Bueno, caballeros, nosotros vamos a seguir nuestra fatalidá, como tantos, y espero que la Justicia no se desquite con ustedes. Comprenderán que si les dejamos sus armas la policía se las incauta en seguida. Y entonces, antes de nosotros sacar distancia, ya los tendremos encima. Pero esta tardecita ya pueden salir por su recuperación. En la tapera de las Garzas, allí las van a encontrar. Y usted... —agregaba dirigiéndose de lejos al pulpero cuando se interrumpió un instante, sorprendido, pues el mencionado estaba ahora semejante a quien trata de disimular que confundió las botellas y se ha tomado un trago de vinagre— ...usted cobresé el gasto. Y con el bastantito que va a sobrar, eche una vuelta general... ¡Ahí va esto!

En el amplio movimiento del brazo se le estiró de la mano una raya dorada que surcó el espacio y ya fue libra esterlina al picar en el mostrador.

Se acomodó el sombrero Don Juan. Se llevó la mano al nudo de la golilla. Y adelantándose hacia la puerta, tornó la cabeza.

—¡Hasta más ver, caballeros!

—¡Buena suerte, Don Juan! —gritó el viejo Chimango a la vez triste y contento.

Y nadie oyó que el Carancho roncó:

—¡Buena suerte, don Juan, tenga usted... —Y al pensar en quenes con él irían, enmendó—: tenga usted, y totitos ustedes.

Impacientes por la demora el Venado y el tuerto Avestruz volvían al salón, cuando ya en el umbral se toparon con Don Juan quien, sin detenerse, pasó el brazo por sobre el hombro al gorra de vasco.

—Siento, amigo que se haya comprometido por nosotros.

—¡No le dé mérito, señor! ¡Fue un impulso! Cuando quise acordar ya estaba metido en el baile. Pero, total, no tengo a nadie en el mundo; soy solo. Y al final, la cosa no es para tanto.

La enramada se conmovió a la llegada de Don Juan.

—¡Pero, caray! —exclamó éste al advertir que su reciente amigo se había quedado sin caballo—. Me lo han dejao de a pie, compañero! Va a tener que salir como moza, ¡en ancas!

Rió el Avestruz. Y respondió:

—¡O como combatiente en algún entrevero feo, Don Juan!

La puerta de “La Flor del Día” se había poblado de curiosos, que eran absolutamente todos los parroquianos y hasta el Vizcacha pulpero y los dos Charabones dependientes, a quienes se agregó un viejo Dormilón a pie recién salido de entre el chilcal, quien se apresuró a ple-garse a la contemplación tan, tan asombrado, que no sabía por dónde empezar a preguntar.

—¡Mal rayo te parta!

—¿Me habló, patrón?

—¡Salime de adelante! No es con vos... ¡Don Juan, Don Juan, te me vas con la llave, parece mentira!

Don Juan se enhorquetó de un salto en su tostado, provocando los remolineos del malacara, del gateado, del tordillo, del moro ya con sus jinetes arriba. El tuerto Avestruz gorra de vasco alzó del suelo la tercera bolsa —las otras ya las tenían por delante el Venado y el Montés— y con recelo de tanta pata, de tanto cogote, impaciente, la puso sobre la cabezada del tostado de Don Juan, quien le plantó una mano para sujetarla y, después, alargó el pie izquierdo sin desestribar. También el izquierdo apoyó en éste el Avestruz, y ya quedó sentado en las ancas.

Los ojos hechos dos soles, el pasito de quien anda entre espinas, el viejo don Lechuzón se adelantó del grupo de contemplantes a los desabridos gritos de:

—¡Adiós, Don Juan! ¡Le recomiendo el trabuquito!— que se confundió con el:

—¡Vamos, compañeros! —de Don Juan cerrando piernas.

Y se desató de la enramada la poderosa energía de las cinco cabalgaduras.

Parecían éstas llevar de la cincha las miradas de los de la pulpería, cuando un grito hizo volver a éstos la cabeza. Es que desde los ahora abiertos postigos de la ventana con rejas de la pieza llamada "sala de juego", la cabeza hundida entre dos barrotes y sacudiendo en vano los que ceñía en cada mano, habiendo sorprendido entre los que huían a su Recluta, el Comisario Tigre había proferido un:

—¡Traidor!—

que pasó rebotando como bola perdida y que, al llegar al grupo en alejamiento, provocó en el aludido:

—¡Que te recontra!

A las cuadras de los galopantes se produjo, ahora, una agitación de caballos. Ramoneando ya tranquilos hacía ratos, alzaron de súbito las cabezas al sentir el tropel que se abría hacia ellos en abanico y, luego, se cerraba aminorando la carrera hasta reducirla a corto trote.

—¡Al lobuno! ¡Al lobuno del Comisario! —recomendó Don Juan, sofrenando al sonreír en medio de sus crecientes preocupaciones.

Cuando el aludido media sangre quiso encabritarse, ya el tuerto Avestruz, que se había dejado caer de las ancas del tostado de Don Juan, ya le agarraba las riendas. Y de un salto estuvo arriba, para dejarlo poner al galope entre el que iniciaban los otros...

Era oro sobre esmeralda la colina por la cual ascendían. Era vidrio azul el cielo. Pero no era viento lo que tendía los ponchos como bandera; era el galope, de raudó.

Detrás del edificio de "La Flor del Día", ocultas tras la pila de leña, las tres peonas de la cocina, la Chancha Negra y las Nutrias, manchadas de harina caras y ropas, vichaban desde hacía ratos. Si hasta entonces se agarraban la cabeza con frecuencia, ahora estaban contentísimas; en la ignorancia de que, a sus espaldas, por la tronera del

Como ya subía hacia la serenidad celeste un fosco humo cada vez más negro, denuncia infructuosa de que ciertas tortas se estaban transmutando en carbón. A la izquierda de ellas, en la ventana, el Comisario Tigre, prendido de los inmovibles barrotes, se sacudía, cuando a sus espaldas les vino un frenesí. Fue por estar viendo allá lejos, en el declive de la ladera, que maniobraban en su caballo, que lo montaban y que se lo perdían no más, entre el grupo de los alzados contra la Ley.

—¡Se cuenta y no se cree!

Aunque ya había concebido la idea de ordenar al dueño de casa que si los matreros se le fueron con la llave derribara, no más, la puerta, él no podía dejar la ventana, como si lo ligaran cadenas a aquellas frías rejas que dos surcos le marcaban en la cara. En una, de potente sacudón, salió dando vueltas y se clavó junto a la clausurada salida.

—¡Pulpero! ¡Traiga esa llave! ¡Y si se la llevaron los perdularios, eche abajo, no más, la puerta, a la autoridad! —gritó a voz en cuello, calculando que el pulpero estaría por la enramada, de mucha contemplación del espectáculo.

Entre los mirones, en efecto, don Vizcacha se sobresaltó al ser sacado con tal rudeza de su pesadilla para sumergirse en una angustia aún mayor. Y llevándose por delante al Biguá y al Hurón; diciendo:

—¡Con permiso, caballeros!—

a los dos Patos de las golillas blancas y siempre como para retratarse de echados para atrás y de quietos, tropezando con don Lechuzón, quien sin querer se le atravesó en el cruce, el pulpero entró en el salón, sus dos dependientes en pos, mientras los del público, que habían tornado la cabeza hacia los gritos del Comisario, volvían a recobrar su estupefacción al tender otra vez la vista hacia los seis rítmicos galopes cada vez más distantes.

Avanzados pocos pasos en el recinto don Vizcacha se detuvo. Era que cierta idea le hizo un cambiazo en la mente, por completo retiró el desaliento, y le llenó el sitio con una calma como de fierro, de pesada.

¡Momento, Comisario! Usté... tenga paciencia. En seguidita estamos —tranquilizó.

Y sabiendo muy bien que la llave se alojaba en el bolsillo del alejante Don Juan, se dirigió en busca de una

barreta, porque no era cosa de deshacer la puerta antes, con cautela, probar de abrirla a las buenas.

—Éste se cree que no es más que romper —se decía el dueño de casa—. Rompa, rompa, no más, y, después, sale lo más campante del cuarto, y el que paga los platos rotos soy yo. ¡Mirá qué lindo! ¡Y no sé para qué tanto apuro! De a pie él y su gente, y desarmados. ¡Pero mire que se las han hecho bonito! Hay cosas que uno las cuenta y no se las creen ni los gurises. ¡Por un lado, no; pero por otro, me alegro!

Mientras seguía divagando y seguía revolviendo en el cajón de las herramientas, algo de su pensar se había quedado como con cabresto en la imagen de la puerta trancada. Tal vez por lo que ello significaba de desastre, tal vez porque ya se había visto sacando dinero del cajón para pagar la compostura, posiblemente por ambas cosas, un fantaseo compensador vino de lejos hacia él y se derretizó taimado, por otro cauce, hasta conseguir que fueran dos las exclamaciones jubilosas en que prorrumpió:

—¡Desaparecido el Peludo, se acabó “La Blanqueada”...! ¡Mirá la barreta!, —a las que siguieron, tras la sólida puerta:

—¿Pero se han muerto todos o han juido a matrerías también? ¡Pucha que se precisa pacencia!

Se interrumpió y se puso a escupir rabioso el Comisario porque el cigarro, al ser mascado en la gran nerviosidad, se le deshizo, acre, en la boca.

Justo en el mismo instante, allá lejos, Don Juan, con el Venado a la cabeza de sus esforzados compañeros, aminoraba el galope al coronar la alta cuchilla, ponía al trote su caballo y, luego, lo sujetaba con tal expresión sombría, que los demás contuvieron los suyos.

Testereando, giró a la insinuación de la rienda noble tostado, y se adelantó entre los pingos. Éstos, por cortés discreción de sus jinetes, fueron obligados a permanecer inmóviles cuando pretendieron seguir en su vuelta al que montaba Don Juan. Y quedaron de orejita parada, chicoteando las colas, impacientes, sin que sus gauchos miraran hacia atrás.

Así, pues, de frente a la mansa inmensidad que estaban dejando a las espaldas, se mantuvo Don Juan; un poco inclinado sobre el flete, las puntas de la golilla desviadas sobre los hombros por el reciente impulso de

la carrera, pareciendo más abatido aún para la, en algún momento, furtiva contemplación de sus amigos debido a los pendientes pliegues del poncho de vicuña. No como en su alocada inconstancia vuela la mariposa, que llega, pisa una flor y ni siquiera la ha mecido y ya anda por encima de otras flores y nos hace advertir que no se le importa mucho de ninguna; no como la abeja, que con ansia se empecina en una sola corola, y ya cuando ella no le puede dar más es que la deja; no como el picaflor, el cual parece siempre andar con delito y como que ha salido por gran necesidad y que está deseando ganar la espesura; ni menos como la paloma, que sale y, al corto trecho, ya se echa a plomo; no, así no se comportaba la mirada de Don Juan por el mundo callado que debía abandonar. De total, de amplia y de suspensa, era más bien como la contemplación que hace la nube cuando el viento le da tregua y, así, desde la altura del cielo puede, a la vez, ver y meditar, salir y estar en sí al mismo tiempo, hasta que vuelve el viento a aparecerse y a dar la orden de marcha, sin saber nadie a punto fijo ni la ruta ni el punto de destino: nada, nada más que la obscura imposición de seguir; y de seguir a prisa. Así era aquello.

El puño de Don Juan ascendió con las riendas y se contrajo contra el pecho reteniendo a su tostado, al que un encontronazo con el anca en caracoleos del tor-dillo del Venado había impulsado hacia adelante. Pero esto no alcanzó a perturbar la penosa contemplación de aquella mancha, verde hasta muy lejos, a la que el sol, ahora en toda su altura, casi arrancaba como un brillo. Por el medio del inmenso esmeralda surgía una franja oscura y larga, encajonada entre dos cuchillas. Y un poco a la izquierda, el montecito aquel donde horas antes con su primo esperaran y esperaran inútilmente el ataque de la partida del Sargento Primero Cimarrón. Eran la predera, el chilcal, el monte del pago que, a pesar del poco tiempo de vivir allí, había llegado a querer como suyo, y que, por defender a la inocente Mulita, ya era sólo el del peligro, el de las celadas, el de la muerte, ahora con sus reales sentados en él.

—¡Pobre Mulita! ¡Qué va a ser de ella, tan sola!... ¡Y yo sin haberla podido conocer, personalmente, todavía!

Volvió a contener a su tostado, que se revolvió al sentir el brusco pararse de su jinete en los estribos.

El Venado había tornado hacia él su tordillo. Respectuoso y sin adelantarse, tenía los ojos fijos en su reciente y ya entrañado amigo. El Zorrino y el Montés, el Ramcluta y el tuerto Avestruz, comprendiendo la tristeza del momento, permanecían mudos, gachas las cabezas, envueltos en el vaho de calor que la tierra desprendía dulzón y lleno de los olores de la grama...

Con tal violencia se le hincaron al tostado las espuelas que, ante la simultánea y dura contención de la rienda, se vio obligado a girar en dos patas, abierta la boca.

—¡Adelante, caballeros! Tenemos que estar en la Picada de las Tunas antes de caer la noche.

Don Juan alzó los hombros y picó espuelas seguido por los cinco.

MUERTE DE LOS SARGENTOS Y DE LA MULITA

Un grueso destacamento policial hace días que tiene sitiados a la Mulita y a un joven Aperiá llegado con noticias de las cosas que se tramaban contra ella. Comanda el contingente el viejo Sargento Cimarrón, en quien la creciente piedad va haciendo nacer el deseo de enviar al asistente Macá a avisar a Don Juan que, si ataca, él está dispuesto a sublevarse. Pero horas antes llegó el insensible Sargento Cuervo. Éste, en seguida, entra en sospechas. Y, al poco rato, ya no duda de que se urde una traición. Sobre todo al apreciar la desesperación del Cimarrón cuando, ya cerrada la noche, irrumpe cuchillo en mano el Aperiá, haciéndose matar para atraer sobre sí a las fuerzas del orden y permitir así que la Mulita escape por un boquete abierto en secreto. Mientras los sables se encarnizan, el Cuervo corre y evita la fuga.

—Hay que despachar esta noche misma al Trompa Tamanduá con el chasque. Es medio demorón para darse cuenta de las cosas, pero está bien montado y es guapo. Si le sale algún malhechor de los de Don Juan, pelea y se les zafa y cumple.

Ante la posibilidad de que el Sargento Primero estuviera observando, el Sargento Segundo —que se había quitado las espuelas para depositarlas junto a una piedra luego que la miró bien a fin de reconocerla después— viose obligado a hacer un rodeo, con lo que evitó el cruce por el resplandor del fogón aún de brasas encendidas y se libró del encuentro con la guardia de la salida del pasadizo. Cauteloso, mirando de vez en vez hacia la carpa del Cimarrón, aunque al nudo porque ahora ella no se veía; alzando bastante los pies para no tropezar con algunos accidentes del terreno, enderezó por entre unos talas hacia el desparramo de “benditos”. (1) Casi se resbaló en una bosta y, casi en seguida, no más, pro-

(1) *Bendito*. Ranchejo muy bajo, al que se entra a rastras, hecho con estacas y techado con cueros o follaje.

vocó un crujido al pisar ramillas secas. De tanto atender hacia abajo dio la cabeza contra la rama de un espinillo. Pero la ira que bullía a cada contrariedad era contenida. Y en vez del deseo habitual de empezar a las putiadas, producíanse en él unas aplacadoras cerradas de ojos.

—¿Pero ahora, cómo hago yo para saber dónde duerme el Trompa Tamanduá?

Se inclinó ante el primer ranchejo que halló, agarró una pierna enfundada en su bota y tironeó, cuchicheando al mismo tiempo:

—Che, decime bajito, ¿quién sos vos?

—¿Y no ve? —exclamó escurriéndose hacia afuera, fija una sonrisa ruborosa y casi refregándole la cara en los ojos el Cabo Pato, que estaba despierto, que había sentido el apagado acercarse y que, si no habla tan pronto el Sargento, le mete bala, no más, porque desde la llegada del primer rumor ya tenía la pistola amartillada.

—¿Ah, sí, che? ¿Sos vos? Hablá despacito y decime. ¿el Trompa Tamanduá, dónde caray es que duerme?

—Yo, para serle franco... Pero le calculo que está para el lado del horno. ¿No ve aquello que parece una mata, a mano derecha de aquel otro bulto que es el barril del agua?

—¡Hablá bien bajito, che, te digo! Sí, veo... Bueno. mirá, agarrá tu sable y seguime. Y, por favor... sé una tumba.

Y pensó, pero no dijo, el Sargento Cuervo:

—A lo mejor, la cosa revienta esta noche —al tiempo que, muy agachado, seguido por su subordinado, otra vez se ponía en marcha, los brazos algo separados del cuerpo, posando un pie donde fundara el otro, muy grave. De no hallarse la luna todavía cubierta por una de las tres gruesas nubes inmensas, un contemplador hubiera podido pensar que dos sombras jugaban aquella noche a caminar sobre un alambre, como en el circo. Y tan viva era la semejanza que cuando, por pisar un cascote, medio quiso trastabillar el Cabo, el observador aquel habría cerrado los ojos para no verlo hacerse plasta sin remedio.

Brotó un rumor a pocos pasos. Pero advirtiéndolo que fue un triscar, justo al nacer el impulso de contención le volvió la tranquilidad al Sargento. Esperó, sin em-

largo. Y aprovechó la oportunidad para estudiar el contorno.

Hasta el cerco del horizonte todo estaba en suspenso. Sólo allá y acá algún bicho de luz resistía todavía la intensa frialdad del relente y no se había ido a ese sitio tan secreto, que nadie vio jamás, donde ellos descansan. El bulto del horno se pronunciaba; y los de las cabalgaduras adormiladas...

Volvieron a ponerse en movimiento. Ahora extremaban el cuidado de no provocar con su pasaje la menor perturbación.

Dos ruidos revolotearon asustados entre el ramaje de un sauce.

—¡Putísima que los...! —iba a explotar el Sargento; pero mantuvo el silencio. Y entonces, como quien de sopetón se ve rodeado por tétrica pandilla de fantasmas, un frío sobresalto lo estremeció. Porque él había permanecido mudo, y lo mismo, resonó, bien, bien clarita, la mala frase no proferida.

—¿Y esto? —se preguntó con el mayor asombro de su vida.

Trastabillábale la mente, cuando cayó en la cuenta de que el de la imprudente imprecación había sido el Cabo Pato. Tornose el Cuervo, hecho un santo de paciente, aunque desmayándosele ya las fuerzas con que se dominaba.

—¡Pero che! —susurró casi pegándose a su vecino—; así andamos despertando pájaros y, arriba, vos los putiás fuerte!... ¿Te creés que no me dieron ganas a mí también?

Volvieron los dos a adelantarse. Con infinitas precauciones, levantando bien las botas para bajarlas con la prolijidad de quien deposita en tierra un espejo...

Ya faltaba poco. Desviándose de un lunarejo que dormitaba frente al refugio de su dueño, enderezaron al talita. Pero antes de llegar a él, a mano derecha del barril del agua vieron alzarse la comba irregular del supuesto "bendito" del Tamanduá. Se detuvieron. El Sargento Segundo meditaba.

Una esplendente escurridura de la luna hizo que él y su Cabo, para ocultarse, de una zancada buscaran la sombra que le brotó de golpe a un naranjo. Pero por suerte la gran nube taponeó con apuro su grieta y el

blanco chorro cesó. De nuevo a oscuras, el Sargento sólo él, se aproximó al "bendito". Y justo en el sitio que calculó debía quedar la cabecera, se inclinó aprestando el fino oído.

—Che, hablame bajito... vos sos el Trompa, ¿no?

—¡Qué esperanza! —le respondió a través de la traza de hojas y ramas la acritud de una voz como de "prima" trasteada—. Yo soy el Voluntario Teruteo. ¿Qué pasa, Segundo? ¿Eh?

—Call...!

—¿Hay alguna novedá?

—Ca...!

—¡Espere que me prenda el chiripá!

—C...!

—¿Entonces...? ¡Paresé, Segundo, que no doy con el maldito cinto!

—¡Callate! ¡Callate! —con alarma intentaba poner como mordaza el sargento.

Pero por todos lados surgían de adentro, saltando al grillo o en chisperío de bicho de luz, los:

—¿Y qué hay? ¡Pero mire! ¿Se anda por escapar la prisionera? ¡Mire, esperemé! ¡Yo salgo en calzoncillos, no más!... ¡Total! ¡Con esta escuridá!

—¡No! —consiguió atajar al fin el Cuervo con voz siempre baja pero que, de iracunda, le salía como arañándola a todo lo largo las vísceras—. Quedate adentro, que no nos hacés falta para nada...

—¡No, pero espere! ¡No se vaya! ¿Y se escapó ella? ¿O usted le calcula que...?

—Mirá —previno en un susurro el otro, haciendo un esfuerzo de los de reventar por mantener siempre apagada la voz—, vos asomás la cabeza, y yo te la parto de un tiro. Vos ni respirés hasta que yo te ordene, ¿escuchás? Y, si no, después te vas a mirar tu cara, te vas a tocar tu cuerpo y vas a creer que sos algún otro. ¿entendés bien?

El Sargento Segundo ya no podía contener las ganas de machacar al Voluntario con ranchejo y todo y no podía abandonar el sitio sin asegurarse obediencia. Por esto, y a fin de ser oído mejor, permanecía casi oculto en cuclillas.

—¡Pero escuche, Sargento! ¡Pero mire que yo... Pero ¿y qué es lo que...?

—¿Sentís, caray?

Poniéndose de rodillas porque se le envararon las piernas, el Sargento Segundo, ramas por medio, amartilló la pistola bien rente con la cabecera.

—¡Escuchame! —siguió—. Esto es para vos si te asomás antes de que te ordene, y si me decís aunque sea media letra más.

Fue tal como si al de adentro le hubiera dado un ataque, porque el chasquidito de nada que sonó en seguida lo produjo el Cabo Pato al pisar no supo qué cuando intentó dar un maldito paso para acercarse, mordido por la curiosidad.

El Sargento Segundo se incorporó sudando. Y mientras volvía a ponerse en marcha sigilosa, con la izquierda agarró fuertemente la todavía alzada cabeza de uno de los gatillos y apretó su extremo inferior con la derecha.

Obligado en esta forma a descender lentamente, el resorte se libró de la traba y pudo así posarse muy inocente sobre el fulminante.

Acá y allá, como de abajo de la tierra, rascaba el silencio algún plácido ronquido.

—¡Si no hago así, vos ves! —confió el Sargento al Cabo que lo escoltaba—. Con este repelente, es imposible. Pesca una cosa y al rato, mirá, lo saben hasta en la otra Banda.

Entonces el Cabo Pato no pudo aguantar más aquella su curiosidad que, como en bandeja, le iba llevando atrás a su Superior.

—¿Pero pasa algo, mi Sargento?

A la manera de latigazo éste giró la cabeza sin detenerse, relampaguando los ojos.

—¡Pero che, mirá qué lindo! ¿Ahora te vas a poner igual que el Voluntario?

Y casi se bolea en la obscuridad al pisar como unos cañutos.

—¡Guardé, no pise caray! ¡O está ciego! —protestó alguien desde abajo.

El Veterano Avestruz, arrastrándose hecho un ascua para salir de su "bendito", y luego levantándose de un salto, se quedó frío al reconocer el objeto de su bufido.

—¡Hablá despacito, caray, y agachate! ¿Pero por qué no te arrodillás un poco al acostarte? ¿O te creés que, porque son tus patas, uno tiene la obligación de

verlas al oscuro? Decí, ¿dónde hace noche el Trompa Tamandú?

—Es allí, ¿ve?, al lado del talita. De los ronquidos más profundos, un poco más acá.

—Bueno, mirá, estoy barruntando que...

Pero la idea del Sargento Segundo se quedó sin la otra mitad de su frase. De golpe su pensador se había echado al suelo, haciendo con enérgica seña que lo imitaran el Cabo Pato y el Soldado Avestruz, quien se le encimó a su compañero casi por completo porque tenía plantados al ladito los cascos de un viejo tordillo acabado de surgir entre las sombras.

—¡No se muevan! —recomendó, la cara sobre el pasto, el Superior—. Yo voy a recular un momento...

Pero el Soldado Avestruz se movió, lo mismo. Es que siguió viaje sobre el Cabo, por las dudas, hasta dejarlo bien interpuesto entre él y el mancarrón.

En retroceso, el Cuervo se arrastraba ya hacia el ranchejo del recién despertado: luego se puso en cuclillas atrás de él, sacó con sigilo la cabeza, observó la distante mancha blancuzca de la carpa del Sargento Cimarrón... Al momento volvió casi a echarse en el suelo. Y susurró a ras de tierra:

—Avestruz... acercatemé...

A lo pescado se le vino el viejo Avestruz entre la grama.

—Agarrá tus armas. Pero no la carabina. Y no hagás bulla y mantenete en el suelo y ojo con la luna.

En efecto: el vasto mundo estaba ahora de un blanco denunciador porque ella, la luna, recién reaparecida en su marcha a todo lo que daba para la Argentina, iba rozando a uno y otro lado del callejón de nuevas nubes de más carbón que cenizas. Aunque era fatal que en cualquier momento se produjera de lleno el encontrón, ahora, en verdad, aquello parecía día.

No pudo más la desesperada curiosidad del Cabo Pato que viboreando se acercaba clarito y que, cuando la distancia permitió que un susurro pudiera llegar a ser inteligible, cuchicheó:

—¿Qué hay mi Sargento?

Le respondió otro soplo:

—¡Lo que a usted no le importa!

Y el Cuervo siguió vichando tras el "bendito", con el Pato ahora como bosta en el suelo, mientras el Aves-

truz se arrastraba en procura de su sable y de su daga de doble filo, y que se iba diciendo:

—¡Qué lo pangarió! ¡Qué misterio más bárbaro! Se ve clarito que vamos a peliar; ¿pero con quién puta?

En tal instante, a cierta distancia, una sombra emponchada se desdibujaba al dar unos pasos y, así, perder el contraste con el fondo claro de la carpa.

—¡Mire usted qué cosa más grande!

Aquella sombra (1) se detuvo para empinarse en forma de quien observa con preocupación. Luego se encaminó en dirección contraria e hizo lo mismo, con el mismo sigilo. Después, se agachó esa sombra y recogió luego del suelo, para levantarse en seguida, como haciéndose comodidad, las haldas del poncho. Su mano derecha, entonces, inició corto movimiento circular, igual al de quien con un hilo hace un envoltorio.

Más que intrigado observaba y observaba el Cuervo... cuando una obscuridad llegada de todos lados lo envolvió al de la maniobra. Miró el Sargento Segundo hacia el cielo y calculó que el espeso nubarrón que cubrió la luna debía de tener quinientos metros, lo menos. Y le percibió de escolta, casi a las ancas, una bandada sin fin de otras nubes.

—Por lo menos un ratito la luna se va a dejar de joder —pensó.

Nuevamente de vientre en el suelo, se arrastró hasta alcanzar el refugio que el Avestruz dijo ser el del Tamanduá.

—¡Trompa Tamanduá! ¡Escuche! ¡Soy el Sargento Segundo! ¡Levantesé y armesé sin hacer ruido, Trompa!

Al tiempo que hablaba, ya otra vez estaba en cuclillas resguardándose tras el ranchejo, los ojos fijos en la distante, ahora más borrosa sombra que seguía empeñada en su misterioso trajín de liar alguna cosa. Así, y con el oído al Tamanduá, aguardó, suspenso.

Pero si en el "bendito" del Terutero las cosas habían quedado, lo dijimos, como si allí sólo hubiera un muerto, aquí parecía haber dos o tres hacía ratos.

(1) El Sargento Cimarrón, ya su mensajero Macá a todo galope hacia Don Juan, intenta ahora pasar un bulto con alimentos a la Mulita.

—¡Trompa Tamandú! ¡Despiertesé!... ¡Trompa! —subió un poquito la voz el Cuervo, la mirada mientras tanto, siempre fija en el distante Cimarrón.

Después de breve espera infructuosa, tomó una resolución. Renegando con mucho cuidado de que sólo fuera en forma mental, se echó al suelo, enderezó como ariete la cabeza contra la ramosa pared del "bendito", la atravesó y abrazó zamarreando al Tamandú que, en el desgarrón del sueño, se prendió a su vez del Sargento haciéndole crujir los huesos y tratando de ponersele arriba y ventajearlo. .

—¡Nos ha atacado la gavilla de Don Juan! —se decía cuando oyó que:

—¡Soy tu Sargento Segundo, canejo! —musitaba el Cuervo buscándole una oreja para ser escuchado sin alzar la voz, al tiempo que, estorbado por la mezcolanza de pilchas y de ramas, intentaba trabarle los brazos—. ¡Avisá si te vas a hacer el loco! —susurrábale al fin ya sobre un oído, viendo las estrellas en el dolor de la apretura y mezquinando el pescuezo para no dejarse ahorcar, mientras patalcaba la estorbante ramazón del ranchejo venido abajo—. ¡Serenate, muchacho, y reconoceme!

Por el aflojamiento —y muy a tiempo— de la terrible presión, el Sargento comprendió que había sido identificado. Entonces abrió también los brazos y ordenó, sintiéndose como con un cinturón de fuego en las costillas:

—Agarrá tu sable y tu pistola. La carabina, no. No habléis palabra, no hagás ruido con el sable... y seguime... ¡Pero con razón tenés mentas de forzado!

Apartando la confusión de ramas y varas y prendas del apero sobre la que se estuviera debatiendo, con cautela alzó el Sargento la cabeza para empezar a atrastrarse, ahora en retroceso y todavía dolorido, hasta el refugio del Soldado Avestruz. Éste lo había abandonado ya; y con su inmenso fatón a la cintura y con su sable estaba tendido de nuevo junto al Cabo Pato.

—¡Bruto misterio, hermano!

—¡Igual, nunca videl!

Al pasar junto a ellos jadeante y sudando a mares, el Superior recomendó:

—Quedensenmén quietitos, quietitos! —mientras se acomodaba la roja golilla, pues su nudo se había ido a la espalda en el reciente forcejeo.

De cuclillas otra vez en su observatorio, el Cuervo quedó contraído e integrado a la suspensión del campamento.

De los ronquidos sólo no se había apagado el menos áspero. Es que, a veces, basta con cambiar la posición del cuerpo para que uno ya respire mejor. Claro que, otras, si no se despierta no hay caso. Porque en ocasiones son las mismísimas angustias de la pesadilla las del trastorno. Uno sueña un desastre, se le contraen las narices y, entonces, queda sólo a cargo de la boca el dar abasto. Ahí, es de balde que el cuerpo del durmiente se revuelva. Jotas, erres y des brotan sin contención, en largos apelmazamientos. Hasta que, en lo más feo, viene la luz a la mente —única salvación—, abrimos los ojos y, aunque no veamos nada, es un consuelo. Se toca uno la pierna, la cara, lo que se tenga a mano, porque la cuestión es tocarse y ya se empieza a hacer otra vez ovillo, mimoso y como mimante, asimismo, y da en pensar que si esto o que si aquello... El respirar ni se siente. Hasta que pierde pie y ya es una boya, uno de liviano; de como el aire que entra y sale en silencio por las rendijas del techo y de la puerta y de la ventanilla y se mete en las narices.

Cuando resolló un tordillo a poca distancia del Sargento Segundo, éste estaba viendo que, allá lejos, las haldas del poncho habían caído otra vez de los hombros del Sargento Primero. Y así embozado de nuevo, él avanzaba hacia el Soldado armado de carabina que a la salida del pasadizo se paseaba en su guardia. Próximo ya al gacho y pálido resplandor del fogón, su figura se recortó muy nítida, de espaldas, detenido ante el ahora tieso centinela.

—¿Pero y éste qué va a hacer?

El Trompa Tamandúá, arrastrándose y aplastando pastos con la cabeza, ya se había incorporado al Cabo Pato y al Veterano Avestruz. Como sólo el "clase" sabía de qué se ocultaban, ponían los otros tres tanto empeño en hacerlo que para secarse el frío rocío de la cara ya estaban necesitando toalla.

—¿Qué pasará? —les dejó llegar otra vez el Tamanduá, tal como a la altura de las gramillas se levanta un vapor de nada.

—A un adivino le paso la posta —dijo el Cabo Pato. Y el Avestruz interpuso:

—¿Pero para qué caray tienen la cabeza ustedes?

Al hablar así introducíansele cosquilleantes pastitos en la boca al Avestruz, de tan rente con la tierra que se hallaba tendido. Se interrumpió. Alzó lo suficiente el pescuezo para librarse del engorro y siguió:

—Vamos a prender al Macá, que se ha escapado al arroyo. Es loco por el pescado a las cenizas, y esta noche lo que va a sacar es una estaqueada tamaña.

—¡Ah, no, m'hijito! ¡Así, le errás a una casa! Esto es mucho despliegue para una cosa de morondanga. ¿No hallás, Tamanduá?

El interpelado no oyó al Cabo Pato, pues por su cuenta exclamaba en ese instante:

—¡Pah! ¡Aquél es el Sargento Cimarrón! ¿Qué me...?

Calló. A rastras siempre, y por detrás, el Sargento Segundo habíaseles acercado otra vez.

—Si yo doy orden —musitó—, hagan fuego al que sea; ojo, al que sea, y en seguida hechan mano al sable. No tenemos que balearnos nosotros mismos en el entrevero. —Y agregó, de súbito asaltado por una grave desconfianza, pues demasiado sabía que la tropa a él no lo quería y al Sargento Cimarrón, sí—: Y no me dejen solo, canejo, miren que la cosa no va a ser juguete. A mí ustedes me hacen obispo y mañana el castigo que les encajan es el de los cuatro tiros. El Soldado no tiene que andar pensando; lo que tiene es que obedecer ciego. En eso es talmente un civil.

También empuñaba la pistola. Y amartillada,

—Bueno, siganmén. Y cuidado de no llevarse por delante los maneadores y alborotar los matungos.

A quince o veinte metros escasos de la salida del pasadizo, entre los yuyos, estaba plantado un "bendito". Hacia allí era preciso deslizarse para observar a cubierto desde cerca. Casi por señas el Cuervo había recomendado otra vez que estuvieran callados, no fuera cosa de despertar al usufructuante del refugio. Y, su uniforme ya hecho sopa por el rocío, encabezó la arastrada. El

matungo tordillo, conservando siempre la distancia, los siguió agobiado, mascando.

Llegados al ranchejo, el Sargento Segundo se arrodilló tras él, todo ojos, todo oídos. Y empezó a ser embargado por una creciente dicha.

—Si no asciendo de esta hecha...

El Sargento Primero cuchicheaba con el centinela Flamenco, quien poco a poco se iba recobrando de su adormilamiento.

—Sí, tengo un pálpito teo, mirá. Dejá la carabina y te asomás a la Picada del arroyo. Para mí que las guardias duermen a pata suelta hasta las barras del día, como si estuvieran hospedados en una fonda. Vos no te hagás sentir, ¿sabés? Vos observá bien... y después te venís tranquilo con el "parte", que yo me hago cargo de la guardia. ¡Dejá la carabina, te digo!

El Cuervo apreció cómo el Soldado Flamenco depositaba en el suelo su arma, cómo hacía la venia y cómo se dirigía lento y agachado hacia el bajo; y vio al Cimarrón quedar inmóvil, observando con fijeza el alejarse. Cuando —avivando primero el rojo de sus bombachas y el azul de su chaquetilla al cruzar junto al fogón; desvaneciéndolos en seguida al distanciarse— el Soldado se perdió en lo obscuro, tendió el Cimarrón una mirada escudriñante por el contorno. Después, alzando la derecha del poncho sobre el hombro, se encaminó al pasadizo. Volvió a mirar alrededor una vez allí, se asomó y, perfilándose, movió varias veces el brazo en amplio voleo, como para tomar impulso y arrojar por la estrecha abertura algo que tenía en la mano.

—¡Va a tirar lo que hoy estuvo envolviendo! —se dijo el Cuervo adelantando un poco la pistola y haciéndose arco para disponerse al salto. Sin respirar, con los ojos hincados en el Cimarrón, esperó a que éste volcara el cuerpo hacia adelante en el envión final. Entonces apretó los dos gatillos y, con el relámpago que se dilató, y con el doble estampido, se abalanzó a los gritos.

—¡Entregate, traidor! ¡A ver que tenés ahí! —y bajó como un resorte la cabeza. Venida de atrás, silbando, había pasado una bala.

—¡No les recomendé que tuvieran cuidado conmigo, gran siete! —rugió sin detenerse ni tornar la cara—.

¡No tiren más, ustedes, canejol! —Y arrojando la meante pistola ya sin aplicación, echaba mano al sable. ¡Arma blanca, no más! ¡Y apurensén!

Ya su hoja fue bien parada en "quinta" por la de espada del Sargento Primero Cimarrón quien, dejando caer el bulto del misterio, simultáneamente la había agarrado buscando situarse de espaldas a las piedras, mientras con su mano izquierda trataba de sacarse de encima el gran estorbo del poncho para enrollárselo al brazo para hacerlo escudo.

El Cuervo advirtió el juego. Por eso empezó de puñal y hacha sin darle alce, a fin de no concederle aquella grande ventaja. Pero, entonces, pareció desistir de esta maniobra el Cimarrón porque su brazo izquierdo volvió a bajar, volvió a desaparecer otra vez en el "patria", y adentro del poncho se hizo un fuerte resplandor cuando le puso las botas como de día y, en seguida, casi juntas dos detonaciones estallaron en la noche.

Voló el quepis del Sargento Cuervo. El Soldado M. Pelada, que todavía adormilado le llegaba por atrás, tan despierto quedó como a media mañana al sentir quemadura del roce de una bala. La ahora inútil pistola cayó a los pies del Cimarrón. Su mano ya libre, mientras la del sable zigzagueaba a lo relámpago, volvió a aparecer otra vez, en su insistencia por retirar el poncho.

—¡Busquelé por la derecha, Cabo Pato! ¡Y ustedes do por la izquierda! ¡No me lo dejen sacarse el poncho!

—¡Vengansén! Ahora la cosa es conmigo! ¡Ahora no es con unos pobres infelices!

Al vociferar así, el Sargento Cimarrón echaba espuma. Previo a cada paso, sin bajar la vista porque los ojos los tenía sobre los ojos atacantes, tanteaba el suelo con un pie, reconociendo la condición de su terreno.

—¡Vengansémén!

Se sacudía espléndido el Sargento Primero, la cara crispada por la rabia. Atajándose sin recibir alce la lluvia de espejeos, aprovechaba el menor claro para deslizar la punta de su espada hacia adelante y volverse veloz a atender a la irrupción del peligro que, por arriba, por los costados, por abajo con pertinacia lo asediaba.

Cuando, demasiado lejos, el acero no podía acudir a tiempo a la "parada", su defensa era un quiebro. Quiebro.

sí, o el veterano saltaba; y entonces, claro, daba en el aire el encono de hender.

Hecho resorte se encogió el Sargento Primero; y así, un tajo de revés dirigido al pescuezo, le siguió de largo sin ni rozar la chaquetilla. A su vez, casi simultáneo, el Sargento lanzó una estocada hacia la guardia abierta del no tan diestro atacante, centelleando los ojos a los lados para vigilar riesgos de los flancos... Pero el poncho obraba de tremendo impedimento. Hasta entonces no halló un instante en que, de un sacudón, pudiéramo pasárselo por encima de la cabeza y librarse de él. Eso era, sin embargo, lo perentorio. Después, veía el modo de poder recogerlo y envolverlo al brazo izquierdo.

En el momento en que el Cabo Pato, ciego por la encajadura del quepis hasta el cogote, rodó entre los yuyos de un planchazo, ahí, en el mismo momento, el Cimarrón, buscando aire a resuellos como ávidos mordiscos sintió la primera herida. Casi en seguida, una mancha de sangre apareció en el poncho, se acentuó y comenzó a extenderse desde el hombro, tomando un poco hacia atrás, asimismo, hacia la espalda. Al Cimarrón esto lo enardecía más...

¡Pero fue una gran lástima, Sargento Primero! En la ceguera de la ira que el áspero dolor te produjera, se te acentuó el orgullo de estarte contemplando, ¡al fin!, en la realización de una hazaña de las que sólo tu imaginación te proporcionara hasta aquí para permitirte vivir en paz contigo mismo en tu cotidiana vulgaridad. E intrépido dejaste la piedra que tan bien podía proteger tu retaguardia; como tajo te hundiste temerario, Cimarrón, entre los fulgores y chasquidos de los sablazos, provocaste un desparramo y te erguiste, igual que sobre el escenario de teatro inmenso, justo al pie de una simultánea escurridura de luna...

Mas, ¡ah!, sin pérdida de tiempo el Sargento Primero Cimarrón debió tornarse y quedar, ya para siempre, ya hasta el fin, de frente al pasadizo, lejos de su defensa, ahora. Era que los implazables le ganaron de atrás, más pronto que ligero.

Tal como al alborear el día el cerro descansa toda su sombra sobre la llanura y, entonces, parece que es ésta la que se ha empinado hasta aquella altura y que no hay dos cosas sino solito una dentro del vasto horizonte...

y después va creciendo la claridad, aparece el sol en su ascenso y, cuando quiere acordar, ilumina justo desde arriba, justo desde arriba y, entonces, el cerro queda en tanta soledad que parece un abandono avieso el que han cometido con él, así, así estuvo ya el anciano que, de espada en alto, midió toda la magnitud de su funesta torpeza. Pero no se acoquinó. Por lo contrario, un feroz orgullo lo tomó por entero. Porque su imaginación le acudió y trastrocó con maestría la realidad para convencerlo de que la pérdida del resguardo de la gran piedra fue deliberada; pues al aumentar los riesgos, él ejercería más exhaustivamente su capacidad heroica. Y ya no pensó más —justo cuando la luna se ahogaba otra vez entre macizos nubarrones— y se lanzó en una estocada a fondo... que cuerpeó el Sargento Cuervo viendo insuficiente su parada en "segunda", para ir a costalar en lo obscuro contra el Trompa Tamanduá. Pero éste, afirmándose en los pies, aguantó con todo el cuerpo el contronazo y le hizo eficaz sostén. Y al Segundo le quedó la cabeza mirando para atrás de un sacudón interior, por efecto del llegarle lo que resultó en seguida el borbollón de gritos, sombras, luces en espejos.

—¡Qué hay! ¡Qué hay!

Acudían desde sus ranchejos, machete en mano, más milicos, aún asediados por la soñera, entre sentadas de mancarrones al tropezarles en los maneadores o al darles en el propio bulto; aún sin lucidez saltando sobre el fogón y, alguno, hasta pisando tizones en su apuro por acortar camino... Entre botas o pies descalzos rodaron lejos dos calderas llenas de agua todavía tibia. Entonces, empapados, los pastos tal vez pudieron creerse que ya soportaban encima heridos graves. Al incidir en el fulgor de las brasas, las bombachas militares recuperaban un instante su siniestro color de sangre y volvían a confundirse con la opacidad de todo lo que quedaba fuera del espacio donde la luna, siempre, siempre apurada, ahora de lleno conseguía otra vez darse.

—¡Es un desacato del Jefe! ¡Se ha desacatado!

—¡Qué escándalo!

Delante avanzaba el Cabo Lobo, el sable a medio desenvainar en la irresolución de su sorpresa.

A mitad de camino, el veterano Soldado Avestruz, que venía comprobando que él no distinguía bien en

aquel entrevero, tuvo una idea. Ejecutándola, del atado de ramas yacente a un lado del fogón arrojó en rápida selección a las brasas un montón de las más delgadas. Siguió corriendo, sí, pero dejando atrás, ahora, crepitación, chisporroteos y, en seguida, unas vivaces llamas que se alzaron blandiendo entre ellas, asomadas al mundo con alegría.

—¡Pero gran siete! ¿A quién se le ocurrió? ¡Así nos encandilamos todos!

El anciano Avestruz se paró en seco; mas no por el tono de la reprimenda, ya que entre tamaño embrollo el causante de la flamígera perturbación quedaba en el anonimato. No. Lo que produjo su pasmo fue como una visión de pesadilla, sólo del sueño, y que dura poco porque, precisamente, en seguida provoca el despertar. Quien estaba haciendo frente al destacamento y, por consiguiente, con quien él iba a tener que cruzar su ya desnudo machete de punta rota, era, era, no más, su amigo viejo; ¡era su aparcerero Cimarrón!

—¡Barbaridá! ¿Pero qué es lo que ha pasado en un ratito? Pero... pero...

Allí, recortándose nítidos todos porque la luna, como adrede, apartó las nubes, dije, y estaba bajando otra vez la luz a raudales sobre el campo, el Sargento Cimarrón, con el vientre ahora también manchado de sangre, se había convertido en el protagonista de uno de sus infundios. Gracias a la experiencia adquirida en tan constante abordar al tema en sus mentiras, ya llamaba falsamente la atención con un astuto movimiento de piernas, ya atajaba golpes y estocadas en fatigante aumento, para lanzar como rayo sus respuestas, cuidadoso de no resbalar en el rocío desplazábase un ancho trecho cuando lograba zafarse del asediante sablear; uno tras otro desataba vertiginosos molinetes. Y al fin, consiguió pasarse el poncho por sobre la cabeza y enrollarlo en el brazo, aunque a medias debido al tanto apuro. Arrebatado entre sus pliegues, el quepis había rodado en el pasto. La testa del desponchado, pues, surgió por entero al descubierto y le imprimió así mayor solemnidad augusta a toda la figura.

—¡Aquí estoy! ¡Aquí está el Sargento Primero Cimarrón! ¡Mirenlón bien quién es! ¡Mirenlón!

Semejante a cuando sobreviene, no se sabe cómo, uno de esos pamperos brutos que, aún hasta cuando no llega a hacer volar el techo, aún estando la puerta y la ventanita con sus trancas, a uno le hace resultar lo mismo que hallarse sentado arriba de un cerro porque se le mueve hasta la ropa puesta; tal como si uno, debido a no llevar bajado el barboquejo, clava nazarenas al flete y, sofocado por el poncho, no consigue acortarle distancia al sombrero que se va a los tumbos entre el polvo y nubes de hojas y yuyos secos; así quienes a los saltos acudían perdían en el camino la conciencia de su responsabilizante condición de milicos. Con la gran diferencia de que ellos no se daban cuenta. Y muchísimo más lejos les iba a parar la noción al sujetarse delante del furibundo remolino de impetuosos hachazos y de lisas tiradas a fondo; de esquives capaces de descoyuntar, de bombachudas piernas rojas que se fundaban con el peso de la piedra en la gramilla o en el playo de la entrada de la casa del Peludo, y que, de súbito vueltas elástico, iban a dar por el aire a otro sitio —como ahora saltó el Soldado Águila—, mientras las sombras de los combatientes hacían por propia cuenta su pálido juego sobre el pasto en molinetes, en francos sablazos sin ruido. Tamaño estupor se debía a que aquello tan, tan semejante a los desaforados embustes del Cimarrón (mas testimoniando ahora con sangre su verdad), mostraba en el mismísimo Sargento Primero a su personaje decisivo, de nuevo atenuada en este instante su imagen por el arrebujiamiento de tinieblas que la ocultación de la luna provocó otra vez.

—¡Pero mirá vos qué nene había resultado el maragato!

Engrosando, pues, los rezagados el irregular semicírculo (que de haber buena iluminación —el brazal que arrojó al fuego el Avestruz duró una nada— presentaría una banda roja en su parte inferior: las bombachas de reglamento, y azul en la superior: las chaquetillas militares, y coronado con un fulgor apagado: el brillo aquí y allá del hule en alguna visera de los quepis), presa el conjunto espectador de encantado pasmo superpuesto en seguida por una irrupción como de bruces del entusiasmo; ya retrocediendo en conjunto los Soldados recién aparecidos e inactivos para dar sitio a los desplazamientos

del desigual combate, en otras ocasiones adelantándose en barrera de reñidero con el afán de no perder detalle bajo el engorro de tamaña intermitencia lunar, el milicaje que seguía llegando trataba de ubicarse donde lo mejor posible se apreciara el cuadro, sin siquiera preguntarse la razón de tal desbarajuste. Es que la natural curiosidad había quedado a modo de una mata florida en oportunidad de que el huracán se le descuelga con la copa descujada de un árbol o con la batea de lavar o con el zarzo de los quesos, en la rejilla trabado todavía alguno de éstos. Los policianos, su avezada vista sin los velos del parpadeo, apreciaban este espectáculo como a algo en sí mismo; igual a como la gente de la ciudad va al teatro, se sienta al fin en la silla que debe y no se va a estar preguntando quién hizo la obra ni para qué diablos la hizo: la ve con la atención arrebatada... y sanseacabó.

Allí, ante el hogar inútilmente roquero del finado Peludo, donde, si hubiese Justicia en el mundo, un muy merecido descanso dulce debiera estar posado a esas horas sobre su sobrina, la Mulita, allí se estaba tirando a matarse a sí misma la Autoridad del pago. Allí, hecho resorte, el propio Jefe de un destacamento daba sablazos y planchazos sin hacer distinción alguna entre milicos y "clases"; y para éstos, a su vez, era como si no estuviesen viendo aquel uniforme y aquellas jinetas.

Con el encender y el apagar de los bichos de luz que estrellaban el bajo aire negro de los pastos, así, de igual manera, antiguas palabras, en las que en su oportunidad ninguno creyó, se evocaban, por su cuenta ahora, y convincentes en las mentes con fiebre de los presenciadores: "Entonces, muchachos, me abrí paso entre los sables. Éste que ustedes ahora ven aquí como si nada, muy mansito en su vaina, allí lo vieran despedir salpicaduras de sangre en sus molinetes"... "¡Parece, Sargento Segundo Cimarrón, no nos mate a los tres, que nos entregamos los tres!". "Soldados y Clases, yo, como Jefe Político, me he costeado a venir para traerles yo mismito a este nuevo Sargento Primero, porque es como hijo mío...". "Si no estamos confundidos con la cerrazón que hay, y usted es usted mismo, nos rendimos. Si no, no. Así que ya sabe; hable claro"...

Tal como cuando el que una mañana ha llegado al pueblo y para en la misma fonda que los del Circo, asiste por la noche a la función y allí, desde el no muy seguro alto escaño que exige estarse sin moverse, reconoce uno a uno a los de la farándula y siente a la vez que son otros, y ve que la tan linda que como soñando camina sobre el alambre es ella y no es ella, y son y no son ellos mismos aquellos que tras las renegridas barbas atadas con visible piolín a la cabeza entran a la pulpería de papel al son de sus espuelas nazarenas, y encima, todavía, descubre que el maricón payaso que recibe las palizas durante toda la noche es, sin embargo, el mismo, el mismísimo que los manda a todos y a quien ninguno chista cuando están comiendo en la larga mesa de la posada porque por cualquier cosita se pone que es un ají, así, bajo estado de ánimo semejante, en vez de lanzarse a la acción, el núcleo policial llegado con retardo era todo ojos como ruedas de carreta, todo actitud expectante y mente insujetable. Es que realmente embelesaban aquellos casi dar de espaldas contra el gentío para salvarse del golpe a partir; el fulgurante dar y recibir de los aceros tan en vértigo que la vista más avezada —¡la tuya, Soldado Águila, por ejemplo!— a veces no descubre si este venir de cierto sable es el del que recién fue o es el de otro machete que nada tiene que ver con él; y esos quiebro de desconyuntado, aquel inesperado aparecer de una hoja para interponerse en el momento de llegar el filo ajeno en busca de hender hasta el hueso; los —ahora por bastante lejanos— difíciles de distinguir amagos en falso, a los que de súbito seguía el ansioso golpe verdadero lanzado a lo relámpago. Y otra vez —casi encima de los mirones— un resbalón, sin tiempo a reincorporarse bien, del Trompa Tamandúá, en seguida defendido con trabajo por el apresurado pare y pare y dele de abajo a arriba de su sable, para estupefacción mayor, él solo, ese Cimarrón viejo solo contra todos...

Como legítimo galardón de su primera hazaña sin saberlo esperada tantos años porque él quería que lo quisiese todo el mundo, el viejo Sargento Cimarrón avanzando, retrocediendo en medios giros a derecha o a izquierda, lanzando en chicotazo la punta del poncho sobre los ojos enemigos, se daba cuenta de la admiración que estaba sosteniendo y que hacía crecer, si cabe,

en quienes, por obra de la estupefacción, ya no eran sus Soldados... ni Soldados de nadie, en ese momento, seamos francos.

—¡Los estoy dejando pasmados conmigo!

Lo que a los brincos y sudando a chorros desgraciadamente no advertía el del brazo sin tregua y saltos atrás o hacia adelante o a los costados, era algo que también se tragó el Soldado Mao Pelada, ahora recostado a un sauce en el colmo de su embeleso, hasta que se lo hizo notar, muy por lo bajo, quien estaba delante de él, asimismo con cada ojo como boca de horno: el retacón Cuzco Overo.

—¡Che, Mao Pelada, fijate! El Sargento Segundo, el Tamanduá y el Gavilán se le van de alma: pero lo que son el Cabo y don Avestruz, éstos no están más que jugando a las barajadas.

Recostándose de lado a su interlocutor, como parejero que se rasca en el palenque, cosa de que no lo oyeran los demás, el Soldado Mao Pelada comprobó la observación del Soldado Cuzco Overo. Entonces exclamó iluminado:

—¡Mirá que bien! El Cabo Pato y don Avestruz le están tirando solito por cumplir... ¡Pero mirá qué divino, Cuzco Overo!

En efecto: en ese momento, como manejando chispas, acosaban apurando el Sargento Segundo y el Soldado Gavilán, mientras el Trompa Tamanduá se detenía para tomar resuello, y aprovechaba a pasarse por la cara la roja golilla. Al aparecer también urgiendo, otro machete ya se alzaba casi por detrás de estos tres, evidentemente decidido a abatir su filo lleno de siniestras melladuras sobre la canosa cabeza descubierta del Cimarrón, cuando el acero quedó amagando en el aire negro y perdió tiempo... Es que quien lo empuñaba, el anciano veterano Avestruz, había ido experimentando como una lástima, empujada desde el fondo de los años por su fraternal convivencia en el Servicio: primero, un tiempo en la Comisaría del Queguay; después, tres o cuatro, tal vez seis o siete años en la Comisaría del Arerunguá, él siempre de milico raso pero el Cimarrón ya con la "escuadra" de Cabo... Y después... "Hermano ¿pedimos la baja y nos vamos para el Sur? Hay que conocer mundo", "Bueno, meta"... Y su mente, hecha el hirsuto pajonal de un bañado donde empieza la cerrazón, sen-

tiase de a poco ganada asimismo por muy creciente admiración. De ahí que, al principio, no tirara a dar por la piedad que el viejo cariño le ponía adelante; y, ahora, porque le pesaba el brazo algo más enérgico: la sensación de respeto impuesta por el admirable que les sableaba al frente.

—¿Pero está herido, viejo? —oyó el Avestruz que quien ahora combatía a su lado, el Cabo Pato, le preguntaba con inquietud.

Retrocedió un paso el Avestruz, así ayudando a mejor atajarse en “quinta” un golpe de su Sargento Primero que si le agarra la cabeza se la raja; después, balbuceó a tropezones, con el sobresalto de llegar a delatar su voluntaria inoperancia:

—¡No! Unos tironcitos o cosa así, mi Cabo, en el cogote. Como de “aire”, no más, hermano.

Y detrás de unos adrede inútiles, ¡claro!, molinetes furibundos, se alejó del Cabo. Mas su interlocutor había maliciado todo. Blandiendo también veloz, y también sin dirección, su sable ya lejano del sable enemigo; cuidadoso, eso sí en serio, de no resbalar en aquel suelo vuelto jabón por el rocío, y sumergido otra vez en aquella semi obscuridad que acentuaba su negrura con el punteo de los bichos de luz, buscó, siempre en actitud combativa, de acercarse de nuevo al viejo Avestruz, cual si hubiera sido tocado en su amor propio. Cuando estuvo al lado, musitó como en Iglesia, bien bajito y sin mirar:

—¡Dejesé de “aires”, que no soy bobo! ¡Si ya tampoco le estoy tirando a dar! Pero tenga ojo, no sea que se den cuenta.

Ante una amagada del Cimarrón, echó un salto atrás y agregó en susurros:

—Pero salvación no tiene. Y si desertamos usted y yo y nos pasamos a él, nosotros tampoco la tendríamos. Sería un escándalo al santo botón.

—¡Claro! Pero si nos hubiéramos podido apalabrar con los compañeros...

—¡Claro! Así, de sopetón... usted ve que...

—Con tiempo, el Segundo quedaba, uniquito, como la luna.

—Como el ombligo, mejor dicho en este caso.

Estos disimulados cuchicheos fueron advertidos por el Cimarrón y lo pusieron sobre aviso. Receloso, pues, mientras atendía al Soldado Tamanduá que ya había descansado, quedó a la espera, por el lado de sus compañeros, de alguna aviesa maniobra sorpresiva. A cada instante atajándose con el poncho o con el sable, y devolviendo de alma —el Sargento Segundo era un remolino y, por su parte, el Soldado Tamanduá, dije, estaba otra vez fresquito—, ya no dejaba de lanzar furivas miradas hacia los tristemente incomprendidos Cabo Pato y Soldado Avestruz, ¡su aparcerero viejo! Precisamente por ser el sector de ellos el menos agresivo, pensó el Cimarrón que ambos estaban haciendo acopio de fuerzas, y que lo que en los cuchicheos habrían fraguado se iba a producir de un momento a otro; tal vez cuando lo consideraran más extenuado. Convenciéndose de que, aunque no tenía inteligencia, por veterano el Avestruz se le vendría con alguna treta, ahora le costaba atinar a la vez al combate (el Tamanduá era lento, pero sus golpes parecían garrotazos a pesar del resguardo del poncho) y a una amargura que abrió su tétrico resplandor frío derramándose en él. No de su parte, por cierto, pasase lo que pasase, sino del lado de su entrañable amigo Avestruz, creyó que el vínculo que juntos fueron trenzando en tanto quererse tantos años acababa de ser cortado con tajo desgarrante, como hecho a cuchillo mellado. Ahogado por la acongojante, falsa comprobación, al ver venírsele por su izquierda al Tamanduá, al Segundo Cuervo, al Gavilán, dio un salto atrás el Cimarrón al tiempo que sintió el ardor de un nuevo rasguño en el brazo, y se alejó de las fulgurantes puntas de tanto sable.

En la brusca tregua que se hizo, porque también los demás, bajas ahora las armas y expectantes, aprovecharon aquel resuello y echaban mano a las puntas de las rojas golillas para enjugarse el sudor, el Cimarrón se secó la frente con el propio brazo emponchado. Su mirada intensa, de fiebre, apagósele un instante sobre el veterano Avestruz. Por suerte éste no comprendió el sentido del triste cabeceo de reproche —¡tan injusto!— que quedó tras aquella mirada perdida en lo obscuro, a mitad de camino. Menos pudo oír, porque no pasó la jadeante boca, el doliente:

—¡Vos también en contra, hermano! —del Sargento Primero Cimarrón.

Lo que el veterano Avestruz vio claro —y le obró como tranquilizante porque él estaba en ascuas— fue que su aparcerero viejo, de golpe, se había dado cuenta del peligro de tener un tala atrás; y que, a objeto de separarse de él, y de tener las espaldas libres para retrocesos esquivadores, se debió su lanzarse otra vez de punta y hacha sobre el resollante grupo cuyas espadas otra vez se alzaron, instintivas, mientras las piernas abríanse otra vez y los pies otra vez se apoyaban, recelosos, en el resbaladizo suelo que el rocío hacía brillante y helaba más y más. . .

—¡Adiós, mi plata! ¡Qué fatalidad!

Alguien, imprudente, (el soldado Avestruz) así exclamó entre el espejeo de los machetes y mereció tamaño codazo del Cabo Pato, su vecino. Fue que, cuando el héroe, amagando al Cuervo un ponchazo por la derecha, le lanzó con todo el peso del cuerpo un mandoble y lo trajo abajo ya de ojos cerrados, sin espada y agarrándose el hombro, en ese instante el Trompa Tamandúá, ahora entre el Cabo Pato y el Soldado Avestruz afirmó bien la pierna izquierda y se mandó de punta. Alcanzó a esquivar el Cimarrón ladeando la cabeza, y a la vez tuvo que atajarse con el poncho un golpe imprevisto del implacable Soldado Gavilán; pero al erguirse cuan largo era, le apareció una raya roja a un lado del pescuezo. Pudo enjugarse con el envés del puño que sostenía la espada, sin dejar de oponer el brazo emponchado a la insistencia del Tamandúá. Después, ebrio de orgullo ante aquel nuevo dolor de latigazo, como el enhiesto gallo clarinea a la naciente aurora —más que viéndola a ella viéndose él desde la cresta hasta los espolones—, en otra imprudencia grande e injusta, saltando atrás dos pasos para que lo contemplaran bien y para buscar, a la vez, respiro, gritó por entre la ancha sonrisa manchada de sangre:

—¡Hagan entrar las reservas, no más, que son pocos! ¡Ensañarse con un débil, parece mentira!

Y llevándole la carga al Soldado Mao Pelada que, con el sable bajo, junto al Cuzco Overo sonreía extasiado

sobre sus botas de potro, pensó el Sargento Cimarrón en su ya lejano Asistente Macá (1). Entonces:

—¡Pucha, si me estuviera yendo... no cree! —se dijo.

Entre el reiniciado ir y venir de los aceros, cuando otra vez iluminaron chispas, e igual a lascas otra vez saltaron chasquidos, una voz, oscilante como llama de candil sin reparo, la del Sargento Cuervo, surgió desde su charco de sangre:

—¿Y cuándo, canejo... van a entrar los de atrás? ¡Hagan, hagan fuego, caray!

Otras palabras del Sargento se perdían arriba de la hemorragia cuando alguien, despacioso, como sin muchas ganas, se adelantó del grupo de arrobados mirones:

—¡Den lado! ¡Sí, muchachos, esto ya no tiene vuelta! ¡Es un papel para todos nosotros!

Era el Soldado Águila con la pistola amartillada, cojeando aún del pie que, cuando todavía soñoliento acudió a la refriega, había chantado en el brasero del fogón.

Y ya a diez pasos de los resollantes:

—¡Échense atrás, señores! —pegó el grito.

Haciendo lado, el Cabo, los Soldados Tamanduá y Avestruz retrocedieron, pechos y vientres como fuelles, bajos los sables. Más lejos, el Soldado Gavilán, que engegucido en el ataque fue el último en advertir la nueva intervención, saltó como mordido, a su derecha.

El de la pistola, entonces, quedó frente al que sangraba por cuatro heridas y por la roja maraña de rasguños desde la frente a la barbilla...

Aspirando a bocanadas, el Cimarrón le clavó los ojos. Tal vez su ex subordinado podría errarle si le tiraba urgido, aunque fuese a quemarropa, barruntó. Y para abalanzarse a lo toro tomaba aliento, cuando el ejecutor, horizontalizada la pistola, ya cerró un ojo.

Resonaron dos estampidos. El Sargento Primero se paró en seco al iniciar su atropellada. Y, como clavado por los pies, quedó meciendo el cuerpo. Sus ojos se entornaron. Pero volvieron a abrirse de par en par, en una intensa mirada que se le acertaba incontenible por

(1) Con un mensaje del Sargento Cimarrón para Don Juan, a esas horas el Asistente Macá había encontrado a un grupo de sus parciales: el Zorrino, el Carancho, el Chimango, el Lechuzón, el ex-Recluta Carpincho, y con ellos galopaba hacia el monte.

más que quiso mantenerla proyectada hasta bien lejos de sí, porque diciendo:

—¡Mirame, Macacito! —buscaba a su Asistente' entre el insólito desbarajuste a obscuras que se le hizo en la mente.

Hubo una pausa. El Cimarrón dejó caer para siempre el poncho lleno de tijeretazos. E igual al trueno, que no por distante pierde su imponentia sobrecogedora, rugió con voz que se le apagaba, mientras trastabillando se precipitaba hacia adelante:

—¡Vení, que te llevo conmigo!

La mirada ya casi a ras de los ojos, con un agolpamiento del resto de sus energías, el sable del Sargento Primero Cimarrón, que despidió hacia atrás una salpicadura de sangre al abatirse, partió como a sandía la testa del Soldado Águila, para dar luego contra el pasto seguido por su vieja vaina y por su propio dueño, bajo la luna ahora desnuda y tanta estrella.

Recién, recién fue escuchado un griterío que venía acercándose y que, ahora, empezó a adelantarse con fregonazos y estampidos. Pero el instintivo crispamiento sobre empuñaduras y culatas que a eso sobrevino en los de aquí, se aflojó en seguida. Quienes llegaban eran los de una de las guardias —la del Paso—, acudiendo a todo lo que daban y que, ya cerca, con tiros al aire hacían advertir su incorporación inminente.

Interrumpida a mitad de camino su misión al oír los primeros estruendos, tornaba el Soldado Flamenco, también del bajo, con la cabeza hecha un volcán. Y juntando aire se paró al lado de un ceibo, con la estupefacción del que sorprende fantasmas en esas cosas suyas que no sabemos qué son; que abren la boca y no hablan, que “cortan” por arriba del pasto y a éste ni se le agacha siquiera una hojita, y que, por más viento que sople, los blancos mantos de ellos parecen encerrados en la vitrina de una tienda.

Cuando dicho Infante sintió que comprender lo que estaba viendo era imposible, iba a incorporarse a quienes se precipitaban hacia los yacentes; pero cierto roce pesado le hizo darse vuelta de un salto, mano al sable y sin poder evitar el vuelo del quepis. Era su tordillo viejo rascándose en él, buscando mimo. La cabalgadura lo miró fijo del asombro, pues siempre que venía a

mano se refregaba en su dueño y éste se quedaba quieto, en vez de pegarle ese grito que le pegó:

—¡Usté ha arrancado su estaca, caracho!

Sacado de su pasmo, el Soldado Flamenco recogió su quepis y pudo atropellar hacia la remolineante montonera de milicos.

—¡La del pecho no es nada! ¡Liguenmén la pierna, que es un chorro! —pedía en el suelo el Sargento Segundo con voz que se acababa—. ¡Quemen bien un trapo y taponeenmén! ¡Murieron todos?

Uno de los recién llegados, de tan servicial que se había puesto, dejó su curiosidad para después y corrió hacia el fogón desanudándose la roja golilla, dispuesto a hacerla cenizas.

Mientras tanto, a los pies del cadáver del Sargento Primero, los quepis a la nuca, jadeaban chorreando sudor el Cabo Pato y el Soldado Avestruz y el Trompa Tamanduá.

—¡Pero y qué me decís de este caudillo? ¡Tanto inventar hazañas y no precisaba! ¡Y hasta se quedaba corto!

—¡Sí, el maragato era un guapo!

Al exclamar esto el Tamanduá se sacó la golilla y empezó a enjugar el hombro de su interlocutor, el Cabo Pato, tratando de entreabrirle la chaquetilla para averiguar hasta dónde había ido el tajo.

El herido se resistió.

—¡Dejate de partes! Es una bobada de nada. Lo que me ha abombado es el planchazo en la crisma. Me amagó como para que yo lo parara en “tercera”... y caí en la bobada y... ¡Pero vamos a atender al Sargento Segundo, che!

Y en vista de que el viejo Avestruz se mantenía inmóvil, tan inmóvil como la sonrisa de éxtasis que inclinaba sobre el muerto, le dio un codazo.

—¡Vamos todos, don, que es un papel!

Conseguían entre los Soldados Flamenco y Gavilán bajar al Sargento Cuervo sus rojas bombachas y los calzoncillos aparecidos después, y más engorrosos de retirar porque no daban con los botones de su pretina. El Soldado Cuzco Overo, en la mano un sobeo, aguardaba impaciente. Se agachó con premura, entonces, y ligó la flaca pierna por encima de la herida hecha bor-

bollón. El Voluntario Terutero, al advertir que los nubarrones otra vez no le dejaban ver nada, por su cuenta había corrido a la carpa. Ahora regresaba con tamaño velón de sebo prendido.

—¡Si sabré que con ligar no se saca nada! —comentó con suficiencia, colocándose cómodamente en cuclillas y protegiendo del viento con el sombrero el pabito hecho estrella sobre el pasto—. Hay que ponerle trapo quemado. ¿Pero qué hacen que no traen trapo quemado de una vez?

—¡Lo hubiera ido a preparar usted, so meterete!

—¡Aquí llega, aquí llega el trapo quemado!

—Baje esa vela, que no la tendrá, yo digo, para que lo vean a usted. Y vaya uno a traer caña de la carpa.

Así dijo en cuclillas el Mao Pelada. Como le hacía sombra la visera, arrojó su quepis, tomó el tufiento trapo al comedido —que por ser de los que cortaron campo desde la guardia del bajo estaba de barro hasta la cabeza—, se puso de rodillas y empezó a taponear manchándose de sangre la mano y el cinturón y parte de su chaquetilla y de las bombachas.

—¡Acerque más esa vela, caray!

—¡No, así no! ¡Metaseló a dedo, hermano...! Mirá, retirete y dejame.

Era ahora el Cabo Lobo, a cuya resuelta intervención dio un quejido el Sargento Segundo y entreabrió los ojos.

—¡El bulto! —murmuró con voz de gorgorito—. ¡El bulto, muchachos!

—¡Quedesé quietito, Segundo!

El Cabo Lobo ayudó al Tamanduá a dejar en tierra, con más cuidado que si fuese de vidrio, la pierna ya taponeada.

—¡El bulto! ¡Es que allá... allá... hay un bulto, muchachos!

—¿¿El qué??

—¡A ver... qué era el bulto, les digo!...

—¡Entró a disvariar!

—¡La caña, ligero, que se nos queda! ¡Traigan para rociarlo y darle un trago! ¿Pero quién pucha fue a buscar la caña?

Se incorporó furioso ese Cabo Lobo y chasquearon sus espuelas.

Una voz le subió de entre las sombras en cuclillas:

—El Cuzco Overo, fue... ¡Ahí viene!

Por la izquierda aparecía dicho joven Soldado. El Cabo Lobo, que lo aguardó sentándose sobre sus talones otra vez, le recibió la limeta, levantó de costado la vista... y se la clavó como para partirlo. Volteaba de olor a caña el Cuzco Overo, y le era infructuoso el estiramiento del pescuezo con que intentó poner lejos la respiración. El Cabo interpuso la botella entre sus ojos y la oscilante llama de la vela siempre defendida por el sombrero del Voluntario, vio que todavía quedaba casi la mitad y, callado, bajó a sacudidas la cabeza.

Al darse cuenta el Segundo Cuervo del calor de la caña en su garganta, medio se incorporó, anheloso quiso como a empezar a chupar, y abrió los ojos con atisbos de iracundia cuando el Cabo, alarmado porque aquello ya estaba pasando de remedio, le retiró la botella. Mas, vuelto por completo a la realidad, se serenó al advertir a los milicos, primero y, después, que él mismísimo estaba de espaldas en el suelo. Y le reapareció de golpe una idea.

Como siempre en circunstancias parecidas, fue a llevarse la mano a la frente. ¡Pero de adónde! Ya las fuerzas lo habían abandonado. Se redujo, pues, a repetir:

—¡El bul...to!

—¡Pah! ¡Otra vez entró a disvariar!

—¡Qué disvariar...; gran sietel... ¡ni qué ocho cuartos! ¡Avisen, pues! —aclaró el moribundo. Descansó un poco y ordenó, aprovechando los eructos de la caña para soltar cada palabra, desfalleciente—: Registrenmén el suelo... al ladito... de la salida...

Calló el Segundo, ahora bien atento a la aparición de otros regüeldos. Y cuando escuchó a alguien, que le pareció ser más o menos el Cuzco Overo:

—Bueno, muchachos, éste estira la pata ahora mismo.

Fue a negar, contando con el fluir que ya le andaba por el estómago. Pero sólo consiguió articular:

—Avisá si... —porque no le salió más que un hipo; uno solo.

Varios Soldados se apartaron del grupo, obedientes. El Cabo Lobo, ya parado, alargó al Cabo Pato la bo-

tella. Iba éste a agarrarla cuando, con cortés diligencia, la intentó abarajar el Soldado Cuzco Overo.

—¡No, usted sí que no! ¡Porque usted se la chupa, como lo vino haciendo cuando la trajo!

Como esto era una verdad de a puño, el Cuzco, en silencio, inclinó la frente.

Cuando agarró el frasco quien, no sin vacilar aún, él hubo elegido, partió ese Cabo Lobo con marcial paso bien deliberado tras los buscadores.

Uno de éstos, ya registrando casi en la triste entrada misma del pasadizo después de meter la diestra en la frialdad de una bosta, pues él mismo interceptaba la luna de pronto aparecida y se hacía sombra, tropezó con un blando envoltorio. Lo recogió, lo olió... y quedó estupefacto.

Por su parte, el Gato Pajero se aproximó portando una cosa en cada mano: el quepis del Sargento Segundo Cuervo con una rozadura de bala, que recogió entre los pastos, y un sombrerito de "particular", color canela, con un luto alrededor de la base de la copa, sorprendido bajo unos cardos. Iba a entregarlos al Cabo Lobo, que observaba el registro con la mano apoyada en una piedra, cuando el del primer hallazgo se adelantó:

—Mi Cabo, este bulto debe de ser el bulto, derecho viejo.

Lo agarró el Cabo Lobo, también lo olió y:

—¡Esto es asado, che! —exclamó asimismo más que sorprendido.

Como sabía que el Cuervo tenía contados los instantes, postergó el pensar en aquel misterio por temor de no llegar a tiempo, y corrió, estirando adelante la voz para que, por lo menos, ella llegase:

—¡Es asado! —gritaba.— ¡Es un pedazo de asado fiambre, mi Sargento!

Pero al llegar, por lo enhiesto de los cuerpos del destacamento, y por sus caras, comprendió el Cabo Lobo que el Sargento Segundo había fallecido.

Entonces, en medio de aquel silencio que, por las diferencias de estatura permitía percibir en zigzag un cúmulo de respiraciones; entonces, bajo la limpidez de la luna, la cual, alejadas unas nubes, ya no se deslizaba rauda como otrora y tomaba aliento entre la desnudez plateada de estrellas de la altísima comba; entonces el

Cabo Lobo se agachó, depositó el chamuscado quepis sobre el pecho ya como tabla de su Superior, y se paró, diciendo:

—Bueno, esto queda terminado.

En seguida empezó a tomar disposiciones. Dispuso que las guardias volvieran a sus apostaderos, recomendando mucho ojo. Hizo traer los ponchos del finado Cuervo y del finado Águila a fin de cubrirles las caras para que no les diera la luna. Y ordenó asimismo que el Soldado Gato Pajero ensillara de inmediato y llevara el "parte" a la Comisaría.

—¡Yo también voy! —saltó el chillido del Voluntario Terutero, su chiripá hecho una lástima con los rugosos goterones del sebo—. ¡Yo también voy!

Justo al ir a tirarle una dura patada se contuvo el Cabo Lobo. Pero por no quedarse con las ganas de hacerle algo, le manoteó el sombrero, que aún oficiaba de pantalla, y sopló la vela.

Ya a la sola luz de la luna y al cada vez más tenue fulgor del fogón —desde hacía rato olvidado de alimentarse— volvió a escucharse al noble Cabo.

—Y como el finado Sargento Primero está fuera de la ley y no se entierra, alcenlón y dejenlón en el bajo, al lado del Aperiá... ¡Pero se le deja el sable, ojo! Después, si el Comisario pone algún pero, se va a incautarle el arma.

En el grupo de los que quedaban, quien con más decisión cabeceó aprobatorio al oírlo fue el anciano Avestruz. De a poco, de a poco, él se iba haciendo cargo de lo sucedido y de las consecuencias para su corazón.

Calló el Cabo para agacharse en el pasto, y se alzó con la desnuda espada del Sargento Primero.

—¡Pero si nos ha dado hacha que ni en el monte!

Diciendo así, interponía entre sus ojos y la mansa luna el terrible filo lleno de muescas.

El viejo Avestruz se aproximó por detrás del Cabo y la contempló con arrobó aureolado de melancolía.

—Él siempre me decía: "¡Mirá, española legítima!". Y se ve. Si no... ¡la parte!

Volvió a inclinarse el Lobo e introdujo la espada en la fiel vaina sujeta a la cintura del cadáver. Después, por debajo del cinto, corrió la pretina de las bombachas, muy pegajosa de sangre. Entreabrió la chaquetilla militar.

Observó las heridas del pecho... En la cara, sólo rasguños. Pero allí no estaba la expresión bonachona que — pese al fruncimiento del entrecejo asumido al salir de la “cuadra” ya lavado y peinado — acompañó a lo largo de su vida al Sargento Cimarrón. Allí no estaba. Y en su lugar había cuajado el aire de intrepidez de cuando, entre sus auditorios de sonrisas solapadas o bajo la insaciable credulidad de su joven Asistente Macá, gritaba, atemperando, que había gritado con voz de trueno, por ejemplo: “¡Rindansé, que por guapos les doy palabra de respetarles la vida!”

El Cabo Lobo jamás dio atadero a las historias del Cimarrón. Muchas veces hasta se incorporó y abandonó el fogón sintiéndose a punto de estallar, pues había momentos en que las cosas ya pasaban de castaño oscuro. Mas ahora, asomado sobre el con tanto heroísmo sacrificado, la verosimilitud comenzó a hacerle retroceder en la memoria como una llama blanca. Esta luz se abría paso entre el olvido, y ya dejaba encendida una meridiana claridad de certeza al pie del irrupiente recuerdo de cada confidencia hazañosa de su Superior. Así, hasta le pareció que su Sargento jamás había tenido otra expresión que la denodada que en ese instante él miraba y remiraba bien patente.

—¡Está igualito, parece mentira! —se musitaba meneando la cabeza.

El noble “clase” se irguió esforzándose por no dejarse llevar de sus emociones hasta quién sabe dónde; capaz que hasta provocarle pucheros, que sería un papel; cruzó los brazos y se puso a observar sombrío la diligencia con que se iniciaba el cumplimiento de sus disposiciones. Advirtió entonces no sólo en el Soldado Avestruz sino en el Destacamento entero la más decidida aprobación al honor de dejar al Cimarrón con su espada. Entonces, como, total, quien mandaba ahora allí era él, y como nada le costaba seguir haciendo las cosas bien, resolvió agregar:

—¡Ojo, no se me vayan a olvidar! ¡Llevenlé también el poncho, y me le tapan con cuidado, la cara!

Se quedó un momento absorto, fruncido el entrecejo. Luego, con brusco ademán, resuelto a seguir haciéndose el gusto, detuvo a los que ya se disponían a recoger al muerto.

—¡Y el caballo, por favor! Soldado Yacú, vaya y traiga al bayo de él para que los acompañe... Y al lado se lo atan a estaca. Pero no a lo indio, ¡joj! La estaca la entierran a gatitas. Cosa de que cuando se queden solos, si el bayito quiere ganar el campo, con un poco de tironeo quede libre... ¿Y aquél, aquel señor de hoy, (1) me estoy acordando...? —Y señaló con precisión hacia el sitio donde ya no estaba la quietud sin gloria del Aperiá—. Diganmén, ¿no tenía sombrero?

El Soldado Gato Pajero se adelantó alargando el achatado chamberguito color canela con el luto, por él sorprendido entre unas achiras.

—Mire, mi Cabo, le soy franco, para mí que este sombrero es el del señor.

Apartando compañeros el Soldado Cuzco Overo tomó el sombrero, le elevó la abollada copa, lo puso a distancia de la vista...

—Sí, no hay nada que hacerle; ¡es el sombrero del señor! —aseguró.

—Bueno, entonces —dijo el Cabo Lobo—, entonces lo llevan al sombrero también con ellos al pajonal, y se lo ponen en la cara a su dueño, cosa que tampoco le dé a ella la luna.

No fue una voz; fue un coro el que exclamó.

—¡Sí, claro!

Todavía insatisfecho con esto se encontró el Cabo. Y no atinaba a ordenar otra cosa, cuando su imaginación acudió en ayuda y lo dirigió a pensar que el Cimarrón bien merecía, no ya sólo que se le dejara con su espada sino hasta que se formara en su honor el Escuadrón y se le despidiera con una descarga, y hasta que de las dos banderas que había en la Comisaría fuera envuelto con la que no estaba remendada. Mas su fantasía se dio como de bruces contra la sensación de la impotencia a que lo reducía su baja jerarquía. Entonces, su grado de Cabo de la derecha hízosele presente con singular viveza. Y por lo mismo que era menguada su ubicación en el Escalafón, él le exigió, en compensación, que le asumiera —sin ceder ni una— todas sus prerrogativas. De ahí que, rehaciéndose con un encogimiento de hombros, dijera:

(1) El cadáver del joven Aperiá había sido llevado al pajonal.

—Y ahora, Cabo Pato, como yo soy de su derecha, todo el mundo queda a mis órdenes... ¡Baje la mano, no más, Cabo Pato! Traiga con usted lo que queda de la botella y pase para la carpa... Ahí usted se va a sacar la chaquetilla, y le haremos una cura... ¡Y usted, Voluntario, deme la vela, ligero!... ¡No, demelá así, no la prenda! ¿A quién, caray, quiere iluminar usted?

Con la hebilla del cinto topó una abatida cabeza de mancarrón al darse vuelta. En el encontronazo, medio quiso pararse de manos aquel tordillo viejo.

—¡Pero a ver ese Soldado Flamenco, caray! ¡Adónde anda ese Soldado, he dicho!

Del lado de la salida del pasadizo, el Flamenco gritó, sin saber si acudir o no:

—¡A la orden, mi Cabo! Estoy de guardia.

—¡Qué guardia ni qué guardia! ¡Agarre en seguida a su mancarrón y clavelé mejor la estaca, so abandono...!

Se interrumpió el Cabo Lobo porque en la mente le surgió un revoloteo de imágenes recientes.

—¡Pero... pero si ahora me doy cuenta, amigo! —se dijo con aplacante estupefacción—. ¡Pero si ese tordillo ha andado en todas, esta noche!

Como le vino otra vez la rabia, siguió:

—¡Lo que ha faltado, caray, es que él también hubiera agarrado un sable!

Y salió seguido por el Cabo de su izquierda, el Cabo Pato, quien marcaba los largos pasos como si quisiera darle patadas a su propio quepis.

A la manera del colchón de chala si en la nocturna quietud su yacente, por más vueltas que se dé y le dé a cierto asunto, no consigue tranquilizar la conciencia, así en la recobrada paz crujieron unas risas sofocadas con la mano. Por suerte las carcajadas se hicieron incontenibles cuando los dos Superiores ya debían de ir llegando a la carpa.

—¡Juá! ¡Juá! ¡Juá! —Y blanqueaba a la luna la infinidad de dientes del Soldado Comadreja—. ¡Pero mire que al Cabo le salen disparates cuando reniega! ¡Hagan el favor... ¡Juá! ¡Juá! ¡Quién viera... a un caballo... de sable! ¡Ju juí!

El Mao Pelada se había sentado en el suelo con la barriga agarrada y las de potro barriendo los pastos, en contorsiones. A una piedra se recostó el Cuzco Overo;

y el Flamenco, por no caerse, al cogote del echado al medio tordillo. El sable del anciano Avestruz, colgado muy arriba por lo alto de la cintura, se puso a hacer los intermitentes ruiditos de su ir al trote con su dueño. El Soldado Yacú había salido como bala a desatar al bayo del finado Cimarrón; pero los Soldados Gavilán, Comadreja y Trompa Tamandúá, que ya se disponían a ir a levantar al difunto, paráronse en seco. Y entre las ahogadas risas se apretaban unos contra otros.

—¡Pero mire que tiene cosas el Cabo! ¡Un caballo, de mucho sable, como nosotros! ¡Quién viera al tordillo de Autoridá!

Allá lejos, los dos Cabos ya habían cerrado la carpa, deliberantes. A través de la lona un resplandor denunciaba que habían encendido otra vez la vela.

De la soldadesca, el primero en reponerse fue el veterano Avestruz. Por no empaparse los fondillos en el pasto, buscó una piedra, se sentó con el sable entre las piernas y quedó callado, la cabeza gacha, la mirada, de golpe vuelta muy torva, hacia las rayas amarillas que filtraban las rendijas de la tienda donde, sin saber bien sobre qué, conferenciaban los Superiores.

Este brusco cambio de actitud en el viejo aparcero del difunto Sargento Cimarrón atrajo con viveza la atención de los otros. Y les sopló las últimas risas, y empujóles asimismo el pensamiento a converger sobre un punto idéntico.

—Sí, para don Avestruz... ¡es un golpe! —musitó el Soldado Cuzco Overo al Soldado Mao Pelada, pidiéndole fuego—. Hay que ver que eran como hermanos desde muchachones.

—¡Sí, pobre, hay que ver! —compartió el confidente casi con un suspiro, al tiempo que le pasaba su yesquero—. ¡Hay que ver! ¡Es un doliente, casi casi!

—Doliente derecho tiene que ser reconocido por nosotros... —dejó caer absorto, como para sí mismo Trompa Tamandúá.

Tal como cuando los gurises, en lo mejor de los chiveos, ven de repente que con un empaque a lo toro están teniendo al lado al mismísimo tata viejo, y cada cual hace un esfuerzo para ni pensar siquiera en las diabluras que estaban haciendo ni en las que pensaban hacer, y sin mirar sienten que el imponente los sigue

mirando fijo, cada vez más cerca, y buscan un sitio donde sostener la tamaña quietud que la circunstancia les reclama, así, de esta manera, ante el recuerdo del héroe inaudito atraído por la atención a su aparcerero Avestruz, se guardó brusco silencio... tan intenso de pronto que desensimismó como trueno.

Los Soldados Gavilán, Tamanduá, Yacú y Comadreja, seguidos —al principio sin darse cuenta— por el Voluntario Teruterero, se dirigieron lentamente a donde yacía el Cimarrón, lo alzaron y con él se perdieron sin decir palabra rumbo al bajo. A medio "cuerpo" iba el bayo. Como las nubes otra vez no se estaban quietas, ya se veían las caras, ya marchaban con cuidado de no matarse contra el suelo.

En el fogón, sacudiéndose las bombachas hechas sopa en la parte trasera, por el rocío, el Mao Pelada se levantó. Y se quedó inmóvil, mirando la noche que perdía estrellas por el Este. Luego, se acercó a la piedra de don Avestruz, quien con no habitual solícitud le hizo sitio para que también la ocupara, y se sentó. Olvidado de su guardia, ya estaba al lado el Soldado Flamenco, en cuclillas, la carabina tendida en tierra, delante de su tordillito, cuyo maneador empuñaba.

El Cuzco Overo iba a procurarse un asiento cuando reflexionó y dijo:

—¡Pero muchachos, vamos a ponernos cerca del fuego, mejor!

El Flamenco y el Mao Pelada se incorporaron con resolución para seguirlo. Como a desgano, el veterano Avestruz se levantó, a su vez. Y exclamando casi para sus adentros:

—¡Qué se le va a hacer! ¡Así es la vida; corta! — caminó muy lento tras los otros, cual si nada tuviera que ver con ellos, la cabeza colgando como pilón de báscula y cuidadoso de no ir demasiado cerca de las patas del tordillo, pues éste, ahora no de curioso sino obligado por el sobeo que su dueño retenía, también integraba el conjunto.

En torno al fuego asentábanse piedras y troncos muy cómodos. Allí se situaron todos menos el tordillo —sujeto al fin a su estaca pero a escasa distancia, el ojo siempre sobre el grupo—, y todo el mundo quedó hecho poste.

El humo de los cigarros empezó a salir por su cuenta, sin impulso alguno, de bocas y narices. El silencio se ponía opresor. Bajo una fuerte necesidad de hacerlo retroceder un poco, por lo menos hasta los primeros "benditos" y las primeras estacas de la caballada, el Flamenco pensó que bien podía exclamar que la noche estaba fría o revelar que al otro día iba a desvasar a su tordillo. Optando por lo segundo se disponía a hablar, cuando se contuvo. Era que el Avestruz empezaba, con el pescuezo cada vez más inclinado:

—¡Pucha, miren ustedes lo que son las cosas! Toditos lo más amigos y, de repente... ¡Fijensén lo que hemos hecho! ¡Hemos matado a un aparcerero viejo!

—¡Yo no lo maté! —cortó el Mao Pelada echándose atrás como si le amagara su bote una cascabel de años o le hubieran arrojado al pescuezo frío lazo viscoso.

—¡Lo matamos todos, sí... porque lo dejamos matar!

La voz de don Avestruz iba creciendo en intensidad hasta que le vino el recelo de que las palabras pudieran andar demasiado cerca de la carpa de los Cabos. Para evitarlo siguió bajito, pero en compensación envolviéndose en violentos ademanes:

—Si en vez de estar haciendo pruebas (esto lo digo por mí, sepan la gran verdá, y por el Cabo Pato) o mirando la función (esto lo digo por casi toditos ustedes) le hubiéramos dado un buen sosegate al Sargento Segundo...

Interrumpiose con sobresalto el Avestruz. Y todos, encandilados por tener el fuego delante, intentaron ver quién producía aquel rasco de espuelas que por atrás llegaba.

Era el Soldado Gato Pajero, emponchado, de tiro su ya ensillado medio redomón, dispuesto a marchar con el "parte" a la Comisaría. El aire sombrío, sin sospechar que ponía el dedo en la llaga, exclamó ya sobre sus compañeros:

—¡Pucha, qué me cuentan! ¡Hemos matado a nuestro Jefe!

—¿No ven? ¡Sí, señor; él revienta con la verdá! —retomó el veterano Avestruz—. ¡Lo hemos matado nosotros, nosotros!

El Flamenco agachó la cabeza. Luego, se revolvió como si hubiera dado entre las brasas que le brillaban enfrente.

—¡Y bueno, qué embromar! —estalló—. ¿Por qué no convidó alguno a insubordinarse? ¿Por qué alguno no lo abajó de un tiro al Segundo, y así se acababa todo, y al que no le gustara también se le dejaba seco, y por qué no se le dio puerta franca a la Mulita y todo el mundo levantó el poncho, eh?

Se interrumpió el Flamenco tomando aliento, y miró al callado conjunto de abatidos junto a los cuales cabeceaba impaciente el picazo del Gato Pajero. Después, como quien hace fuerza hacia abajo con la mano abierta, siguió:

—¡Y ahora, dele y dele decir que lo hemos matado y que lo hemos matado! ¡Claro que lo matamos! ¡Y ahora, caray —y frenético pateó el suelo ante un súbito recuerdo—, ahora yo tengo que meterme de guardia para vigilar que la Mulita no se escape... y todo esto es un relajo jamás visto!

Junto a su picazo ya asomando espuma en la boca, y sobre el relucir —ahora rojizo por el resplandor— del charol, al Gato Pajero le bailaron los ojos sobre el enardecido. Esperando la continuación del desahogo miró asimismo al grupo en pesadumbre. Luego, ladeándose el quepis, sin decir palabra desdeñó el estribo, montó de un salto y salió desviando los ranchejos para, en seguida al galope, como flotar sobre el campo ya con un poco de baja cerrazón ahora visible por haberse zafado otra vez la luna de los nuberos.

Extrañamente, este distanciarse acentuó la necesidad de silencio en los sentados. El jinete cabalgaba ya lejos; su presencia se habría borrado del todo de no ser por el redoble del galope que, a su vez, también se iba desvaneciendo, y todavía a ninguno de ellos le hubiera sido posible hallar en sí las llamaradas de encono que momentos antes se habían estado alzando. Cual las enhiestas flores cuando empiezan a sentir el peso del sol, así se agachaba, se amustiaba cada ímpetu. Y una marejada de mansas evocaciones, llegadas desde muy adentro, crecía y crecía en cada cual.

El veterano Avestruz ahora tenía delante al mismísimo mangrullo de la Comisaría. Delante, sí, y un poco retirado. Y sin nadie al pie; sin nadie. No como tan frecuentemente hasta la semana pasada, con él y el Sargento Primero Cimarrón allí, tomando mate, envuel-

tos en humo, proseando de bueyes perdidos, que es cuando más lindo resulta prosear, porque las palabras de cada cual, en vez de meter barullo en el pensamiento del otro, apenas si se lo van meciendo de abajo, para después, con el solo efecto de aquel impulso, dejarlo haciéndose dulces gustos; ya retrocediendo entre sus memorias en un desandar la vida, ya a capricho llevando prendas hasta allí donde no puede haberlas, porque hasta allí el tiempo no ha llegado todavía...

“—¿Vido?”

“—¿Qué?”

“—Se corrió una estrella.

“—No, no la vide.

“—¡Tan linda, y vaya a saberse dónde puta irá a parar!

“—En cualquier lado que sea, será lindo para ella.

“Allá arriba, compañero, no es como aquí abajo.

“¿Qué le iba diciendo?...”

El mencionado alto mangrullo también acababa de aparecerse a los otros Soldados. Pero en forma distinta. Como tan frecuentemente hasta la semana pasada, no como lo sería de esa madrugada para adelante; no solitario sino con el finado Sargento Primero y el viejo Avestruz de mucho mate y mucho naco brasilero, el Asistente Macacito ronceándolos... y sentándose en la rueda a escuchar embebecido, en cuanto querían acordar.

Primero una mirada, después otras dos, en seguida la del Soldado Flamenco —que llegó como de tiro, pero llegó—, todas las vistas cruzaron el trecho y se posaron compasivas sobre el agobiado servidor.

Uno entre los milicianos, el Cabo Pato, musitó bajando deliberadamente los párpados para adecuarse bien a la situación:

—¡Y qué se le va a hacer! ¡Hay que tener pacencia!

—¡Sí, m'hijos, es claro! —arguyó el anciano Soldado, y dejó salir desde sus adentros—: ¡Contra el destino no hay caso!

—Bueno, la orden se cumplió —cortó desde las tinieblas el Soldado Gavilán.

Adelante él de su sombra y de la correspondiente al Trompa Tamandú ambas alargándose y acentuándose a medida que se acercaban a las llamas, tanto un policiano como el otro trataban de evidenciar en el semblante

que ni una vez siquiera se habían topado en la vida con el Voluntario Terutero, el cual inútilmente había intentado sobrepasarlos para llegar el primero y entrar antes que ellos en lo que presumía apasionante conversación.

Como los demás, se dio vuelta el anciano Avestruz, cada vez más triste porque iba percibiendo crecer el número de vistas posadas, tan mausas, sobre él. Y como aquellas conmiseraciones que despertaba le acentuaban la sensación de situarse más y más en la condición privilegiada de "doliente", con cierta inseguridad al principio comenzó a asumir las consiguientes prerrogativas y deberes.

—Bueno, Cuzco Overo; y usté, Mao Pelada, aprontensén dos mates para esta gente, m'hijos. Y ustedes —dirigiose a los recién llegados— sientensén, no más, y estén cómodos.

Incorporándose con tiesa circunspección, el Mao Pelada y el petiso Cuzco Overo obedecieron. Y los otros conmitones, también. El primero que, sobre la empapada gramilla, no más, tomó asiento fue el Voluntario Terutero. Pero antes de sentarse los demás, él ya estaba otra vez parado. Es que el Cuzco Overo, que a unos metros de distancia se disponía a limpiar el mate, lo había llamado con gesto enérgico. Cuando le llegó:

—Mire —le dijo bajito y cimbreándole la bombilla entre los ojos—, usté se me retira de aquí porque usté es Voluntario. Con todo lo que ha pasado, hay orden de los dos "clases" de que no quede levantada más que la gente de tropa.

—Sí, pero...

—Y al que no acate, dijeron, y ya ve que solito por usté, se le maneja hasta que llegue el Comisario.

El Terutero salió hecho ají hacia su ranchejo. Y contra un tenso maneador se dio y rodó cuando quiso mirar hacia atrás para dirigir con la mente palabrotas de encono sobre el grupo miliciano ahora resplandeciente bajo el flamear que provocó el Tamanduá al arrojar sobre las ascuas nuevo brazal de ramas.

En cuclillas, algunos; sobre troncos y piedras, otros; atrás sus sombras de golpe densas y ahora mucho más largas que ellos debido a la reciente maniobra del Tamanduá, habíaseles avivado el rojo de las bombachas, fulguraban con renovado ardor en los desenponchados

las vainas de los sables y los botones de las chaquetillas militares, tanto más azules éstas cuanto más cerca del fogón. Y en todos ponía inquietos deslizamientos de negruras y de tintes cobrizos el tremolante resplandor de la fogata.

El silencio del campo y de la noche se les asomaba por encima. Y tan ensimismador era aquello, que cada cual sentía la necesidad de sacárselo de arriba. Pero nadie sabía cómo. Hasta que, con sonrisa forzada, confió el Tamanduá tocándose el pescuezo:

—Pero yo hace ratos que sentía una cosa en el cogote y no me daba cuenta qué tenía. Y era que no tenía la golilla.

—¿Ahá?

—Sí, me la saqué para pararle la sangre al Cabo Pato y... Él me dijo: "Dejesé de partes, hermano. Se va a quedar perdida la golilla". Fue cuando yo le dije: "¡Valiente!"...

Semejante a cuando se marcha entre un alto pajonal espeso, así andaba su imaginación. Mas, de pronto, el Tamanduá distinguió como una sendita en la mente. Y se lanzó por ella:

—¡Amigo, qué mandoble me le largó al Cabo el finao Sargento!

En su asiento de piedra el anciano Avestruz alzó con brío la cabeza, que ya casi se posaba sobre el pomo de su espada mantenida entre las piernas.

—¡Es que ustedes nunca, nunca sabrán quién era el finado Sargento Primero! ¡Nunca!

—¡Ah, era flor de quiebra este finado! —exclamó el Cuzco Overo en cuclillas frente al fuego, poniendo, ya hinchada la yerba, su bombilla al mate mientras lo mismo hacía con el suyo el Soldado Mao Pelada.

—¡Pobre! ¡El planchazo que me le mandó al Cabo Pato en aquella arremetida!

—¡Sí, y a mí, el pobre! A mí casi me abre de par en par, de un hachazo.

—Y a mí, che, que casi me raja la cabeza?

—¡Sí, pobre! Yo he conocido gente taura; ¡pero como el finado...! ¡Qué finado!

Esperó, paciente, el Avestruz a que se hiciera un claro en el chisporrotear de exclamaciones. Y, al fin, trató de volver a hablar.

—Yo siempre pensaba que este finado Sargento Primero...

—Ah, sí, no hay nada que hacerle —apoyó a ciegas el Tamanduá—; ¡no hay nada que hacerle!

Agachó la cabeza el veterano y embistió de nuevo:

—Yo no sé si él les hizo saber alguna vez... Una madrugada, en la frontera, se topó el finado con cuatro cuatises brasileros que pasaban un contrabando... El finado había hecho noche abajo de un ombú. Bueno, él ensillaba recién... y cuando quiso acordar... ¡Hermanitos... qué pistola ni pistola...!

El milicaje dilataba los ojos de anticipada admiración. Pero el esfuerzo por atender se los achicaba en seguida.

—Saltó a caballo, peló el sable ese finao... apretan el gorro los delincuentes... Y para adelante y para adelante en la persecución ¿quieren creerme ustedes que se mandó al Brasil, engegucido?... Como él me decía: "Cuando me di cuenta que había invadido... ¡Y para peor, che, de uniforme!" Porque ustedes ven que capaz que se armaba una guerra... ¡Y con una patria hermana!

—¡Hermana, pa joderla! —saltó uno.

—¡No, m'hijo; eso fue antes! ¡No seas tan atrasado! Y me contaba el finado que, en un de repente, vio que los malhechores se empezaban a agarrar la cabeza sin parar la disparada y sin que él hallara la causa de semejantes aspavientos, porque hasta, más bien, ellos le iban sacando distancia. Ahora ya metiendo espuelas seguía, el finado, cuando, ¡hermanitos!... fue sintiendo una calor, una calor... Y me decía él que pensó: "¡Pero caramba, ¡esta patria no es la mía!" Y se asujetó, miró para todos lados, y ya salió ese finado para atrás, a todo lo que le daba el bayito, antes que lo agarrasen las barras del día y lo distinguiera algún nativo de allí.

—¡Sirvasé, don Avestruz!

Era el ahora muy solícito Cuzco Overo con el mate.

—¡Gracias, m'hijo! Pongasemé usted ahí con su caldera. Y usted, Mao Pelada, usted... después agarra la otra caldera.

—¿Y ese Macá, qué se ha hecho, me quieren decir?

—Si hubiera estado en el arroyo, sentiría los tiros.

—Habría salido con algún "parte". Al pobre le da un patatús cuando sepa.

—La noticia hay que dársela de a poco. Primero, que hay esperanzas. Y cuando lo quiera ir a ver...

—Sí, ahí se le dice, derecho...

—¿Y no se acuerda don Avestruz —interrumpió el Tamandú— aquella otra vez...?

—Me acuerdo, sí, ¿pero cuál?

—Cuando el finado se tiró al río, y los tres matreros dieron vuelta haciéndole frente, y con una mano ellos nadaban y con la otra le mandaban viajes con las dagas.

—¿Cómo fue? ¿Cómo fue?

—¡Ah, ésa fue otra tamaña! —exclamaron a una el Soldado Yacú y el Soldado Gavilán.

Su enormidad de dientes mostraba el Comadreja al elevarse como en puntas de pie en su embelesadora evocación.

—¡Mugrientos! ¡Mugrientos! —dirigiales por lo bajo desde su ranchejo el Voluntario Terutero, de costado sobre las pilchas de su apero, sin poder abarajar una sola frase entre el murmullo de voces que le llegaba—. ¡Mugrientos! ¡Mugrientos!

—Dos se ahogaron —recordó el Mao Pelada en aprontes de su propio mate—. ¿Pero el otro? ¿Se le escapó el otro, don Avestruz, o él lo agarró preso?

—¡Preso, m'hijito, preso!... ¡Figurate! Cuando medio quiso ese cuatrero afirmarse en los camalotes, ya me lo tuvo al finado arriba... Y haceme el favor, muchacho, agenciame el poncho... Y ya que vas, traé las galletas y un medio queso que hay en mi maleta, para esta gente.

—¡Valiente!...

—¡No, deje!

—¡Valiente!...

—¡No, señor, deje!

—¡No faltaba más...! Tanto mate solo lava el estomago. Y la madrugada da hambre.

En efecto: desde la alta loma del ombú se venía ya la aurora; y el apetito, como desperezándose, comenzaba a despertarse en el milicaje.

Salió muy diligente el Soldado Cuzco O'vero; corriendo salió y corriendo volvió con el poncho, justo al consumarse la desaparición de la postrer estrella. Por no demorar el abrigo para don Avestruz, prefirió traer las galletas y lo otro en un segundo viaje.

Entornando los ojos con cabeceo agradecido, el viejo Avestruz se dejó arrebuja por su joven compañero de armas, mientras a todos —a los sin y a los con poncho— íbalos envolviendo por igual una entonación rosa-celeste. Y ninguno, nadie, nadie advirtió el transcurrir sin sigilo del tiempo; ninguno, nadie vio cómo, en el sitio mismo desde donde, antes, sólo se habían hecho presentes algún resuello, algún sordo ronzar, ahora las cabalgaduras comenzaron a tomar cuerpo hasta asomar los cucuruchos de su orejitas, a la vez que, del ámbito todo, despacio surgían indefinibles árboles, se alzaban piedras, comenzaban, sin apuro, a hacer su aparición colinas y más colinas, por detrás de las cuales, en tardos círculos cada vez más vastos, manteníanse vagas sombras que por grados iban resultando, también, más lomas y más lomas al recibir color.

Y ya eran patentes, entre los rechonchos "benditos", aquí, casi junto al mancarrón tordillo que no sacaba los ojos del grupo policial, el bragado del Gavilán; allí, el rabicano del Tamanduá entre escuálidos cardos apenas reanimándose con el rocío, y el overo negro del Comadreja; allá, bajo los talas, un oscuro y un malacara y el lindo doradillo del Cabo Lobo; y, más lejos, aparecía un lunarejito o rosillo —no se sabría bien— que, si era lunarejo, pertenecía al Soldado Yacú y, de ser rosillo, al finado Águila... y que era el lunarejo, no más, pronto no cupo dudas.

—... ¡Sí, cómo no me voy a acordar de ésa, muchachos! Me decía el finado que él venía teniendo en cuenta que capaz que le apagaran la luz cuando se mandara para adentro y les diera la voz de presos. Y que fue voltear alguno el candil en cuanto lo vieron en la puerta, y ya de un salto el finado había cambiado de sitio. Así, lo menos a un metro a su derecha fue que le reventaron los tiros.

—¡Pero qué cosa divina! ¿Y después, don Avestruz?

La calva del horno, y luego el viejo palenque, sin resultado alguno ya se expusieron también, todavía medio algodanosos, a la contemplación. Ardían rebrillares en todas partes... vagos celeste-limón seguían descendiendo en neblina sobre las hirsutas copas de los espiniños y los talas, bañaban ya, hechos ahora de naranja hasta su mitad superior, las copas de los sauces y la del

ombú, y seguían descendiendo más y más. Las cuchillas desemparejaban su lisura; descubriánse en el bajo las montuosas costas del arroyo; las piedras próximas recobraban su fosca aspereza. Y, rayado de insectos recién desentumecidos y en aumento junto al barril del agua y a la batea, el aire iba envolviéndolo todo, hasta lo de más arriba, en un vaho de pastitos macerados, a cuyo perfume, por el tanto fumar quedaban insensibles los reminiscentes del ya pálido fogón donde, de pronto, hubo viva conmoción. La causó el brusco salir corriendo hacia su ranchejo del Trompa Tamanduá recién consciente de su deber. Se agachó ante el "bendito", metió la mano adentro... Y se incorporó para quedar rígido y soplando por su clarín, que centelleaba.

—¡Talarí, talarí... laráaaa...!

Algunos sones, deslizándose por el pasadizo de la vivienda del finado Peludo, estremecieron al desdichado bulto azul y blanco abatido ante el ya para siempre extinto hogar. Otras notas, las que agarraron por el campo hacia el vado del arroyo, pasaron sobre las copas del sauzal a cuyo pie mateaba una pequeña guardia, y cruzaron el agua y se desvanecieron entre los mil ruiditos del crecer de la mañana, razón por la cual no pudieron llegar al encuentro de un marcial pelotón armado hasta los dientes que venía a raja cincha en busca del Paso.

—¡Talarí, talarí... laráaaa...!

Los avanzantes jinetes: Soldados Gallareta, Coatí, Guazuvirá, Bandurria, Aguará... y otros a quienes éstos no permitían ver, sólo escuchaban el redoble de los cascos de sus cabalgaduras, el golpeteo de los sables sobre la carona, el como duro palmoteo en las espaldas de la pesada carabina. Ni otra cosa oía el Comisario Tigre quien, por su grado y por mejor montado —aunque nunca como sobre aquel lobuno que le llevaron los de don Juan—, galopaba bien adelante, el emplumado quepis hasta los ojos, feroz el aire, en uniforme de gala por causa de no haberle llegado de la capital el de campaña sustitutivo del que, casi flamante, le quemaron con la plancha.

—¡Talarí, talarí, laráaaa...!

Bien habituado a que ellos siguieran otro poco después que él dejaba de soplar, el Tamanduá bajó el clarín indiferente a otro Talarí... laráaaa... que le

pasó de largo proveniente como de la alta loma del ombú, para cruzarle por delante, ahora apareado con otros dos: uno, llegado del lado del Paso y, el otro, tal vez del totoral o, a lo mejor, más lejos, todavía, y que, al parecer, pretendían en vano insistir juntos sobre los bultos del Sargento Cuervo y el Soldado Águila, que como para dianas estaban bajo sus ponchos patria.

Detrás de la carpa, desabrochándose con recato por la proximidad de su interlocutor, el Cabo Pato argumentaba al Cabo Lobo:

—No es posible. Y menos a estas horas, con el sol ya encima. Por más vueltas que vos le des, no tenemos más remedio que cumplir con nuestro deber.

Abrochándose también cuidadoso de la vista de su compañero, el Cabo Lobo aceptaba no sin reticencias.

—Si, sí, hay que dar el ejemplo, yo sé. Pero yo te digo a vos, y acordate, que en caso de enfrentarnos con Don Juan la mitad de la gente se le pasa. ¡Lo que es yo...! Mirá, yo no sé qué te diga. A veces no hay cabeza que aguante.

A la distancia, el Mao Pelada, su culero de delantal, envuelto en espejeos de trinos había echado troncos al fuego para ir preparando brasas, descolgaba un cordero de la rama donde se oreaba con dos más toda la noche, lo ensartaba bien abierto en el asador... y así lo dejó en actitud de querer abrazar a todo el mundo, de contento. Junto al barril del agua, desnudos de cintura para arriba, toallas al hombro ahora, en vez del máuser, los milicos empezaban a esperar turno para lavarse. Lejos y cerca, de cada rama, de cada mata, hasta del suelo, rayando ya la ardiente, franca luz, el gorjear surgía incesante, se mezclaba en barullitos como los del rozar de papeles y de vidrios y de delgadas láminas metálicas... primando ése, riente y nunca igual, que tan bien hace la imitación del corcho, cuando éste es frotado, húmedo y en zigzag, con una botella.

Pero sin pájaros ni agitación alguna, el pajonal del bajo permanecía callado. Entre el pisoteadero de espadañas de los que allí se detuvieron ratos antes para dejar su carga, yacía el Sargento Primero Cimarrón, tendidos los brazos a lo largo del cuerpo como en posición militar de firme, la espada a un costado y, al otro, tan arrimado a él como aquélla, y como aquélla tan

frío, el vencido protector de la Mulita. Aunque con ropa de "particular", la idéntica postura de los brazos y la rigidez de la muerte dábanle asimismo al joven Aperiá el aspecto de Soldado en revista.

Sobre la cara del Sargento Primero llegaba a alcanzar una punta de su poncho. Cubriéndole la suya, el Aperiá presentaba, hecho sopita, su sombrerito color canela.

Y gracias al rezagado frescor de la noche, todavía ni una sola mosca.

Sobre el asiento de vaqueta, ante el fogón apagado desde el día anterior y ya para siempre (porque después del crimen fue destruido todo), era un bulto de ropas azules y blancas lo que se abatía. Quien conoció a la Mulita jamás pudo suponerla capaz de resistir las emociones de la trágica noche. Cuando le llegaron los primero ruidos de lucha la desdichada abrazó la ilusión de que, por fin, Don Juan había acudido con sus matreros a libertarla y a llevársela al monte. Pero, por eso, ante los chasquidos y las detonaciones, en vez de cegarse en la dicha que tal terrible creer a ella le significaba, comenzó a sollozar, pues la angustió el pensar que, traído el ataque salvador un día antes, el tan infortunado Aperiá hubiera podido evitarse el sacrificio, y con ella estaría él en ese instante frente al pasadizo, agarrados los dos de la mano, esperando confiados la entrada vencedora de Don Juan, el Zorro. En su inocencia, ni siquiera admitía que entre aquellos choques de sables y los estampidos su libertador pudiera estar corriendo peligro. Había, pues, en la Mulita sólo una cerrada con-miseración que envolvía al recuerdo de su amigo muerto, que tiraba desde adentro las lágrimas y le mantenía los ojos como secas cuentas, mientras su oído permanecía pendiente de los gritos y del metálico estrépito y del clamoreo que se precipitaban rebotando sobre la casa del Peludo.

Mas, de pronto, sintió en toda su nitidez el horror de su propio destino. Como al ir a apagarse el candil aviva más que nunca su llama y, entonces, su luz abarca por instantes un trecho mayor y, en seguida y de golpe, deja a obscuras, así su deseo de vivir hízosele presente

con ardor. Y se vio perdida sin remedio. No era Don Juan y los suyos, no, quienes peleaban con los Soldados. En el misterio de la noche poblada de ruidos de espanto comprendió que, solo, sólo él contra todos, se estaba haciendo matar por ella, no Don Juan, ¡ah no!, sino el mismísimo Sargento Primero Cimarrón. Y fue tal la violencia con que esta revelación irrumpió en su mente, que se la resquebrajó y la dejó insensible a lo de afuera. Y, así, ni siquiera pudo evocar la imagen de aquel a quien una sola vez había visto un ratito: cuando su tío la llevó a la pulperia para asistir a unas carreras a la vez que para ayudar un poco en la cocina. Entonces la compasión de la Mulita, que desplazada de su perdido amigo Aperiá se tendía hacia el denodado combatiente, replegose sobre ella misma. Cada grito, cada fragor que llegaba no era adjudicado al sitio de donde provenía, ni para ella tenía por origen el evidente. Los recibía la Mulita como el efecto de directos golpes desde bien cerquita. Y sollozaba, bien curvada sobre sí misma, cual si, desnudas sus espaldas, le desprendieran lonjas de su carne unos sables empecinados.

No fue un desmayo brusco, de los que a lo relámpago hunden a uno dentro del pozo como la muerte que tenemos abajo del entendimiento, no, lo que le sobrevino. Fue un desfallecimiento paulatino. Un zumbido lejano le hizo su seña quién sabe desde dónde, y hacia él ella inclinó, sumisa, la cabeza, dejando atrás, como a cosa ¡ay!, ajena, su presente insoportable.

Por suerte, su caer con las blancas alpargatas sobre el fogón no tuvo consecuencias, porque ya ni un tizón quedaba, capaz de hacerle llaga. Y la silla, asimismo, lo sabemos, era baja, de esas de vaqueta.

El suelo la recibió en seguida, pues. Y no lastimó lo más mínimo al dar en él su cuerpo blando.

Quedó así, tirada, entre formas inmóviles que parecían atentas a aquella tan sin proporción ferocidad del destino. Tan sin proporción como la que se establecería si un cerro, desde su imponencia, con ufanía indicase a los campos y al mismo cielo una modesta flor desgajada y hecha trizas a sus pies.

Ya el sol empezaba a tender su angosta alfombra habitual; ya se deslizaba ésta con lentitud inobservable por el rugoso suelo de tierra apisonada de la cocina. Pero

en los rincones, obstinadas, refugiábase indemne un tropel de penumbras y de francas tinieblas. De allí, tonos —no formas— oscuros, con brillos de hollín, como con un furtivo y avieso lustre dorado encima, con el algo repelente de lo viscoso, la aguaitaban sin tregua (sentía bien claramente la Mulita), la tenían presente, la vigilaban, mejor, quién sabe con qué propósitos nada buenos. Sin recordar ya el menor detalle ni siquiera del pasado más inmediato, sin pensar en el más inmediato futuro, sin otro resquicio en la tiniebla de su mente que el de lo que veían sus ojos; como si una cuchilla gigante le hubiera cortado el tiempo por delante y por detrás, la Mulita se había casi arrastrado, a fin de poder llegar a su cuarto y liberarse un poco de tanto peso. Pero allí, también allí, ¡y mucho más!, se encontraba con el misterio tan cerradamente acorralándola e infundiéndole, tan inexorable, su negra frigidez. Y, para mayor malignidad, todo se operaba sin bulla, con lo cual ella quedaba más echada al medio. Todo venía como descalzo y como en puntas de pie o hecho de goma. Así, el silencio adquiría la existencia de cosa con grosor, con largo y con ancho; de una dimensión desaforada. Y cuando del campo —igual a arañita sigilosa— llegaba algún modesto rumor, o cuando —como guijarro arrojado con cruel acierto— penetraba el bronco grito de algún Soldado, el silencio persistía y se hacía más enérgico, obrando aquéllos tan sólo a la manera del simple rasguñar sobre la lisura del acero.

Comprendía a veces la Mulita que el moverse era peor; que lo que hacía con esto era provocar estremecimientos, decididos bamboleos, unos como amagos de avances buscadores con ansias de ese su blando contacto que —debe revelarse ya— que muy, pero muy pronto daría frío. Entonces, otra vez volvía a la cocina y a su silla, sacaba su pañuelo, otra vez lloraba. Sin lágrimas, en ocasiones. Pero enjugándose, lo mismo, porque no era capaz de advertir su inanidad. A hurtadillas, el pañuelito descubriendo a medias aquellos ojillos más achicados ahora por el miedo, miraba a las penumbras tétricamente expectantes, como patibularios carceleros, en torno de la asustada. De ahí, más pronto que ligero, posaba la vista en la franja de sol estirada en el suelo. Pero ésta era demasiado débil para llegar a los rincones, vencer a las

sombras y expulsarlas por el pasadizo y obligarlas a que se consumieran en la ardorosa luz de afuera sin ni darles tiempo a que las tan malas consiguieran atravesar el espacio que distaba de la noche siempre en marcha; de la noche ahora ya a espaldas —porque se interponía todo lo ancho de la mañana —de quién sabe qué horizonte nunca visto.

Aquellas penumbras, acentuadas al acercarse al techo o al recostarse a las paredes, insistían en su enconada observación. Y algo tuvo que haber ocurrido, también. Y grave. Porque un espíritu poderoso, inmenso, sin posible cotejo, había penetrado —ella lo advirtió en cuanto, sin objeto, por cambiar de lugar, entró en la cocina—; sí, eso se había escurrido en la mesita, en los asientos, en el mate, en todo, y le estaba prestando a cada cual algún algo de su propio ser sobrecogedor. No era que las formas de las cosas sugirieran ahora visiones monstruosas; no que se transmutaran en imágenes de pesadilla. No. Allí, mucho más feo, lo que ellas cambiaban era su actitud de toda la vida. El manso caballete del recado del finado, colgantes sus estribos de campana, estaba ahora esperando la orden para írsele encima a la Mulita y, con el encuentro, llevársela por delante. Y si la Mulita miraba hacia el banco de ceibo, sentía que al siempre modesto y tan cómodo asiento le había nacido como un odio por ella y que, aunque él no sería capaz de hacer nada en contra, estaría más que contento de que la pechada aquella del caballete sucediera. El negro, gran ollón poníase fulo, como empacado en un rencor lleno de recovecos. Y como, por la falta de la pata traserá, se inclinaba tanto hacia atrás, el grueso recipiente mostraba una altanería despiadada, de esas que permanecen sordas a los ruegos y hasta a las lágrimas.

En sus perillas y cajones la alacena se había vuelto muchos ojos, muchas bocas cerradas como apretando los dientes en el instante de una inquina atroz. Apoyada en el mueble, la escoba de chilcas parecía, unas veces, que se le inclinaba para pedirle que no fuese así con la Mulita; otras, al contrario; otras creeríase que con secretas palabras la incitaba a la alacena contra la asustada. La tinaja ¡ah!, la panzuda tinaja se disponía a irrumpir para volcarle encima el resto del agua fría que todavía le quedase. Y los tirantes de la parte del

techo que suplía la interrupción de la roca elegían, sí, ya el sitio en que, todos a la vez, irían a caer en abatir de garrotazos.

Y en silencio todos, de testigos malos —callados como las cosas de los muertos—, los jarros, los platos, los tazones, los tarros cuadrados y cilíndricos para la sal, la pimienta, el ají, el orégano, etc.; hasta el ahora ciego candil acentuaban entre tanta hostilidad, el ovillo azul y blanco en que estaba convertida la Mulita.

Hasta que —traído por un rumor que en seguida creció hasta el fragor de cascos y de ruedas a barquinazos del lado del arroyo— cobró presencia otra vez el otro espanto, el de lo que había afuera. Igual que por la noche una muchacha, solita y su alma en el rancho, siente un trotar como por sobre trapos que se detiene, y escucha en la puerta leve llamado con los nudillos y ella enciende la vela, trémula de susto, y después prefiere el miedo a abrir al miedo de quedarse envuelta en el mutismo aún más escalofriante del misterio y, entonces —¿qué ha de hacer, la pobre?—, entonces va y destranca y se asoma, y ante aquello ¡al fin! que tiene delante ni gritar puede porque la garganta se le cerró hace rato, así la imaginación de la Mulita quedaba ahora helada al adivinar a los pocos pasos, allí, junto a su propia batea de lavar, detrás del horno y del barril del agua y abajo de la higuera y abajo del gran ceibo como tapado de sangre en su florecer, los aspectos feroces, las cerradas de puño, el fulgor de los sables que la estaban aguardando. Y, entonces, como la que, al abrir fría de susto su puerta, siente que la atraen de un brazo hacia la noche, y su terror es ya más grande que ella y la aplasta, así la Mulita inclinó en su asiento la cabeza hacia adelante. Y cayó redondita.

Fue más o menos al mediar la mañana que ocurrió lo fatal; una iniquidad más, sí, ¡pero la última! Bullicios apagados, que no alcanzaban a la altura de los yuyos, parecían obrar sobre la rutilación de los verdes del campo, cuando eso. Por el callado balancearse de la rama se hacían evidentes alas invisibles que, de inmediato debían de levantar el vuelo para cambiar de sostén tan poca cosa. En el bajo ya habían cruzado el vado del arroyo, y se alejaban en un carrito de mulas, los finados Sargentos Segundo Cuervo y el Soldado Águila rumbo

a la Comisaría, para donde la Autoridad había dado cita a los dolientes. De allí venían ascendiendo a pie tres policianos —el Soldado Flamenco, el Soldado Gavilán y el Soldado Gato Pajero— cuando aquello se produjo. Iban tras ellos, del cabresto, cuatro caballos, porque habían incorporado al nuevo paugaré del Comisario, llegado para sustituir al lobuno que le llevaron los matreros. Entusiasmaba por su estampa. Y si no era mejor que el otro, le andaba raspando. Húmedos todavía del reciente baño, relucían los cuatro, ahora, sus pelambres; charolándose, vuestos un lujo entre aquella luz. A la sombra de los árboles que circundaban las piedras entre y bajo las cuales el finado Peludo edificara su inútilmente firme morada, otros Soldados, en tantos grupos como calderas había en el campamento, mateaban en aquel instante rayados por espejos metálicos, pues la primera orden que el Comisario dio al llegar fue que en todo momento se mantuvieran armados en previsión de un ataque, ya que se corrió que Don Juan tenía un mundo de parciales en el monte. De cuando en cuando uno se desplazaba con su “pava” hasta el gran fogón de los asados, y la situaba junto a las brasas. Al empezar a salir un vaporcillo por el pico, el diligente cogía su sable sin desprenderlo de su cadenilla, y aguardaba todo oídos. Surgía de la negra panza un rebullido. El de la tarea, sin desenvainar, metía el sable por el asa y alzaba en vilo la caldera para ir a depositarla más lejos, en el suelo. Entonces tronchaba un manojo de pasto y, con él protegida la mano, cogía el recipiente todavía bullendo, y así, sin quemarse, la llevaba hasta los suyos. A media cuadra, metros más, metros menos, de la entrada del pasadizo, bajo el tala —la mitad del cuerpo, azul; la otra mitad, roja—, el mismísimo Comisario Tigre estaba sentado sobre un tronco derrumbado, la espada entre las piernas, el empenachado quepis a la nuca, con el empaque del toro cuando mira por entre las astas, que es el momento de la embestida. Ya sabemos lo que unas semanas antes le sucedió al uniforme de diario, al cual planchaba el Asistente Mirasol; dijimos que éste se distrajo y que, cuando el tufo a quemado lo atrajo de un empujón a su realidad, sintió aparecido el momento de abandonar la patria. Había encargado al pueblo otro uniforme, el Comisario. Pero, mientras, no

tenía más remedio que andar de gala todo el santo día. En el fondo, en el fondo esto no le disgustaba. Es que ¿a quiénes, en vez de con esta ropa, no nos gustaría presentarnos ante la gente con el pecho hecho un bordado de oro y de alamares, con unas soberbias charreteras, y al caminar meciendo en la cabeza un rojo plumacho? Entrecasa o a la sombra, no tanto; mas cuando a uno le cae de lleno el sol y empiezan a verse un zurcidito, o un botón de otro color... Ahora, allí mismo, al ralo cobijo de aquel tala, cualquier escurridura de la luz lo hacía largar al Comisario Tigre destellos llamativos hacia el campo inmenso. Claro que, en esta oportunidad, él no estaba para atender al goce del efecto. Con el toro lo comparamos líneas arriba. También con el pozo al que se le ve la boca, pero no abandonar su mutismo. O con un cerro, al cual ya de lejos el viajero le distingue que lo está filiendo de arriba abajo y con adustez.

Frente al Comisario Tigre, asimismo como enmudecido con candado, el Cabo Pato, de venda al pescuezo, tenía por asiento sus cojinillos. Le cebaba mate sin alzar la cabeza ni para servirlo, al empacado. Es que no se animaba a afrontar sus duros ojos, como si le cupiera alguna responsabilidad en la segunda furia del Comisario: la que lo puso hecho un volcán. La primera estalló al enterarse de la desaparición del Asistente Macá y del desacato del Sargento Primero. Sus airadas reconvencciones parecieron durar una eternidad a la tropa, sobre todo porque ella estaba aguardando un claro de calma para darle al colérico, con una nueva revelación inaudita, lo que sabían todos que le iba a ser otro golpe más. Paseábase de un lado a otro el Superior, la boca hecha pororó; pateaba el suelo manoteándose el quepis, pues en las sacudidas le andaba sobre la cabeza como maleta de loco... Pero cuando dejó de proferir y se sentó resollante sobre aquel tronco en procura de recuperación, ¡ahí fue la cosa! El que, vuelto por completo tartamudo, se decidió a enterarlo —porque nadie quería empezar— fue el Cabo Pato. Y ahí se volvió a parar el Comisario Tigre. Ahí rodó, no más, por el suelo el quepis, revolcando ese plumacho.

—¿Pero, manga de zaparrastrosos, cómo me lo dejaron desertar a ese mosca muerta de Cabo Lobo sin hacerle frente? ¿Pero cómo no me le metieron bala? ¿Conque

le dió la mano a todo el mundo? Y ustedes, segurito estoy, diciéndole: "¡Que te vaya bien!"... Y él se estará riendo a estas horas de mí y de la Autoridá entera, de mucho mate y mucha camaradería en el monte con los otros perdularios... ¡Ah...!, ¡ah!, ¡si fusilándolos a toditos ustedes, recién, recién se les empezaría a aplicar lo que merecen...!

Pero ahora, a la sombra del tala, era toro, sí, el Comisario. Era cerro, era pozo.

Sin quepis, sin espada, con un culero de delantal en protección de las rojas bombachas, el Fajinero Mao Pelada, saliendo y volviendo a acogerse a la sombra del gran ombú, con mucho recogimiento interior preparaba su fuego en el momento espantoso. Aquellos troncos ardiendo pronto serían machacados unos con otros, se desharian en brasas. Luego, el largo palo de punta retostada las desparramaría. Y desde el suelo, sin apuro, ellas irían dando bien repartido calor sobre las dos ovejas todavía pendientes de una rama del ombú y ya cuereadas y ya limpias, ya con firmeza abiertas de par en par por las respectivas dos estaquillas que mantenían muy separados y tensos los cuartos.

Próximo al tieso y de fusil al hombro Soldado Cuzco Overo apostado ante el pasadizo, el barril del agua, dormido a la sombra de un tala sobre su rastra de ñandubay y con un jarrito de lata encima, mostraba en torno de su boca revoloteos minúsculos, casi como en un juego. En aquel momento grises "vaquillas", avispas de talle ceñido, "guitarreros" metálicos, torpes mangangaes de pechadas imperiosas, modestos gorgojos, moscardones esmeraldas, inocentes San Antonios, el feroz mamboretá giraban, se alejaban, volvían, posábanse un instante en los sitios donde el jarro, al salir, había derramado, chupaban un instante la frescura, mientras con timidez, sin animarse mucho, alguna mariposa y la brisa también, andaban a ras del suelo contentándose con los pequeños hilos de agua que la ancha sed de la tierra borrraba al ratito sin dejar rastros.

De pronto, quien se hallaba de guardia, el Soldado Cuzco Overo, abrió tamaños ojos, dio un resoplido y, sin creer lo que veía, se recostó al barril, cuya agua resonó al ser sacudida con tai brusquedad. Todo el mundo quedó de pie y se inmovilizó en su sitio como

si, en vez de por desgracia hallarse realmente allí, sólo estuvieran sus estatuas. Era que, la cabeza erguida, la mirada extraviada en la lejanía, las manos cruzadas y posadas sobre los hombros, una de azul y blanco había aparecido en la salida del pasadizo...

Sin bajar los brazos, como quien no se ha desprendido aún de las mallas del sueño, ella pasó lentamente la mirada por tantas formas quietas; quietas, sí, aunque vestidas de rojo hasta la cintura. Así uno da un paso y se para en el interior de la Iglesia... y a su frente y a los costados ve a los Santos, cada cual con su soledad y su silencio.

Ninguna espuela rozó el suelo, ninguna diestra se tendió hacia la empuñadura de su sable o hacia el mango de la pistola de reglamento, como tampoco se escuchó el más mínimo rechinar de cadenillas, pues los colgantes machetes de golpe parecieron, más que verdaderos, tan sólo pintados al lado de sus tiosos dueños. Asomados los dedos, las botas de potro debieron dar idea de que habían echado raíces. La luz del sol, de tan fija, era una astilla de vidrio sobre el hule de la visera que agarrara en descubierto. Y a la sombra de sus respectivos árboles, con quién sabe qué presentimiento, todas las cabezas de los caballos se habían tornado en dirección de la Mulita y, también, aguardaban quietas; igual, pues, a las de la soldadesca y a la del Fajinero Mao Pelada, quien mantenía en la siniestra enorme cucharón goteando. Lo único que se movía, desde muy lejos, desde el bajo del arroyo, era el Voluntario Terutero corriendo a pie, entre revolidos del poncho, desesperado porque venía calculando que se perdería lo mejor.

Por fin —la mirada siempre por encima del ornado quepis del Comisario Tigre, sin ver ni a éste ni a los dos Cabos— la forma azul y blanca comenzó a avanzar, siempre cruzadas las manos sobre la garganta.

Aquí sí, entonces, se desprendió un rumor de metal de la izquierda de cada Soldado. Y rascó el suelo alguna espuela y palpitó la luz en el hule de las viseras. Los caballos, al ruido, movieron todos sus testas, cada cual hacia su dueño. Y, luego, todos —amos y cabalgaduras— quedaron mirando al Comisario que, el cuerpo bastante inclinado hacia adelante, como el de quien se agazapa,

retrocedía para mantener la distancia con aquello lento que se le venía.

Miraban todos y se encandilaron. Porque al salir de la sombra del tala, a la vez que su rojo de sangre acentuaron las bombachas, chispas ardiéronsele en los talones; y el fulgor de los entorchados, del sable y de su empuñadura, el del lustre de las botas de charol dejaban al Jefe como viviendo adentro del fuego, aunque en la obscuridad del pecho, sin embargo, su corazón feroz desfallecía por instantes, lo que nunca, y le empezaba a hacer tragar saliva fría. Y así, a cada paso atrás estremeciendo destellos, centelleos, flamas con los que la luz inútilmente lo mordía, el Comisario Tigre hasta a la distancia provocaba parpadeos cuando, de súbito, apagáronsele los brillos. Era que, en rudo encontronazo, armas y uniforme quedaron al cobijo de corpulento ceibo en flor. Asimismo de golpe, a los expectantes subalternos se le secaron, dilatándose, las pupilas, con cada ceja como arco, no sólo por la dificultad de estar viendo ahora al Jefe en la penumbra sino, también, por el asombro de apreciarlo bajo brusco chaparrón de cien flores punzó.

Dado con las asentaderas el choque —ya precisamos que retrocedía como quien se agazapa, muy inclinado hacia adelante—, el pudor del Tigre hízole volar el espanto y atrajo un ardor furioso. Soldados y cabalgaduras presenciaron cómo el Jefe, en su iracundia, se sacudía purpúreas salpicaduras. Pero los rojos pétalos —cuando no corolas enteras— todavía seguían lloviéndole al propagarse el sacudón por el ramaje todo, hasta por el de más arriba. Le rodaban ellos cual gruesos goterones; se le quedaban en coágulos sobre los hombros y dentro de la oquedad del quepis; más tarde, al él continuar su retroceso, debió andar un trecho pisando cuajarones.

Cuando, sin mirar el obstáculo, lo desvió el Jefe, volvió a quedar en llamaradas desde el quepis hasta las espuelas. Y otra vez encandilando pingos y milicos, siguió hacia atrás, a medida que la Mulita, como ciega, como sonámbula, avanzaba hacia aquella fulminación. Mate en mano, el Cabo Pato se le había apartado al Superior como si éste ya no fuese su Comisario o, con más exactitud, como si el propio Cabo no hubiera per-

tenecido jamás al personal de la policía, o, mejor, como si él, en el pago, fuera forastero de lejos. A varias varas de distancia, pues, sumaba su mirada a la de los demás subalternos y a las de la caballada, fijas todas sobre el hervor de la empuñadura de oro, sobre aquellas botas ardientes, sobre aquellos entorchados flamígeros, sobre las ascuas de aquellas charreteras. Todos, todos vieron, pues, la diestra del Superior descender con lentitud entre las flamas hasta posarse sobre el mango de una de las pistolas. Todos siguieron a ésta abandonar su canana, horizontalizarse, subir de a poco, varias veces, y, después, bajar, bajar en forma casi imperceptible para gente que no fuera de armas. Y vieron cerrarse duramente el ojo izquierdo del Comisario, cerrarse mientras el derecho se hacía más, más brasa.

Junto con los dos estampidos hubo un blando abatirse azul y blanco sobre los pastos. Y en el contorno se produjo tal inmovilidad durante un momento —bombachas y chaquetillas como de plomo, vidrio los ojos de los caballos, el cucharón del Fajinero todavía pendiente, todavía abierta sin cerrar la boca del Soldado de guardia— que, de lejos, la escena se hubiera creído apreciada sobre un vasto telón recién terminado de pintar.

Lo único que evitaba la suposición era el humear de las dos bocas de la aún extendida pistola del Comisario Tigre. Y los acercantes revolidos del poncho del Voluntario Terutero.

INDICE

La Comisaría	7
La Pulpería	22
Muerte de los Sargentos y de la Mulita	105

Se acabó de imprimir
en septiembre de 1968. en los
talleres TALGRAF, Talcahuano 638
p. baja "H", Buenos Aires.

Obra largamente esperada, Don Juan, el Zorro, es un gran empeño de Francisco Espínola y presumiblemente su culminación como escritor. Los tres fragmentos que ahora publicamos forman parte de una novela más extensa y de aparición inminente. Su calidad literaria confirma el sitio que su autor ya ocupa en la historia de la literatura uruguaya.

La Biblioteca Uruguaya Fundamental está compuesta por las obras más representativas de nuestra literatura. Los especialistas que preparan la información de cada CAPITULO de la historia de la literatura uruguaya han seleccionado estos textos y cuidado su fidelidad.